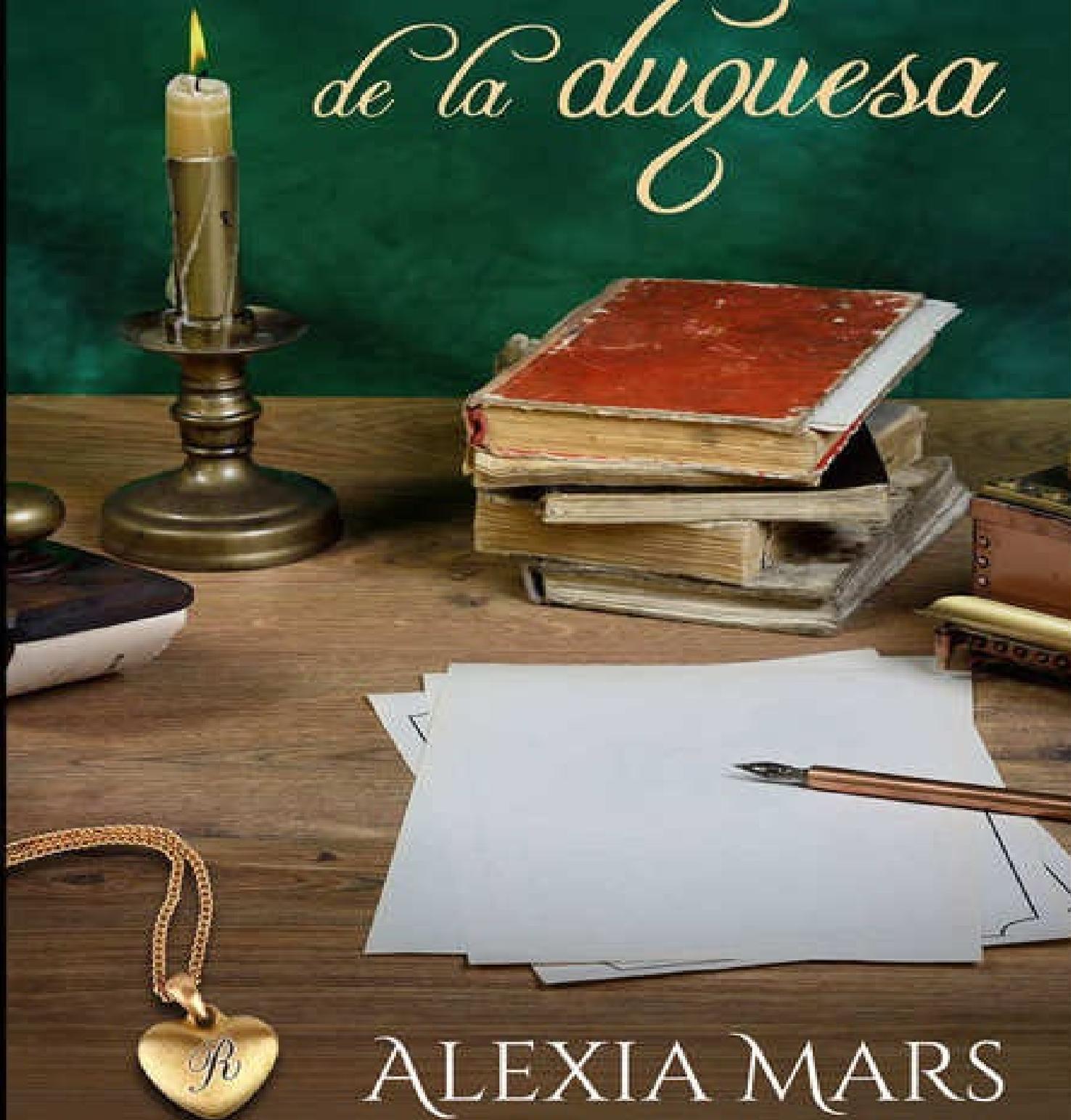


Selecta

EL SECRETO
de la duquesa



ALEXIA MARS

El secreto de la duquesa

Alexia Mars

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A Solenne y Davinia,
por no dejar que me rindiese
y darme ánimos cada mañana.

Prólogo

U nos dedos finos y elegantes recorrieron la piel nacarada con la suavidad de una pluma. Allí, donde la caricia descansaba, se ocultaba el infierno. Las manchas negras cubrían cada palmo del cuerpo desnudo, que liberado de la suave seda evidenciaba el secreto que se reflejaba en la profundidad de sus tormentosos ojos cerúleos.

Los cardenales, esos que revelaba el espejo, aumentaban con cada puesta de sol. Y ella, por demente que pareciese, les daba la bienvenida, pues la forzaban a recordar, a rememorar al cancerbero de su alma.

Su odio tenía nombre y era aquel que otrora llenó su inocente corazón. Bastaba su mención para avivar la llama de la venganza, esa que cocía a fuego lento y aliviaba la desdicha.

Tironeó de su vestimenta, cubriéndose, mientras oteaba ansiosa la puerta. Dobló el papel con la elegancia que la caracterizaba y lo metió en el sobre. Respiró hondo y liberó la risa que anidaba en su interior; la carcajada vibró por cada rincón de la alcoba. Recorrió las cuatro paredes que gritaban en silencio su humillación y sonrió. Finalmente, selló el sobre y su destino.

Iba a morir y, por Dios, ¡cómo ansiaba la bendita liberación!

Capítulo 1

El carruaje se adentró por Whitechapel, y Eleanor Grant, sentada junto a su nueva doncella, contempló las abarrotadas calles del barrio londinense. Las gentes distaban mucho de aquellas que paseaban por Grosvenor Square, aquí reinaba la suciedad, el hedor y la indigencia. La peor zona para alguien como ella: soltera, adinerada y mujer. Sin embargo, era justo lo que necesitaba.

—Señorita... —La voz de Alice tembló al asomarse y vislumbrar la zona en la que se hospedarían durante los próximos días. Tragó saliva y se santiguó —. ¿No deberíamos buscar un lugar más adecuado? Esto es tan... tan... grotesco.

Eleanor miró su rictus contraído y cómo esa naricita respingona se arrugaba con repulsa. Sonrió para sus adentros.

—Es perfecto, Alice.

La doncella abrió los ojos como platos y Eleanor habría podido jurar que la creyó completamente demente en ese instante y puede que así fuese, que se hubiese vuelto totalmente loca, ¿por qué, si no, estaría allí clamando una venganza que de seguro le auguraba un aciago final?

Alice carraspeó y ocultó su desasosiego; miró a la muchedumbre que desfilaba ante sus ojos mientras pensaba en su nueva señora, a la que conocía desde tan solo unas horas atrás. Podría afirmar que no andaba escasa de fondos, su generoso sueldo así se lo confirmaba. Entonces, ¿por qué insistía en residir tan apartada de la civilización? ¿Por qué deseaba hospedarse en esa

pensión pudiendo acomodarlas en el Jaunay's Hotel?

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando la portezuela se abrió y Paul, el conductor del vehículo, contratado también para ese viaje, les ofreció la mano y las ayudó a descender. La sirvienta bajó tras su señora y tuvo que agarrarse al coche para no desvanecerse cuando un mareó la asaltó; sus fosas nasales se impregnaron de la horrible pestilencia que se desprendía por doquier y le produjo una arcada.

Eleanor le puso una mano sobre el hombro, preocupada.

—¿Estás bien? —Intentó asentir.

—Sí, señorita. Yo... —Se tapó la boca e inspiró fuertemente controlando el vómito.

—Paul, ayúdela. Vamos, Alice. —Señaló al frente—. Ahí mismo está nuestro hospedaje. En cuanto llegemos quiero que te recuestes. Te hará bien.

—Pero, señorita, yo...

—¡Sin discusiones! Necesitas un descanso. El viaje por la campiña ha sido largo, todos merecemos un reposo.

Eleanor echó a andar cuando vio cómo un pilluelo se acercaba a una pareja de ancianos bien vestidos y sustraía el bolsito de la mujer. La fémica chilló y rogó ayuda mientras daba unos pasitos hacia donde el pequeño había escapado.

—¡¡Al ladrón!!, ¡¡al ladrón!!

Sin pararse a pensar en lo que hacía, la joven se recogió las faldas y echó a correr tras el bribón, mientras le gritaba que se detuviera. Acostumbrada a largas caminatas no tuvo problemas en darle alcance, lo sujetó por el brazo y el niño miró hacia atrás con desesperación. Ella, adivinando su intención de escapar, le advirtió:

—¡Ni se te ocurra intentarlo! —Observó su ropa harapienta, su carita manchada y ese pelo oscuro que le trajo a la memoria el rostro de otro joven moreno al que ella tanto adoró. Se apiadó de él—. Bien. Haremos lo siguiente. Devolveré cuanto has sustraído y me disculparé en tu nombre, te obligaría a

hacerlo tú mismo, pero no quiero correr el riesgo de que acabes en prisión.

El pequeño sacó pecho y rio.

—Eso nunca sucedería, señora.

—No deberías bromear con algo tan serio. ¿Acaso no sabes lo que podría pasarte? Pueden condenarte a diez latigazos con una rama de abedul o incluso a realizar trabajos forzados durante meses. No creo que lo soportases tan alegremente. ¿Cómo te llamas?

—George.

—Bien, George. Me quedaré contigo. A partir de hoy comerás y vestirás decentemente. Y tomarás clases, por el momento Alice podrá guiarte. Cuando volvamos a casa, ya veremos.

El niño abrió los ojos con terror y miró detrás de ella.

—¡Derek! Derek, lo siento. No ha sido mi culpa, ella... Te he fallado — finalizó derrotado.

La joven giró y se dio de bruces con un individuo enorme, atemorizador. Un mechón dorado le caía por la frente, endureciendo sus atractivos rasgos. Su mandíbula marcada estaba rígida y sus ojos color miel desprendían irritación. Dio un paso hacia ella, y cuando Eleanor lo imitó, contrajo el entrecejo.

Derek Wayner aguantó la sonrisa e intentó ponerse serio. La hermosa mujer le hacía frente como un fiero soldado en batalla y eso que tan solo le llegaba a la altura del hombro. Vio cómo escondía al niño tras ella y alzaba su mentón, desafiante. Era arrebatadora, con esos bucles negros que le caían por el bello rostro, rebeldes, huidizos del moño que inútilmente intentaba sujetarlos. Tenía los labios gruesos y carnosos y unos ojos que rivalizarían con la esmeralda más brillante. ¿Quién sería la encantadora belleza que tenía ante sí?

La mujer abrió el bolsito y extrajo una pistola, la sostuvo inmóvil, apuntándole al corazón. Derek se puso en guardia y gruñó; la hizo sobresaltarse para su inmensa satisfacción.

—¿¡¡Se ha vuelto loca!!?

—No se lo llevará.

—¿¡Qué!?

—Apártese, señor. Se lo advierto, no dudaré en usar mi arma contra usted. Estoy dispuesta a hacerle frente.

Derek alzó una ceja y la contempló divertido.

—Ya veo.

—Váyase. George ahora está bajo mi protección.

—Escuche, señora...

—Señorita.

Él rio.

—Señorita, pues. Usted no entiende que...

—Oh, sí lo hago. Sé muy bien de qué va esto. Conozco muy bien a los de su calaña y no le permitiré seguir abusando de este pequeño. George no volverá a robar para usted.

—Pues es una lástima porque le encanta hacerlo, ¿verdad, *Georgy*?

El niño asintió, riendo. Eleanor gimió indignada. Perdió la paciencia y movió la pistola, amenazante.

—Se marcha o llamo a la policía.

—Ah, ¿sí?

—Haré que lo encierren, señor. Estoy segura de que Scotland Yard se alegrará de echarle el guante a un maleante como usted.

George dio un paso y agarró el brazo del hombre.

—Pero, Derek, eso no es posible. ¡Tú eres policía!

Eleanor abrió la boca con sorpresa.

—Dios mío... Usted... Usted es...

Derek asintió, divertido.

—¡¡Un corrupto!!

—¿¡Cómo!?

—Un agente que se aprovecha de su autoridad... Por Dios, esto es peor. Casi preferiría que fuese un ladrón, porque ahora tendré que desacreditarle frente a los suyos, lo que supondrá un problema para mi misión aquí. Esto

desvía mis planes —parloteó, antes de encararlo—. Pero lo haré —asintió—. No se saldrá con la suya. Se acabó el juego sucio.

—¿¡De qué demonios habla!?! ¿Está mal de la cabeza?

Eleanor rio.

—Sí, búrlese. Al final seré yo quien ría cuando esté tras las rejas. Debería darle vergüenza, ¡menudo ejemplo de autoridad! Se aprovecha de un inocente, humilde, para hacerse con su botín o peor aún —agrandó los ojos— darse méritos con su jefe y quedar como el mejor del cuerpo.

—Sí. Padre afirma que Derek es el mejor —secundó George.

—Y esa pobre anciana de la que pretende aprovecharse...

—Es una actriz.

—¿Qué?

—Que es una actriz, mujer. Y usted, que por lo que veo tiende a meter su preciosa naricita donde nadie la ha invitado, ha echado por tierra una investigación de hace meses. George, hijo de sir Henry Canugaish, estaba intentando llamar la atención del Niño, el jefe de una banda de carteristas. Está reclutando a críos y los lanza a las calles para que hagan el trabajo sucio. La misión de George era llamar su atención y justo cuando se reuniesen, yo lo apresaría. Lo que será del todo imposible porque usted ha desvelado su robo y él solo se interesa por aquellos que jamás son descubiertos.

—Oh.

—Sí, oh. Y ahora tendremos que empezar de nuevo.

—Bueno, para eso le pagan.

Él apretó la mandíbula ante su ácida réplica, quiso devolvérsela.

—Sabe, estoy pensando que usted podría ser de utilidad.

Ella se sujetó la garganta.

—No pretenderá que me ponga a robar, ¿no?

Derek rio con ganas.

—No, pero creo que, con dos sacudidas de su afilada lengua, el Niño desaparecería por una buena temporada.

—¡¡Señorita Grant!! —Alice la llamó angustiada. Observaba la escena desde el principio de la calle y se abanicaba, sujetándose a Paul, que parecía preocupado también.

—Tengo que irme. —Comenzó a andar hacia sus empleados, pero después giró—. No debería usar a una pobre criatura para algo tan peligroso.

Derek rio.

—George sueña con entrar en el cuerpo.

—¡¡Sí!! —afirmó este—. Y padre quiere que coja práctica y aprenda del mejor, que es Derek. No hay otro detective igual, ha resuelto veinte casos, dos de ellos archivados. Ni siquiera padre, que es inspector jefe, tiene la hoja de servicios tan completa como Derek.

Eleanor sonrió ante la admiración infantil de George por el tal Derek. El policía se ruborizó y despeinó al niño. Se despidió del pequeño y miró a su acompañante, que le guiñó un ojo pícaramente.

—Hasta otra, señorita Grant. —Se tocó el sombrero, despidiéndola.

Ella cuadró los hombros y pareció molesta porque se acordase del apellido con el que la llamó su doncella. Se alejó con el temple de una reina. Derek observó detenidamente a la fémica, contemplando su perfecta figura mientras se preguntaba qué haría allí, en ese suburbio, una mujer como aquella. Sin duda, era un auténtico misterio, de los que tanto gustaba desentrañar.

—¿Dónde vamos ahora, Derek?

George, instalado en el asiento del coche de alquiler, miraba inquieto por la ventana. El joven sentía debilidad por ese mocete, le recordaba a él a su edad. Su padre, agente por aquellos días, lo detuvo cuando le sustrajo la cartera yendo este sin uniforme. Derek, que por aquel entonces tendría ocho años, pensó que ingresaría en prisión. Pero, tal y como pretendía hacer la hermosa morenita con George, Henry le ofreció una vida nueva. Techo, educación y un hogar. Catorce años después, para sorpresa de todos, llegó el pequeño George. Derek siguió los pasos de su mentor y, en ese momento, el pequeño de la casa, a sus siete años, parecía encantado con la profesión familiar.

—Tú a casa, pequeño. Yo a la residencia de los Nolford.

—¿Es ahí donde vivía la muerta? Madre se ha puesto a llorar cuando ha leído la noticia. Padre ha tenido que abrazarla y yo le he preguntado si podía ayudar. Padre me ha contado que madre es muy tierna y lloraba por el duque.

—Es normal, George. Ese hombre ha perdido a su hijo y a su mujer en una sola noche.

—Y tú vas a investigar.

—Así es.

—Pero fue un incendio.

—Sí, pero mi misión es descubrir qué lo provocó.

—¿Me lo contarás?

Derek rio y le dio un apretón amistoso en el hombro.

—Anda, entra.

El joven se alejó de allí antes de que Maggy lo descubriese. Llevaba días evitándola, pues se había propuesto hacer de casamentera y cada dos por tres maquinaba para que alguna jovencita le echase el lazo. Estaba harta, tal y como decía, de esperar a que la hiciese abuela. Por eso, y para alejarlo del trabajo donde, según ella, pasaba demasiado tiempo, se había propuesto casarlo ese mismo año.

Derek volvió al coche y le dio las señas de la mansión de los duques de Nolford, convertida ya en cenizas. Bajó del carruaje y caminó hacia lo que fue una de las mayores residencias de Mayfair.

Se agachó y recogió el ejemplar de *The Sunday Times*, que yacía pisoteado en el suelo. La portada, como en el resto de los periódicos, era la misma: «Muere la duquesa de Nolford en un trágico incendio en su residencia». El subtítulo variaba, según lo que había podido leer durante toda la mañana, algunos resaltaban el hecho de que el heredero de un año también había perecido junto a su madre. Y otros, que la policía investigaba las causas de dicho incendio.

Nada quedaba de la antigua casa. Sería una ardua tarea determinar qué

había causado esa desgracia. Había entrevistado a varios sirvientes y todos coincidían en lo mismo: la duquesa se hallaba sola en la residencia, con la excepción de su doncella personal e hijo. El duque se encontraba en su club y el resto de los sirvientes tenían el día libre por petición de su excelencia, que al parecer acostumbraba a darles un descanso para tener intimidad con su esposa. Por lo visto las murmuraciones eran ciertas, aquel fue un matrimonio por amor.

Derek repasó con un dedo el retrato que publicaba el periódico y suspiró con tristeza. Vio una vez a la duquesa y ese dibujo no le hacía justicia. Era sumamente hermosa, una belleza de la época, rubia, de piel nacarada e intensos ojos celestes. Iba acompañada de otras damas y todas reían de lo que les contaba. Era una lástima que alguien tan lleno de vida tuviese semejante final. Todo Londres lloraría durante días su pérdida.

Siguió caminando entre los restos y algo brillante llamó su atención. Un cepillo con el nombre de «Eleanor» grabado. Imaginó a la duquesa en su habitación, horas antes del desastre, peinándose con ese utensilio. ¿Qué habría a su alrededor? Sintiendo una corazonada comenzó a buscar objetos durante horas y al final obtuvo su recompensa. Encontró restos de una vela y fragmentos chamuscados de papel. Esa había sido la causa del incendio.

Se dirigió al número 4 de Whitehall Place, donde tenía su sede Scotland Yard. Bajó del carruaje de un salto y abrió el despacho de Henry sin llamar. Dio una palmada y anunció:

—¡Lo tengo! Una vela y una carta, Henry. Ese fue el origen del incendio.

Henry, lejos de alegrarse, suspiró y se puso en pie.

—Me temo que estás equivocado, Derek. No fue un accidente.

—Imposible, yo...

—Fue un asesinato —sentenció alguien tras él. Derek se giró al reconocer la voz. Sumamente sorprendido con la presencia de la joven y su declaración, se quedó sin palabras, lo que aprovechó Henry.

—Te presento a la señorita Eleanor Grant, íntima amiga de su excelencia.

El cuerpo de Derek se sacudió al escuchar el nombre, sintiendo una poderosa corazonada extrajo el peine y lo mostró.

—¿Es suyo?

Ella sollozó y asintió. Se acercó a él y recogió su preciado recuerdo.

—Fue... —Hipó.

—Tome asiento, por favor. —Le ofreció Henry. Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien —musitó débilmente—. Estudiamos juntas en la escuela para señoritas de *madame* Jane, ahí la conocí y nos hicimos inseparables. —Alzó el peine—. Se lo regalé el día en que nuestros caminos tomaron rumbos diferentes.

Derek le sonrió.

—¿Por qué supone que fue asesinada?

—No supongo nada, señor. —Alzó la barbilla y apretó los labios—. Lo sé.

Henry se mesó el cabello, agobiado.

—Señorita. Ha formulado usted una afirmación muy grave contra su excelencia. Entienda que es un grande del reino y no podemos basarnos en intuiciones para...

Los ojos de Eleanor brillaron de furia.

—No es una mera afirmación. Tengo pruebas, sir Henry. Esta carta —abrió su bolsito y sacó el papel arrugado—, demuestra que él la asesinó. El duque mató a su esposa.

Capítulo 2

Derek le arrebató la misiva y la ojeó.

—¿Qué pone, muchacho?

Eleanor se acercó a la entrada y cerró los ojos con tormento.

—Yo podría recitársela, sir Henry. Lamentablemente la he leído tantas veces que me sé de memoria cada línea. Fue la última que recibí, ¿sabe? Todos los meses, sin excepción, me escribía, cuando dejó de hacerlo supe que él había cumplido su amenaza.

El joven se acercó a su superior y le entregó la carta. Este leyó en voz alta.

Perdóname. Jamás debí involucrarte en todo esto, querida. Temo por ti, por mí y por James. Cada día se vuelve más perverso y sé que me queda poco tiempo. Solo puedo confiar en ti.

Júrame que cuidarás de él, de mi James. Pensé largamente en tu propuesta y se me antojó verdaderamente atractiva. Qué fácil sería marchar dejando atrás esta vida, podría ser como antes, ¿recuerdas? Me gustaría volver a aquello, cuando éramos unas niñas y nada más importaba. Pero no puedo dejarlo. Sé que me encontraría, tú no lo conoces como yo, me seguiría hasta los confines de la tierra.

La última vez fui valiente, le grité que si me ponía la mano encima de nuevo me iba. Luego le supliqué que me concediese la libertad. ¿Y sabes qué me contestó? Que antes preferiría verme muerta. Sí, Ellie. Es capaz de matarme, no lo dudo ni un instante.

Pero, por favor, no te preocupes más por mí. Cuéntame, Ellie, ¿qué tal las clases? ¿Y los niños? Siempre supe que seguirías los pasos de madame Jane, lástima para mí que te tengo tan lejos... Si al menos estuvieses a mi lado, sería más llevadero.

Aguardo tu respuesta con muchísimas ganas, como siempre.

Tu ferviente amiga,

H.

Henry terminó de leer y tragó saliva. Asintió.

—Es, sin duda, una prueba irrefutable, Derek. La mujer que redactó estas líneas estaba desesperada y atemorizada. ¿Qué opinas, muchacho?

—Quizá estés en lo cierto o puede que efectivamente fuese un trágico accidente, a pesar de que su matrimonio pareciese tan aterrador como narra. La experiencia me ha enseñado que nada es nunca lo que parece a simple vista.

—¡¡Él la mató!!

—Habrá que averiguarlo, entonces. Henry, yo me ocuparé. —Derek se puso en pie y ella lo imitó.

—Sé discreto, muchacho, nos jugamos el pellejo. Su excelencia no se dejará intimidar así como así y a la primera de cambio moverá hilos para apartarnos del caso. Debemos ser cautos.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Ve a hablar con él, pero sin acusaciones. ¿Sigue aquí?

Derek sacó su libretita y la consultó.

—Anoche todo el servicio se trasladó a su residencia de campo. Pude entrevistarme con alguno de ellos esta mañana, pero su excelencia no estaba. Según me informó el mayordomo, el duque durmió en el Jaunay's Hotel y, esta mañana, su abogado iba a tramitarle el alquiler de una vivienda, imagino que ya estará instalado, tengo un informante en el asunto y hoy mismo sabré su nueva dirección.

—¿Su excelencia de alquiler?

—Al parecer pretende reconstruir la casa en una semana, por lo que he podido averiguar ha desempolvado una suma considerable para que las obras finalicen en el menor tiempo posible, según el mayordomo, el duque no soporta estar alejado del último lugar en el que su esposa estuvo.

—Menuda idiotez. Ese hombre es un monstruo y Harmony no descansará en paz hasta que no rinda cuentas de sus actos —estalló Ellie con los ojos plagados de rabia.

—Si es culpable, lo descubriré —prometió Derek, solemne.

—Lo descubriremos. Estamos juntos en esto, señor Wayner. Lo ayudaré.

Henry le sonrió con simpatía.

—Por supuesto. Si recuerda algo más, señorita Grant, estaríamos encantados de recib...—comenzó Henry, que se vio interrumpido cuando ella negó fervorosamente con la cabeza.

—Iré con él —declaró Ellie—. Se lo debo a Harmony.

—De eso nada. ¡No se inmiscuya!

—Llega tarde, ¿no cree? Entré a formar parte desde el momento en el que mi amiga fue asesinada, no me pida que me aleje porque ya le aviso que nada me apartará de este caso. Así que, decida, con o sin usted.

—¡Maldita sea! ¿Siempre es tan testaruda?

—¿Y usted?

Derek rio.

—Iré a ver al duque, puede acompañarme si lo desea, pero tendrá su preciosa boquita cerrada a cal y canto, ¿me he explicado bien? Oír, ver y callar. Esa es su misión.

—No.

—¿No?

—Usted verá a Michael, mientras yo interrogo a Lucy Brines, la doncella de Harmony.

—Está equivocada. —Derek consultó su libreta—. Entrevisté a la señorita Johns esta mañana, Cecile Johns, su doncella.

—Cecile Johns es su doncella personal habitual. Lucy la cubre en sus días libres y ayer le tocaba. Sé que no duerme allí, pero fue la última en verla con vida. Como ve, me necesita.

—La acompañaré. —Se ofreció él. Ellie negó con la cabeza—. ¿Y ahora qué pasa?

—Por lo que Mony me contó en sus cartas, Lucy es una chica muy tímida, se negará a hablar con usted. Es mejor que vaya sola. Vaya a ver al duque, nos reuniremos aquí mismo dentro de dos horas. Ah, y por ahora es mejor que no me mencione, digamos que su excelencia y yo no andamos en buenos términos. Se cerraría en banda si supiese que estoy detrás. —Rebuscó en el bolsito y le entregó un papel muy doblado—. Me mandó esto la última vez.

Derek la leyó y se la pasó a Henry, que repitió cuanto ojeaba.

Te lo advierto, si vuelves a importunarme otra vez con tus acusaciones y amenazas, seguirás sus pasos. Por tu bien, aléjate de mí.

Ellie sollozó.

—Sé que no debí inmiscuirme, pero tenía tanto miedo por ella... —Derek la abrazó y aspiró su dulce olor a lilas, parecía tan frágil... Un desconocido sentimiento protector lo invadió. Se juró que averiguaría la verdad; esa valiente mujercita se lo merecía—. Decidí venir a Londres tras recibir la respuesta de Michael, sabía que Mony corría grave peligro y durante todo el viaje tuve el presentimiento de que no me reencontraría con mi querida amiga, aunque recé con todas mis fuerzas para equivocarme. Sin embargo, al llegar a la ciudad, la noticia corría como la pólvora con las primeras luces del día. No pude salvarla a tiempo, ese canalla me la arrebató.

Derek miró la imponente casa que permanecía casi a oscuras, solo unas pocas luces brillaban en el interior. La puerta lucía una corona negra, que

desapareció cuando un criado le abrió.

Lo condujo por el téntrico interior hasta el despacho del duque.

El hombre estaba sentado en una silla, con una botella en la mano y la mirada perdida. Casi sentía lástima de él, de molestarle con sus preguntas. Casi. Se preguntó qué demonios acecharían en su interior y por qué sus ojos estaban secos, exentos de pena, cuando intentaba reflejar la imagen de un hombre roto. En ese instante supo que tenía ante sí al mejor de los actores. Se quitó el sombrero y comenzó la charla.

—¿Sabe ya qué fue? ¿Qué causó esta tragedia? —preguntó con un hilito de voz el duque.

—Tengo una teoría, sí. Pero quería formularle unas preguntas para cerciorarme.

—Mis sirvientes me han contado que estuvo usted interrogándolos. —Su voz sonó más dura de lo normal—. ¿Qué necesita? Por favor, sea breve, me gustaría rumiar mi angustia a solas.

—No le robaré mucho tiempo, excelencia.

—Usted dirá.

—¿Cuándo vio a su esposa por última vez?

—Alrededor de las nueve. Salimos a pasear con James por Hyde Park, luego volvimos y estuve varias horas en el despacho hasta que Harold, uno de los criados, me dijo que la cena estaba dispuesta y que la duquesa me esperaba en el salón, fui y tras la cena subimos a la recámara y... —Hizo una pausa, pestañeó, se mordió el labio y se tapó la cara con ambas manos—. Estábamos tan enamorados...

Derek desvió la mirada hacia la chimenea y vio un retazo de papel, dio la espalda al duque y se acercó con sigilo mientras el otro gimoteaba, se puso de espaldas, se agachó y hurtó la prueba antes de que Michael se diese la vuelta. Lo observó y ninguna lágrima se veía en sus ojos, Derek sonrió ante tal actuación.

—Por favor, continúe.

—Sí, sí, claro. Marché al club y hasta ahí puedo contarle. Me avisaron del incendio y para cuando llegué... —Calló—. Mi James, mi heredero... —Giró el rostro, pero antes de hacerlo, Derek atisbó un brillo de locura en sus ojos claros.

—Gracias, excelencia. Si no le importa, continuaré preguntando a sus empleados, quizá ellos aporten alguna información que nos ayude en el caso.

—En realidad, sí me importa, Wayner. No quiero seguir con esto.

—Tendrá que disculpar mis modales, pero sus preferencias no influyen en mi investigación.

—¿Me está diciendo que no va a parar?

—Así es.

—¿Acaso sabe con quién está hablando?

—Si la memoria no me falla, con el duque de Nolford —respondió Derek sonriente. Michael se puso en pie, iracundo ante su pulla. Lanzó la botella contra la pared y su rostro fue adquiriendo una tonalidad escarlata.

—¡Qué se ha creído! Puedo hacer que lo despidan hoy mismo, haré que lo destituyan, que lo trasladen, acabará en la cloaca de la que salió. No se mida conmigo, Wayner, porque no le gustará.

—Nadie, Nolford, está por encima de la ley, ni siquiera tú —lo tuteó sabiendo lo mucho que lo cabrearía—. Seguiré con mi investigación y llegaré al final, pese a quien le pese.

—Le ordeno que se marche. ¡Ahora!

Derek dio un paso y lo enfrentó, con el mismo enfado que en ese instante marcaban los rasgos del duque.

—Me iré, pero solo por hoy. Descubriré la verdad, aunque tenga que mover cielo y tierra.

—Por encima de mi cadáver. —Derek caminó hacia la entrada y allí se puso el sombrero, antes de marcharse le hizo una reverencia.

—Como guste, su excelencia —ironizó—. Hasta la próxima.

Eleanor tocó fuertemente, aguardó unos segundos hasta que la puerta se abrió. Una joven morena y sonrosada apareció en la entrada. Al verla, sus ojos se agrandaron y miró de un lado al otro, aterrorizada.

—¿¡Qué está haciendo aquí!? Pase, por favor, antes de que alguien la vea.

Se introdujo dentro de la casa y Eleanor la siguió. Miró la maleta que yacía sobre la cama, situada en el mismo salón, que hacía a la vez de cocina.

—¿¡Qué quiere!? ¡¡Hice todo lo que me pidió!!

—Sí —respondió ella—. Y yo te pagué generosamente por ello. No deberías estar aquí, Lucy. Es peligroso para ambas.

—Señorita, no sé si es buena idea. Podría quedarme en Londres, le juro que serviré en otra casa y nadie sabrá de mí.

—Ya sabes que no es posible. Tienes que irte.

—Pero...

—No correré riesgos, Lucy. Hay mucho en juego. Hicimos un trato y has de cumplirlo. Además, ahora hay un policía investigando de cerca, tarde o temprano dará contigo.

—Le juré que guardaría el secreto.

—Y confío en ello, pero aún así, te marcharás. Lucy, es una gran oportunidad, míralo de ese modo. En Escocia prosperarás, me he encargado de ello. Posees una pequeña propiedad a tu nombre, que comprende la casa y las tierras. No tienes que volver a servirle a nadie, si no quieres. Pero a cambio...

—A cambio he de irme y llevarme conmigo lo que pasó anoche.

—Siempre hay un precio que pagar, Lucy.

—Creo que ella merecía todo lo que hicimos, ¿usted, no?

Ellie la miró largamente y dio media vuelta sin contestar. Salió de la casa y esa sensación de ahogo, de culpabilidad, la invadió. Lo que le dijo a Lucy era cierto, siempre se pagaba un precio y el suyo era demasiado alto, se había

jugado su alma.

Capítulo 3

Derek se acomodó en el carruaje de alquiler y rebuscó por su bolsillo hasta extraer el chamuscado papel. Lo sacó y examinó minuciosamente las dos caras, pero la única pista que obtuvo fue parte de un sello; una figura que se asemejaba a un tigre.

Se acomodó en el carruaje y repasó mentalmente todas las opciones hasta que se dio por vencido y se convenció de que solo una persona podría ayudarlo a desentrañar el entuerto: Maggy.

Bajó del coche y se dirigió a la entrada de la casa de los Canugaish. Tocó fuertemente hasta que Rogers, el mayordomo, le abrió.

—¡Señor Wayner! Llega usted justo a tiempo.

—¿A tiempo? —El mayordomo lo miró malicioso y una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro.

—Al té, señor. —Derek gimió teatralmente y dio media vuelta para huir de la tediosa reunión, pero una potente voz de contralto lo frenó.

—¡¡Derek Wayner, ni se te ocurra dar un paso más!! Te he visto.

—¿Pero cómo lo hace, Rogers?

El mayordomo rio ante su expresión contrariada.

—La señora siempre está pendiente de usted, señor.

—¡Diantres! Juraría que hasta me espía. —Rogers guardó silencio y desvió el rostro para que el detective no leyese la verdad en sus ojos, pues sabía de primera mano que Margaret Canugaish había contratado a uno de los agentes

de su esposo para que siguiese los pasos de su retoño.

—Esa boca, hijo—lo reprendió Maggy cuando le dio alcance. La rolliza mujer lo estrechó entre sus brazos y lo examinó de arriba abajo, asintió y le dio un beso en la mejilla—. Espero que tengas una buena excusa para dejar que ese trabajo tuyo te aparte tanto tiempo de casa.

—Oh, sí. Tu nueva tendencia a hacer de Celestina.

—¡Para una damita que te presento! No me mires así, lo hago por tu bien, cariño. Necesitas un hogar, una familia.

—Ya tengo una, ¿recuerdas? —Cabeceó hacia ella y los ojos de Maggy se plagaron de lágrimas.

—No vas a camelarme con esas cosas, truhan. —Se limpió con un pañuelo de tela que le tendió Rogers y le regaló una sonrisa plagada de amor a su hijo adoptivo antes de que su gesto se endureciera—. Quiero ser abuela. ¿No podrías concederme este pequeño deseo?

—Claro, madre. —Maggy estrechó los ojos y se cruzó de brazos.

—Eres imposible. —Derek rio—. Bueno, imagino que no has venido a tomar el té con nosotras, ¿no?

—Dios me libre de tal horror.

Ella le asestó un golpe en el brazo y Derek la abrazó riendo. Sin embargo, al pensar en todas esas matronas y debutantes rodeándolo como la última vez, sintió que se ahogaba. Cuanto antes saliese de allí, mejor para todos.

—En realidad... Necesito tu ayuda. —Sacó el trozo de misiva y le preguntó—. ¿A quién podría pertenecer?

—¿Otro caso?

—Investigo la muerte de la duquesa.

Maggy se puso una mano sobre el corazón y susurró una plegaria mirando al techo, agrandó los ojos y chilló. Derek desvió la vista hacia la misma zona.

—¡Una grieta! —estalló—. Rogers, deberemos solucionarlo de inmediato. —Este asintió, resignado—. Bien, ¿por dónde iba? Oh, sí —gimoteó—. ¡Pobrecilla! Tan joven, tan bella, no sabes qué amable era, una damita

encantadora, sin duda.

—¿La conocías?

—¿Pero qué cosas tienes! Claro que no.

—Entonces cómo... Da igual. Lo que necesito saber es quién está detrás de ese escudo.

Maggy cogió el papel y se lo acercó tanto a la cara que tuvo que parpadear para aclarar la visión.

—Es... No. No puede ser. Pero sí, juraría que es...

—¿¡Qué!?

—Dios mío, Derek.

—¿Qué sucede?

—Si mi memoria no me engaña, este es el escudo de los condes de Nercy.

—Gracias, madre. Es una pequeña pista, pero al menos tengo un hilo del que tirar.

—No lo entiendes, Derek. Es mucho más. Verás, hijo. Hará dos meses, lady Nicole Flarens afirmó haber visto el carruaje del duque estacionado frente a la casa de los condes.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—Era medianoche y el conde estaba de viaje. Y no solo eso, el rumor se extendió tan deprisa que la duquesa reapareció, tras un mes de ausencia, del brazo de Nolford en el baile de los Cotland, fue la comidilla de esa semana. Muchos creyeron que Catherine Winsley era la nueva amante del duque. Oye, ¿¡dónde vas!?! —Derek, que ya corría hacia la puerta, volvió sobre sus pasos y la abrazó, prometiéndole desayunar junto a ella al día siguiente.

Subió a otro coche de alquiler y se dirigió a Scotland Yard. Miró por la ventana y caviló sobre las palabras de Maggy. Si estaba en lo cierto, Nolford sí tenía un motivo para asesinar a su esposa.

Eleanor se paseaba de arriba abajo, desesperada. Más de una hora esperando a ese impuntual, ¡hasta le había dado tiempo a renovar medio guardarropa! Por fin, vio el coche aparecer al final de la calle y corrió a su encuentro; cuando estuvo a su lado abrió la puertezuela y lanzó varios paquetes al interior. Escuchó un quejido y sonrió. Luego le ordenó al conductor que parase y esquivó la mano de Derek, subiéndose al vehículo con cierta dificultad.

—Veo, detective, que la puntualidad no es lo suyo.

Él le guiñó un ojo, consciente de que llegaba tarde.

—¿No va a disculparse? —Él se repantigó en el asiento mientras la observaba detenidamente. Esos labios carnosos que pedían a gritos ser besados se apretaron fruto de la indignación que experimentaba. ¡Qué bella era! Sintió como el estómago se le removía.

—No.

—¿De verdad? —Taconeó.

—Y tanto.

—¿Es usted un... un...?

—Le recuerdo, señorita Grant, que este es mi caso y usted se ha empeñado en meter su naricita en él. Por lo tanto, se tendrá que adaptar a mis retrasos o quizá prefiera dejarlo estar, volverse a su pueblo y aguardar a que finalice mi investigación y la informe.

—Ja.

Él rio.

—¿Entiendo que seguimos juntos?

—¿Ha averiguado algo?

—Sí, ¿y usted?

—También. Lucy no estaba en casa, pero la han visto con una maleta, me da que el pajarito ha volado del nido.

—¡Diantres!

—Puede que su barco no haya salido aún...

—Lo dudo. No obstante, seguiremos sus pasos, quizá demos con ella. Buen

trabajo, Grant. —Le sonrió—. Yo también he hecho los deberes. Creo que nuestro duque tenía una amante, Catherine Winsley, condesa de Nercy.

Eleanor no mostró signos de sorpresa, desvió la mirada y apretó fuertemente el bolsito.

—Ella lo sabía, ¿verdad? —Ellie negó con la cabeza, pero seguidamente asintió.

—Lo sospechaba. Hubo otras.

—Me sorprende; parecían tan enamorados...

—Mony estuvo cuatro años viviendo en un infierno, detective. Ella no conoció el amor y ese monstruo se encargó de ello.

Recuerdo la primera vez que lo vi.

Cada detalle permanece imborrable en el lienzo que he perfilado con los retazos de aquel día.

A veces cavilo. Imagino un escenario diferente. En mi sueño no hay lluvia y nada impide que siga cabalgando al lado de Robby. Tampoco entro en la casa y me acerco al despacho de mi padre, no aventuro mis pasos hacia él. No lo conozco.

Fantaseo con que sus ojos azules, penetrantes, no se posan sobre mí, que su mano no roza levemente la mía cuando se inclina a saludarme, que su mirada no me reclama como mi dueño.

En mi imaginación, padre no nos presenta, y yo no lo encuentro deseable. Tampoco reparo en su sedoso cabello negro, ni esa risa que contagia la mía. No camino de su mano y lo rechazo cuando me pide permiso para cortejarme.

Me gusta pensar en ello para escapar de mí misma. De esa fascinación que me condenó.

Recuerdo que aquel día, nada más verlo, pensé que era el hombre más

apuesto del mundo, ¡un duque, nada menos! El gran partido de la temporada y parecía prendado de mí. Pobre niña ilusa. Busqué una vida de emociones y experimenté la más intensa de todas: el dolor.

Me enamoré de un rostro arrebatador, de una posición que superaba con creces la mía, como hija de barón. Me enamoré de un gran título y de la idea que yo misma forjé de él. Unos minutos decidieron el resto de lo que sería mi vida.

Ese día deseé ser suya, pertenecerle. Y lo conseguí, pero jamás imaginé que así comenzaría mi infierno.

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 4

Derek observó cuanto lo rodeaba mientras esperaba que la condesa apareciese. La casa, tan silenciosa que causaba pavor, estaba casi vacía, restando el mayordomo, una cocinera que hacía de ama de llaves y la dama de compañía de Catherine Winsley. Finalmente escuchó los pasos de la mujer. Esta abrió la puerta y al verlo lo contempló asombrada, sin pudor, admirando cada parte de su cuerpo.

—¿Detective Wayner? —Pestañeó coqueta. Le ofreció la mano para que se la besase y, cuando Derek lo hizo, le sonrió seductora—. Debo admitir que me ha sorprendido, no imaginaba que tuviese este aspecto.

—Espero que la sorpresa sea para bien, *milady*.

—Oh. Absolutamente.

Ella rio y se mordió el labio mientras tomaba asiento en el amplio sofá oscuro, situado cerca de la entrada del salón. Dio unos toquecitos invitándolo a su lado.

Derek tomó asiento mientras se preguntaba cómo le estaría yendo a Eleanor en sus entrevistas; quiso encargarse del cochero y del ama de llaves. Ya entendía por qué se mostraba reticente a que la condesa la viese, con ella presente no tendrían ni una sola oportunidad. Sí, debía conocerla muy bien a través de las cartas de la duquesa para saber que flirtearía con él nada más verlo.

—Soy una persona muy directa, Derek. Espero que no le moleste que pierda

parte del formalismo que dictan las normas sociales, después de todo presiento que no será la última vez que nos veamos, y estamos en un ambiente íntimo. —Rio de nuevo y se acomodó en el sofá. Derek negó con la cabeza y le sonrió—. Perfecto. E insisto en recibir el mismo trato, puede llamarme Catherine, si así lo desea. Bien, como le decía, presumo de ser directa, por eso dejémonos de tonterías y vayamos al grano. Sé por qué está aquí.

Derek alzó una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Harmony era una hermana para mí, tanto ella como su esposo se convirtieron en parte de mi familia cuando mi querido Peter comenzó a ausentarse. Estaba tan sola... —susurró con voz ronca.

—De modo que eran amigas, ¿no?

—Sí, íntimas, he de añadir. Su matrimonio iba cuesta abajo, ninguno era feliz. Y el pobre Michael estaba tan necesitado de cariño...

Derek se lanzó y aún arriesgándose a la furia de la condesa fue directo a la diana.

—Que usted decidió echarle una mano.

La condesa rio, alargó la mano y enroscó uno de sus bucles oscuros en el dedo índice.

—Es una forma de decirlo, sí.

—¿Lo sabía la duquesa?

—¿Que era la amante de su marido? —Asintió—. Es más, le aseguro que me lo agradeció. Después de todo le quité de encima un problema, porque como ella misma me confesó no disfrutaba nada en el dormitorio, usted ya me entiende. Bueno, o al menos, con Michael.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, que uno busca fuera lo que no encuentra en el lecho marital, como hice yo. Vamos, detective. No se escandalice, hemos quedado en ser directos, ¿no? Le he ahorrado la tediosa tarea de investigarme en profundidad. Usted quería saber si yo era la amante de Michael, y sí. Sé que lo sospechaba, desde

que entré por la puerta supe que esta no era una mera reunión de cortesía, prefiero ser sincera y confiar en su rigor profesional que arriesgarme a que haga preguntas indebidas y corran rumores que a nadie, y menos a mí, beneficiarían.

—Quizá el duque no esté de acuerdo con su confesión.

—Michael está trastornado por la pérdida, será mejor que no lo atosigue con esto.

—¿Diría usted que amaba a su mujer?

La condesa miró hacia otro lado.

—El amor es relativo, detective, y sinceramente creo que Michael se quiere solo a sí mismo. —Derek levantó una ceja y ella sonrió—. No se sorprenda, que sea bueno en la cama no me ciega ante sus defectos. Además, uno puede gozar en lecho ajeno y seguir enamorado de su pareja.

Pese a todo, a Derek le agradaba esa sinceridad abrupta. La condesa era un volcán en erupción que amenazaba con estallar y arrasar todo a su paso.

—¿Es ese su caso?

—Peter y yo somos especiales, a pesar de la diferencia de edad. —Derek recordó que el conde le sacaba como treinta años—. Él entiende mis necesidades y las respeta. Y respondiendo a su pregunta, creo que Michael, a pesar de todo, estaba obsesionado con Harmony. Algo muy fuerte los unía y, a la vez, los separaba. Por eso le digo que ninguno era un santo en esa relación.

—¿Qué insinúa?

—¿Insinuar? No, querido, ese no es mi estilo. Lo afirmo.

—¿Quién era?

—No lo sé. Pero vi un relicario con un grabado muy curioso, decía «Siempre. R.»

—¿R?

—Eso leí. Lo tenía sobre su mesita de noche.

—Entiendo. —Derek se puso en pie—. Una cosa más, ¿anoche vio a Nolford?

—Sí, como todos los sábados desde hace meses, pero según me informó iba a regresar a su club.

—Gracias, condesa.

—¿Por qué tantas preguntas sobre Michael? ¿Es que no ha sido un incendio accidental? —A Derek le sorprendió la perspicacia de la mujer.

—Todas las pistas apuntan a ello.

Ella se puso en pie también y sonrió con malicia. Estrechó los ojos.

—Y, no obstante, usted no cree que sea así, ¿verdad? Espero que no piense que tuve algo que ver, detective. Me gusta mi vida tal y como es y no ambiciono la de nadie. Además, no era yo la que salía ganando con su pérdida.

—¿Y quién lo haría?

—¿Ha revisado su testamento? Debería. —Señaló hacia la puerta—. Ahora si me disculpa debo despedirme, pues me esperan a tomar el té.

Derek le agradeció su colaboración y le dijo que quizá precisase de su ayuda nuevamente, ella asintió y con elegancia lo echó de la casa. Al salir, vio a Eleanor que se precipitó hacia él.

—¡Dime que has descubierto algo!—Lo tuteó por primera vez, cosa que a Derek le produjo un intenso pinchazo en el estómago. Contempló sus rizos alborotados y esas mejillas sonrojadas, que resaltaban el verde de sus ojos, que en ese instante brillaban de impaciencia. Un calor se alojó en su pecho y tuvo que reconocerse cuánto lo afectaba esa dulce mujer. Observó cómo apretaba el bolsito y se percató de que había olvidado ponerse los guantes. Imaginó que esos largos y sensuales dedos recorrían su cuerpo desnudo, asían su cabello mientras echaba la cabeza hacia atrás y gritaba su nombre. Él succionaría cada yema como si fuese un fruto prohibido y...— ¿Derek? —El oír su nombre de pila de entre sus labios y sus tórridos pensamientos le hicieron perder la compostura y, por ende, el tacto.

—Eran amantes—soltó. Ella estrechó los ojos y emitió un chillido de indignación.

—¡¡Desgraciado!! Pobre Mony...

Derek iba a contarle las suposiciones de la mujer sobre el supuesto amante de la duquesa, pero al verla tan abatida prefirió guardarse el dato hasta que se cerciorase de que era verídico y, sobre todo, hasta que diese con el hombre.

—Ha insinuado, también, que el duque ganaba con su muerte. Me ha dicho que revise el testamento...

—¡Dios mío, claro! ¡Cómo he podido pasarlo por alto! Al morir el padre de Harmony, su inmensa fortuna fue a parar a sus manos. Bueno, en realidad, el testamento la dividía a partes iguales entre su hija y nieto.

—Eso es descabellado. El duque podría controlar aun así el dinero como administrador de los bienes de su mujer, no necesitaba asesinarlos.

—En realidad, no. Había una cláusula que especificaba que únicamente podrían los dos beneficiarios gestionar y disponer de ese dinero, los abogados del barón así lo debían tramitar. Además, Momy me dijo que tenía muchas deudas de juego, estaba despilfarrando el dinero.

—Y si algo les sucedía... —comenzó Derek.

—Todo pasaría a sus manos—finalizó por él Ellie—. Y hay algo más, Derek. El cochero de la condesa escuchó cómo Michael ordenaba al suyo propio que condujese el carruaje a casa, quería cambiarse antes de ir al club. Estuvo allí minutos antes de iniciarse el incendio.

Se quedaron unos segundos pensativos, procesando las implicaciones que tenía sobre el caso esa nueva información. Finalmente, Derek la ayudó a subir al carruaje y se dirigieron a la pensión de la joven. Durante el camino ambos guardaron un férreo silencio, cada uno sumido en sus propias cavilaciones.

Eleanor miró de reojo a su compañero. Derek Wayner era un individuo sumamente peligroso para sus planes, pues una parte de ella sentía la imperiosa necesidad de confiársele, de pedirle ayuda, mas no podía. Derek era un hombre de honor, de palabra y justicia, y jamás arriesgaría su buen nombre por su causa. Sin embargo, a su lado, sentía que todo era posible, que ya no estaba sola y que sus anchos hombros podían convertirse en el sostén que tanto necesitaba.

Además, era tan guapo que quitaba el aliento. Tenía que ser fuerte, repeler esa atracción, ese sentimiento que provocaba en ella. Su padre le dijo una vez, antes de su muerte, que la venganza era solo para los más fuertes. Y ella debía serlo, no podía permitirse flaquear. Derek ponía en serio riesgo su corazón y la debilitaba. Quizá en otro momento, en otra vida... Pero esta era la que le había tocado y tenía un cometido que llevar a cabo por encima de todo, incluso de él. La rabia, el dolor y el sabor de la traición se mezclaban en su alma consumiéndola, robándole el sueño. Eleanor nunca descansaría si no llevaba a cabo su venganza. El amor era un lujo que no podría permitirse y menos con él, porque Derek jamás entendería el porqué de todo, nunca perdonaría sus acciones.

Suspiró y cerró los ojos. Él, que contemplaba el exterior por la ventana, giró el rostro hacia ella y sus miradas se encontraron, fundiéndose. Durante unos segundos deseó poder lanzarse a sus brazos y dejar que la besara tal y como ansiaba que hiciese desde que lo vio por primera vez. Abrió los labios y sintió que se le ponía la piel de gallina, él pareció también perturbado e hizo el amago de moverse justo cuando el coche paró. La magia se esfumó y la realidad se impuso.

Eleanor carraspeó y le sonrió. Él frunció el entrecejo y fulminó la puerta con los ojos.

—Hemos llegado —afirmó ella.

—Sí —musitó el joven con voz áspera—. Espera, te acompaño.

Abrió la portezuela y bajó de un salto, le tendió la mano y ella agarró sus compras e intentó salir, tropezó y se precipitó a sus brazos, desparramando en el suelo lo que portaba. Sus ojos volvieron a encontrarse, pero esta vez fue Ellie quien rompió el hechizo. Se apartó de él como si quemase y se disculpó mientras recogía los paquetes.

—Déjame que... —Derek intentó ayudarla, pero ella se negó.

—No. Es mejor que marches ahora, todavía puedes reunirte con los abogados del conde y comprobar lo del testamento. Yo visitaré a *madame*

Pons por la mañana, era la modista de Mony, quizá ella pueda darme alguna pista. Y revisaré mis cartas por si hallo en ellas algo que nos ayude.

—No. Iremos juntos. ¿Sabes? Eres temeraria. —Eleanor sintió que lo decía con admiración—. No imaginaba que las profesoras eran tan impetuosas —la contempló con diversión—, aunque lo cierto es que tú no tienes pinta de docente.

—Vaya, lo mismo podría decirse de ti. No eres el típico policía —señaló ella refiriéndose a su falta de uniforme y aspecto, parecía más un dandi que un agente de la ley, pues llevaba el atuendo completo de caballero: chaqueta elegante, chaleco, corbata, sombrero y guantes.

—Quizá por eso formamos un buen equipo. —Le guiñó un ojo y ella sonrió.

Derek se despidió y se fue. Ellie observó el vehículo mientras se alejaba y, cuando lo perdió de vista, regresó a la habitación que había alquilado en la pequeña pensión. Saludó a la casera, la señora Brown, y esta le informó que su dama de compañía se hallaba fuera, al igual que su cochero. Eleanor asintió y se alejó de la anciana. Atravesó el vestíbulo y ocupó una de las cuatro habitaciones que componían la casa, reservadas las restantes para sus empleados y la dueña del hogar.

Eleanor miró por la ventana y corrió las cortinas cuando se aseguró de que nadie la espiaba. Cogió su maleta, la abrió y extrajo una cajita; sacó el relicario y acarició el grabado: Una «R» acompañaba a la palabra «Siempre».

Dos gruesas lágrimas cayeron por su rostro y un desgarrador sollozo la hizo internar el rostro en la almohada.

—Perdóname, Derek —susurró a la habitación vacía.

Me he convertido en una mentirosa; la reina de los embustes.

Finjo. Finjo para escapar de ellos, de él y de mí. Para soñar en la vida que otros creen que me pertenece, para esconder las fisuras que rodean

mi día a día y seguir creyendo que soy esa jovencita alegre y audaz. Finjo para olvidar que me odio cada día cuando le permito violar mi cuerpo. Finjo que lo amo y él finge también. Y los demás lo hacen cada mañana cuando olvidan esos gritos que escaparon de mis labios y rompieron el silencio de la noche. Finjo que soy la admirada Harmony Brunet, duquesa de Nolford, para no reconocer que bajo ese título solo se esconde una mujer desdichada.

He caído en mi propia red. ¿Me estaré volviendo loca? Ojalá fuese así, creo que sería más fácil.

Me gusta pensar en mi noche de bodas, en aquellas manos que con amor recorrieron mi cuerpo y esos besos húmedos que se postraron ante mi desnudez. Las caricias y el deseo, las horas volando deprisa entre la felicidad que nos consumía. Su amor reflejado en los ojos y mis labios pronunciando con reverencia su nombre. En ese recuerdo también finjo porque, de no hacerlo, me trastornaría; porque es demasiado duro para mí.

Siempre hay un principio en toda historia. Y la mía comenzó aquella primera noche en la que me despojó de mi inocencia entre gritos y golpes. Avasalló mi cuerpo y mi alma y asaltó mi cuerpo virginal. No hubo amor en sus actos, ni pasión. Comprendí que era su última posesión, un bonito adorno para colgar del brazo. Un saco de boxeo para aliviar las tensiones. Descubrí que no importaba cuánto hiciese o dijese porque no necesitaba excusas, como bien me ilustró.

—¿Por qué?— Le susurré acongojada. Él se subió los pantalones y me observó durante un interminable segundo, sus ojos brillaron de deseo al verme sometida. Me di cuenta de que mi humillación lo excitaba e intenté armarme de valor, levantarme del suelo y hacerle frente, pero cuando dio un paso, chillé y me encogí todavía más. Él rio. Se acercó y acarició mi cabello, lo enredó entre sus dedos y tiró de él fuertemente hasta que me dolió. Volvió a reír y alzó mi mano, miró la joya que relucía

en mi dedo anular.

—Porque puedo. —Me soltó y marchó.

Aprendí una gran lección. Él podía disponer de mí cuanto quisiese porque era mi esposo y yo le di esa gracia. Admiré mi alianza durante las siguientes horas; era mi hermosa cadena de oro.

Decidí que no sería la mujer que existía fuera de mi imaginación, creé una farsa de mí misma y la blandí en la alta sociedad. Me convertí en una mujer admirada, respetada y deseada. Tejé una mentira a mi alrededor.

Todo guerrero tiene un arma. Yo escogí la sonrisa, con ella levanté mi escudo y conseguí protegerme del mundo.

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 5

Derek se levantó con mal pie, o al menos eso se decía para justificar el infortunio que le perseguía durante todo el día; todavía no había hallado una pista que lo condujese hacia la identidad del supuesto amante de la duquesa.

Comenzó sus pesquisas avasallando a Maggy durante el desayuno que compartieron, pero esta insistía en que la duquesa estaba perdidamente enamorada de su esposo y que era descabellado pensar en una posible infidelidad por su parte, así que ese camino no lo llevó a ningún sitio. Después visitó la nueva residencia del duque e interrogó a varios criados, pero una vez más se fue con las manos vacías. Sin embargo, y para ser justos, sí había recopilado un dato que se le antojaba relevante; gran parte del servicio era nuevo.

De hecho, la única que pudo arrojar algo de luz fue el ama de llaves que llevaba con la familia seis meses, la más veterana de los criados, y casualmente conocía a su predecesora y le dio las señas para que pudiese entrevistarla. La mujer lo inquietó bastante cuando se despidió aconsejándole que llegase hasta el final y no se rindiese en su búsqueda de la verdad. «Su excelencia se lo merece, era una buena chica que simplemente tuvo muy mala suerte», le susurró antes de darse media vuelta. Derek exigió que le explicase sus enigmáticas palabras, pero la mujer se cerró en banda. Cada vez tenía más claro que en esa casa había ocurrido algo muy grave y que muchos de ellos lo sabían, mas se negaban a reconocerlo por miedo a las represalias del duque.

Al pensar en Nolford, sintió que volvía a encenderse. El día anterior comprobó, gracias a los abogados del barón, que efectivamente la muerte de su hija y de su nieto convertía a su esposo en un hombre inmensamente rico. Escarbando un poquito más se enteró que, además, Michael Brunet tenía a los acreedores golpeando su puerta. Y mira por dónde que muy oportunamente su mujer murió y recibió la cuantiosa herencia que iba dirigida a su heredero y señora. ¿Casualidad? Derek no creía en ellas.

Eleanor estaba muy nerviosa. Se retorció las manos mientras esperaba que Derek la recogiese. Esa misma mañana le había mandado una nota en la que la informaba de sus movimientos y de la hora a la que pasaría a por ella para ir a la modista.

Estaba segura de que no corría ningún peligro, pero aun así no pudo evitar ese pinchazo en la boca del estómago, el pavor invadía cada poro de su piel, pues la aterrorizaba dar un paso en falso y que él sospechase algo. Derek era meticuloso en su trabajo, quizá demasiado, podría indagar más de lo debido y ese era un riesgo que debía evitar.

Anduvo de arriba abajo por el vestíbulo ante la atenta mirada de la señora Brown, que alternaba la vista entre ella y la ventana, aguardando algún dato más sobre la extraña conducta de la joven. Al fin su curiosidad fue saciada cuando un carruaje paró frente a su puerta y de él salió un caballero.

—¿Tiene un pretendiente, señorita Grant? —Ella, sumida en sus cosas, pegó un pequeño salto cuando la mujer le habló. Le sonrió, asintió y fingió que se ruborizaba como una inocente debutante en su primera presentación en sociedad.

La bendita Alice apareció en el instante justo y con su habitual jolgorio acaparó la atención de la entrometida anciana. La puerta sonó, y al cabo de unos instantes Derek entró. Así, a la luz del día parecía más guapo aún,

Eleanor se lo quedó mirando embobada hasta que la risa de la señora Brown la hizo parpadear y regañarse mentalmente por su pérdida de juicio.

Derek también se encontraba en una tesitura semejante, pues Eleanor estaba más preciosa si cabe. Con ese vestido verde, que resaltaba sus intensos ojos. Iba vestida a la perfección con unos guantes color miel y un sombrerito a juego, anudado bajo la garganta. En una mano portaba el bolsito y en la otra un parasol. La recorrió de arriba abajo y un sentimiento extraño lo invadió. Quería protegerla, besarla y al mismo tiempo alejarla, protegerse de ella, pero también sentirla, conquistar su corazón. Llevarla hasta su cama y que sus brazos lo acariciasen, deseaba borrar el dolor que a veces tintaba su mirada, quería que sus sonrisas fuesen obra suya y sus lágrimas, felicidad compartida. Movi6 la cabeza de un lado al otro, asustado por el rumbo de sus ideas. Había conocido a muchas mujeres hermosas, mujeres apasionadas e inteligentes. Entonces, ¿qué tenía Eleanor Grant que lo atraía tanto? ¿Por qué se le estaba metiendo en la piel? ¿Sería esa aura de misterio que la rodeaba?

—Permítame decirle que está arrebatadora esta mañana, señorita Grant. — Se tocó el sombrero a modo de saludo y guiñó un ojo a su casera. Luego, dirigió su atención hacia Alice—. Creo que no tengo el gusto, señorita...

—¡Anderson! Alice Anderson —contestó bulliciosa de dicha Alice, pues ese caballero tan guapo y distinguido, que según Eleanor era inspector, había reparado en ella. Vio cómo miraba a su señora y rio por lo bajo. No le extrañaba que estuviese prendado de ella porque era muy hermosa con esa cabellera negra, lustrosa y esos rasgos tan perfectos. Alice envidiaba la buena suerte de su señora, porque ella, con sus pecas y su piel lechosa era, como mucho, pasable. Sin embargo, contrarrestaba su poco atractivo con una actitud positiva y alegre. Algo, que, por otra parte, le faltaba a Eleanor que siempre parecía tan triste. Esperaba que ese hombre trajese un poco de felicidad a su desdichada existencia. Alice le era muy leal, se lo debía, por eso jamás le contaría a nadie que por la noche la escuchaba llorar desconsolada. A ella se le encogía el corazón porque era muy buena y no se lo merecía.

Eleanor Grant la rescató de la posada en la que servía al contemplar cómo unos clientes maleducados se propasaban con ella. Eleanor puso en su sitio a los hombres y luego le ofreció trabajo. Alice no se lo pensó, partió esa misma noche.

—Es un placer, señorita.

Alice rio, ruborizada.

—¿Vamos? —pidió Eleanor andando hacia el carruaje sin mirar atrás. Derek le dio alcance en dos zancadas y la ayudó a subir. Alice lo hizo tras ella, y luego el joven.

—¿Dónde está Paul? —preguntó la muchacha, que llevaba sin verlo desde la tarde anterior, cuando regresaron de ver la ciudad, como les había sugerido Eleanor, que la liberó de acompañarla.

—Marchó esta mañana.

—Pero... Yo creí que estaría con nosotras hasta que nos fuésemos.

—Fue contratado para llevarnos a Londres, Alice. Y así ha sido. —Suavizó su áspera respuesta con una sonrisa de apoyo, pues la joven parecía afectada.

—Ayer no me lo comentó, me hubiese despedido de él... Creí que aguardaría hasta que regresáramos a... —Eleanor se apresuró a cortarla.

—Oh, pero dejó esto para ti. —Le entregó una nota que la muchacha abrió y leyó en un segundo.

—¡Vaya, qué susto! En unos días estará por aquí y me invita, si así lo deseo, a dar un paseo por Hyde Park. Oh, dice que no quiso perturbar mis sueños y por eso no se despidió. ¿Perturbar? ¡Qué considerado! Es todo un caballero, ¿verdad, señor Wayner?

Derek pareció sorprendido cuando lo incluyó en su cháchara y asintió algo desconcertado, los ojos de Eleanor brillaron de diversión y giró el rostro hacia la ventana mientras Alice seguía parlotando y Derek, con educación, asentía.

Sin embargo, no la escuchaba, su atención estaba puesta en ese perfil hermoso que allí perdía su mirada entre las calles de Londres. Intuía que

Eleanor guardaba algo para sí, pero ¿qué? Era tan femenina, tan testaruda y valiente... Nunca había conocido a ninguna otra como ella, Eleanor lo trastocaba.

La noche anterior casi no pudo pegar ojo recordando su encuentro, su rostro, su cuerpo, sintiendo el deseo de tenerla pegada a su cuerpo, de colmarla de besos, caricias y ternura. Quería que fuese suya, pero también que llenase de risas su solitario hogar, quería verla sonreír de dicha y borrar ese ceño de preocupación que la acompañaba siempre. Le daría una paliza a Nolford por ser el causante de sus pesares.

Esa misma mañana, al verla, la necesidad creció dentro de él. Lo estaba enloqueciendo, y lo peor de todo era que, cada vez que lo pensaba, la idea de sentar la cabeza se le hacía más apetecible. ¿Sería Eleanor la horma de su zapato? Maggy decía que cuando la hallase, nada, ni nadie, lograría que un testarudo como él la dejase escapar.

—¿Señor Wayner?

—¿Eh?

Eleanor soltó una risita que le supo a gloria y él sonrió a su vez.

—Alice le preguntaba, inspector, si usted también piensa encargarle un modelito a *madame* Pons, como nos acompaña...

Derek se rascó la cabeza e intentó inventar una excusa.

—Pues, yo...

—El inspector ha insistido en regalarme un vestido, querida Alice, para compensarme por el susto que nos causó ayer. ¿Verdad que sí? Y es tan dulce que quiere que tú también tengas uno.

—¿¡Yooo!?! —Alice aplaudió y dio brincos en el asiento sumamente contenta.

Derek sonrió y, cuando Alice no prestaba atención, le susurró que era una bruja, Eleanor rio, respuesta que incitó a la joven acompañante a una larga conversación sobre la moda femenina de esa temporada.

Durante más de una hora, Derek soportó con valentía la tediosa prueba que

se le había encomendado; era un detective muy profesional, capaz de sumergirse en la peor de las tareas con tal de llevar a cabo su investigación.

—¡¡Señor Wayner, venga, *madame* Pons va a enseñarnos unas telas importadas desde Asia!! ¡Y hay varios guantes a juego! —Derek vio que la modista sacaba un sinfín de telas y gimió angustiada. Eleanor, que hacía un rato que había dejado de simular interés por la ropa, se acercó a él.

—¿Por qué no sales un rato? Si sigues un minuto más aquí vas a morir de aburrimiento y... —Calló cuando vio un sombrero en el mostrador. Era rosita claro y tenía un bordado lateral en el que se observaba una «H» —. Señora Pons. —Esta la miró—. ¿Está a la venta? —Lo señaló. La mujer observó con tristeza la prenda y asintió.

—Imagino que ahora sí. Era un encargo especial, pero ya no podré entregarlo. Pobre duquesa, recuerdo cuán ilusionada estaba por su sombrero —musitó apenada la modista. Derek, al escucharla, se envaró y el aburrimiento se le esfumó de un soplo.

—¿Se refiere usted a la duquesa de Nolford?

—Sí, claro. Era mi más distinguida cliente.

—¿Venía mucho por aquí, entonces?

—Todos los meses nos hacía algún encargo. Este fue de hace una semana.

Eleanor acarició el sombrero, se lo puso y parpadeó varias veces. Después, se lo quitó y comentó:

—Quizá, usted debiera entregárselo al duque. No sé, tal vez le gustaría tenerlo.

Derek la aplaudió mentalmente por reconducir la conversación, ya que él no quería desvelar su identidad porque temía que corriese la voz sobre su investigación y que la noticia del presunto asesinato acaparase los diarios y tirase al trasto cualquier pista. Ya lo había visto antes.

—Lo dudo, jamás acompañaba a su excelencia. ¿Se lo llevan, entonces?

Eleanor asintió y encargó también las telas de Alice para dos vestidos. Salieron de la tienda, seguidas de Derek, y anduvieron hacia un coche de

caballos que estaba parado frente a la tienda. El inspector las ayudó a subir y, justo cuando iba a seguirlas, recordó que había olvidado su sombrero y regresó.

Derek no podía pasar la oportunidad, la táctica del sombrero se le ocurrió a última hora y la puso en práctica porque tenía la intuición de que la modista ocultaba algo y no se equivocó.

Entró y le sonrió. Percibió que lo estaba esperando.

—Sabía que regresaría, inspector. —Derek abrió la boca con sorpresa y *madame Pons* lanzó una carcajada.

—Créame, señor Wayner, pocas cosas suceden en Londres que yo no sepa. Y usted es un tipo conocido, lo he reconocido nada más entrar porque lo vi en una publicación del *Times*. Pese a lo que pueda imaginar, apreciaba a su excelencia y, si en algo puedo ayudar, así lo haré.

—Bien. Entonces hablemos claro, ¿qué me puede decir de ella?

—Tuvo algo que ver con su muerte, ¿no? El duque. Solo lo vi un día y me bastó para saber que en ese hombre anida la maldad más profunda y créame, inspector, yo conozco a la gente, sé de qué hablo. Se decía que eran la pareja de la temporada, que hicieron la boda del año, a pesar de que fue un escándalo, pues la duquesa no pertenecía a la misma escala social. Era hija de un barón, un tal Miller, pero su belleza y fortuna cambiaron su sino y acabó siendo acogida por esa sociedad que meses atrás puso el grito en el cielo por su enlace. Ella lo quería, al principio.

—Parece segura de esa afirmación.

—Lo estoy. Presenció el cambio. Hace cuatro años entró por esa puerta una jovencita dicharachera repleta de felicidad, que burbujeaba de alegría porque se iba a desposar con el lord más cotizado de Londres. Su padre hervía de orgullo por la posición aventajada en la que quedaría como suegro de un duque. Recuerdo que parecía un pavo real. La escuché parlotear durante la prueba de su vestido, el duque había encargado personalmente el traje y todos los abalorios, y ella solo vino una vez a probarse. Regresó una semana

después, acompañada por su ya esposo, y nunca olvidaré esos ojos azules. Había escapado esa chispa de vida, estaban vacíos. Algo pasó tras la boda, inspector. Algo que lo cambió todo para ella. Y él, nunca olvidaré su mirada. Parecía como si...

—¿Sí?

—La odiase.

—¿Qué pasó después? ¿Vio algo sospechoso?

—No. Él no volvió y la duquesa siempre parecía como triste. Bueno, hasta ese día. Fue la primera vez que lo vi, su excelencia estaba resplandeciente.

—¿A quién?

—Al chico, inspector.

—¿Qué chico?

—Venía con él; era un jovencito muy apuesto. La adoraba, estoy segura. Y ella durante unos meses cambió, se asemejaba a aquella chiquilla que tiempo atrás entró con su padre para probarse su vestido de novia. Pero de pronto, un día, el muchacho dejó de acompañarla y a ella regresó la tristeza. No sé qué ocurrió, la verdad. Le pregunté a su excelencia y se encogió de hombros. Me contestó que ahora servía en otra casa, pero jamás olvidaré su tono... Parecía desgarrada por el dolor.

—¿Hay algo más de la duquesa que pueda decirme?

La mujer comenzó a negar con la cabeza, pero luego abrió los ojos con mesura.

—Es extraño. Ella todas las semanas venía a encargarme algo, pero hará cosa de tres meses estuvo desaparecida durante un mes entero. Después regresó como si nada, pero todo Londres se preguntaba dónde se había metido la duquesa esos días, y más teniendo un hijo tan pequeño.

—¿Es posible que estuviese con ese joven?

—Supongo, inspector. ¿Quién sabe?

Derek regresó al coche con una idea clara, ese mismo día conocería el nombre del amante de la duquesa.

La soledad es una soga que aprieta lentamente hasta asfixiarte. Lo descubrí pronto. Apenas dos semanas después de mi matrimonio, ya noté las huellas de ese calor humano que tanto me faltaba pese a estar rodeada de tanta gente. Me maravillaba la idea de huir, de dejar atrás esa nueva vida y regresar a la antigua, a Robby, a padre y a esos criados entre los que era una más. Ahora me llamaban excelencia y guardaban las distancias. Él lo quiso así. Tuve que dejar a un lado mi calidez y teñir mi sonrisa de superioridad e indiferencia, prefiero su odio a convertirlos en un arma que use contra mí. Dejé de interesarme por nadie que no fuese yo misma. Ni siquiera conozco sus nombres, ¿para qué? Pocos duran más allá de un mes.

Pero pagué su desinterés con la única moneda con la que podría comprar mi venganza, entregué mi cuerpo a otro, gocé en su cama, entre sus sábanas, y grité un nombre que no era el suyo. Simulé amarlo cara a los demás, y él hizo lo propio. Creamos una cortina de humo. Sin embargo, no pude engañarlos a todos.

Hice cosas de las que me avergüenzo, arguyo que él me empujó a ello con su desprecio, pero sé que fue mi mano la que provocó el desastre. Tengo miedo. Miedo a que nadie me recuerde, a que nadie añore mi nombre.

Ya ni siquiera Robby lo hará, no después de aquello. Siempre hay que pagar un precio.

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 6

Eleanor aguardó hasta que la oscuridad cubrió el cielo y barrió toda luz. El silencio fue su único compañero cuando se deslizó lentamente por la puerta de atrás de la pensión. La señora Brown ya dormía y Alice también. Saldría y regresaría antes de las primeras luces del día. Era una mala idea, muy mala, pero necesitaba verlo.

Se cubrió el rostro con la capucha de la enorme capa negra que portaba y caminó despacio, mirando hacia atrás a cada paso y con el corazón henchido de miedo ante los peligros que podrían acecharle en la oscuridad de la noche. La intensa niebla, mezclada con la poca iluminación de la zona, hacía de Whitechapel un lugar siniestro y más a esas horas indecentes en las que ninguna mujer respetable debería recorrer las calles.

Dejó atrás Whitechapel High Street y caminó con presura hacia la calle Dorset, considerada la peor de Londres. El deseo de hallarlo, de verlo ante sí, borró la poca cordura que le quedaba, ya había conseguido vencer su ansia la pasada noche, pero esa se le antojaba imposible. Sabía que una fuerza más grande que su voluntad la empujaba hacia allí y que no pegaría ojo hasta que cumplierse su cometido. Al pensar en él, al imaginar su rostro, revivió de nuevo la rabia, el odio y la frustración. La sed de venganza nublaba su juicio. Tanto que, al pasar por uno de los tugurios de la zona, no se percató de los villanos que salían por la puerta.

Escuchó un silbido y giró el rostro. Vio que había dos, uno moreno y otro

rubio. El primero portaba una botella en la mano y el otro, que parecía más perjudicado, se apoyaba en su amigo. Escuchó unos susurros y una risotada. Apretó el paso y consiguió sacarles distancia, pero cuando oyó que uno de ellos la llamaba sintió cómo el vello de la nuca se le erizaba. Miró de un lado al otro para pedir auxilio, mas comprobó que se hallaba sola. Escalofríos gélidos le recorrieron el cuerpo y Eleanor se dijo que, pasase lo que pasase, no se rendiría, protegería su virtud a como diese lugar, esos canallas no la lastimarían, ella no era ninguna pusilánime, la vida le había dado demasiados asaltos como para temer a unos simples borrachos. Recogió su falda y echó a correr.

A ellos su carrera les pareció sumamente divertida y la siguieron, tropezando entre sí.

Eleanor no se dio tregua, conseguir alejarse era su primordial objetivo. Escuchaba sus jadeos, sus risas y sus pasos. El costado izquierdo le daba pinchazos y el calor comenzó a abrumarla, sentía que su ropa se le clavaba y que el corazón se le saldría del pecho de un momento a otro. Buscó un coche de alquiler, pero no encontró ninguno a la vista.

Sus pasos no cesaban, estaban acercándose. Agarró el bolsito donde portaba su arma y se preparó para usarla. ¿Qué pasaría si le diesen alcance? Gimió ante las hoscas escenas que su mente le deparaba, ninguna auguraba nada bueno. ¿Viviría? La respuesta vino a ella con la fuerza de una manada. ¡Sí! Tenía que hacerlo, debía hacerlo. No podía perecer, no cuando estaba tan cerca de todo. Estaba dispuesta a lo que fuese con tal de sobrevivir.

Llegó hasta una calle sin final. Entonces, supo que era el momento decisivo, estaba sola y de ella dependía todo. No tenía miedo a luchar, estaba curtida en la desgracia y se mancharía las manos si fuese preciso. Si tenía que disparar, que así fuese. De hecho, no era la primera vez que se enfrentaba a la decisión de acabar con la vida de alguien. Todavía le quemaba en las manos la sed de justicia y deseaba apretar el gatillo contra quien se lo había arrebatado todo porque ni siquiera lo que hizo noches atrás podía mermar esa ansia que la

invadía, esa sensación de haberle fallado en su desquite. Al pensar en su desgracia recuperó las fuerzas y sus ojos se plagaron de la cólera que guardaba en lo más recóndito de su alma. Sacó la pistola y apuntó, esperándolos.

Cuando los hombres alcanzaron la calle se sorprendieron al ver su figura en el centro, parecía un ángel de la muerte. Uno de ellos tragó saliva y se santiguó cuando miró a aquella mujer desquiciada. Ambos quedaron perturbados por el veneno y la decisión que desprendían sus ojos verdes.

Eleanor aguardó pacientemente. El más alto, un rubio de cabello grasiento marcado por una horrible cicatriz que afeaba su mejilla derecha, rio mientras eructaba y empujaba a su amigo, que parecía indeciso.

—¿Has visto qué bocado, Timmy? Te dije que esta hembra era de las finas. Voy a disfrutar domando a la fierecilla. —Las palabras del maleante estaban destinadas a hacerle bajar la guardia, pero Eleanor mantuvo el tipo. Siguió apuntándole en silencio.

—Está loca, Peper. ¿No lo ves? Esos ojos... ¡Parece endemoniada!

—¿Vas a echarte atrás? ¡¡Solo es una mujer!!, ¿qué podría hacerme? No, yo la haré suplicar cuando la embista. —Dio un paso hacia ella y Eleanor rio, con una risa perversa, el tal Timmy volvió a santiguarse y tragó saliva.

—¡¡Es el diablo reencarnado, Pep!! Enviado para tentarnos y... —La joven emitió otra carcajada y el hombre chilló con puro terror. Echó a correr sin esperar a su amigo.

—Eeeehhh —se quejó el otro—. Vuelve aquí, cobarde. Ni siquiera sabes utilizarla, ¿verda', preciosa? Sí. Solo eres una señoritinga, *perdía* por aquí.

—Si te acercas, te mato.

El otro rio y se lanzó hacia ella, Eleanor se echó atrás y, justo cuando iba a darle alcance, apuntó y disparó. El hombre se tiró al suelo y aulló de dolor sujetándose el pie malherido. Ella aprovechó para sortearlo y huir de allí. A pocas manzanas, al fin se vio recompensada con un coche de alquiler, subió y le indicó a qué dirección ir.

Ya a salvo, respiró hondo y dejó salir las lágrimas que estaba reteniendo. Las manos comenzaron a temblarle salvajemente, presas del terror alimentado por el encuentro con esos bandidos. Sacó la pistola que todavía olía a pólvora y la acarició. Se quitó el guante y con la yema del dedo índice repasó la inscripción en la que se leía: «Robby». Cerró los ojos y se perdió en los recuerdos hasta que el vehículo llegó a su destino.

Bajó del coche y observó el lugar, la zona más lujosa de la ciudad, ¡cómo no! Anduvo hasta la residencia de alquiler y comprobó que se trataba de una enorme mansión, muy al estilo del duque. Alice había hecho bien los deberes el día anterior al enterarse de su dirección. Decidió agradecerse cuando la viese.

Rodeó el edificio y fue a la parte de atrás. Allí estaba. Se agazapó en unos arbustos y lo observó largo rato. Tocó varias veces la pistola y deseó ser más valiente, irrumpir en esa reunión de calaveras y asestarle la estocada final, como él había hecho. Quería ser la mano que golpease su atractivo rostro, quería matarlo.

Michael Brunet, duque de Nolford, bebía ajeno a su furia. Reía y conversaba con unos tipos ataviados como él, sin duda, otros lores desgraciados, cualquiera que tuviese tratos con ese monstruo debía serlo. Miró como disfrutaba y lo odió más, pareciese que nadie hubiese muerto por su causa, que no hubiese perdido nada.

Era un asesino. Y ella acabaría con él tarde o temprano.

Estuvo varias horas más observándolo, rumiando su rencor. Le juró que pagaría bien caro por lo que hizo, por haberle arrebatado a quien más quería. Eleanor se dijo que no descansaría hasta hacer justicia.

Regresó a casa con el canto de la primera alondra de la mañana, se metió en su habitación y escondió la pistola en el fondo de su baúl. Estaba dispuesta a hacer las cosas bien, de la forma legal, pero si todo fallaba tendría que matarlo.

La incansable búsqueda del amante se convirtió en una obsesión para Derek y durante los siguientes días estuvo metido de lleno en la investigación. Preguntó a todos los miembros de la casa de campo, y de la de alquiler de la ciudad, del duque el nombre de sus antecesores en el cargo y cuando halló a estos hizo lo mismo, repitió el interrogatorio una y otra vez hasta que logró remontarse tres años atrás. Consiguió un nombre, pero no el que deseaba. Pauline Simmons. La criada personal de la duquesa por aquel entonces, quien, supuestamente, conoció al joven cochero que coincidía con la descripción que logró sonsacarle a *madame* Pons, tras varias visitas más. Sirvieron juntos en la mansión durante un tiempo y Derek estaba dispuesto a lo que fuese por obtener el nombre. Intuía que ahí estaba la clave de todo.

El inspector había reunido mucha información por el momento, pero tenía preguntas, muchas. Por un lado, el servicio del ducado de Nolford cambiaba cada año, ¿por qué? Por otro, ¿qué relación tuvo el cochero con Harmony Brunet? ¿Los duques tenían amantes? ¿Se odiaban? ¿La asesinó? ¿Estuvo en casa a la hora del incendio? ¿El motivo del crimen fue el dinero o los celos? ¿Dónde estuvo la duquesa el mes que desapareció? ¿A qué temen los criados? ¿Es Michael Brunet un hombre violento? ¿Qué pasó aquel sábado realmente? ¿Cómo murió la duquesa? ¿Dónde está el relicario y qué significa su inscripción?

Derek observó la libretita que portaba y suspiró con desidia; tenía por delante una ardua tarea, solo si desentrañaba esas cuestiones y obtenía respuestas conseguiría dar con la verdad. Añadió una última pregunta que le pareció importante: «¿Quién fue realmente Harmony Brunet?».

Guardó el papel y se dirigió a la pensión de Eleanor. Los nervios le asaltaron como si fuese un colegial en su primera incursión pasional, sintió que la ansiedad invadía parte de su cuerpo y que se le aceleraba el pulso. Cerró los ojos e imaginó su dulce rostro. Estaría furiosa por haber

desaparecido con tan solo una breve nota en la que le explicaba que perseguía una pista y que, en cuanto avanzase algo, sería la primera en saberlo. Ni siquiera revisó la correspondencia para saber si le había contestado, pues las interminables horas del día las pasaba intentando encontrar algo que lo llevase hasta ese joven desconocido.

Tocó a la puerta de la pensión y aguardó pacientemente hasta que la señora Brown le abrió.

—¡Buenos días! Busco a la señorita Grant. ¿Podría avisarla de mi presencia? Necesito verla. —La mujer lo observó largamente, como estudiándolo. Tras varios segundos, negó con la cabeza y antes de que Derek protestase, añadió:

—No se encuentra aquí. Puedo dejarle su recado, si gusta informarme de a qué se debe su visita. —El joven sonrió interiormente ante la pobre táctica que usaba la anciana para cotillear en sus asuntos.

—Se lo agradezco, pero si no le importa prefiero dejarle esta nota. —Sacó del bolsillo de la chaqueta el papel que había garabateado en el carruaje previendo la posibilidad de que la joven no se encontrase en la pensión, pues estaba seguro de que estaría enfrascada en su propia búsqueda de pistas, y se lo entregó.

—Muy bien, se lo haré llegar —respondió seca.

Derek asintió y se despidió amablemente, antes de llegar a la puerta la escuchó reprendiéndole:

—Me alegro de que haya regresado. La señorita ha estado muy alicaída estos días, creo que no descansa bien por las noches y durante el día siempre está fuera, seguramente se mantiene ocupada para no pensar en su descarado abandono. —Frunció el ceño y le echó una mirada colérica como si fuese el causante de todos los males de Eleanor—. En mis tiempos los pretendientes cortejaban como es debido a una dama. Usted debería tomar ejemplo, lleva cuatro días ausente. Mire, le digo una cosa, la belleza de la señorita Grant puede abrirlle muchas puertas. No espere mucho tiempo o la perderá por un

caballero más atento. —Derek iba a replicar, pero guardó silencio. De pronto el día se le antojaba más gris. Esa anciana metomentodo le había puesto el dedo en la llaga y sintió cómo los celos lo invadían al imaginarla con otro. Era muy bella, cierto es, y valiente, temeraria, deslenguada... Sería la mujer ideal para cualquier hombre. Especialmente para él.

—Que tenga un buen día, señora —replicó entre dientes.

La casera espío desde la ventana de la entrada al joven caballero hasta que este desapareció de su vista, soltó una risotada por su atrevimiento y extrajo el papel, muerta de curiosidad por su contenido. Al leerlo se llevó una decepción, ¿desde cuándo los jóvenes se habían vuelto tan aburridos? Esperaba encontrar un mensaje jugoso, algo subido de tono, como su Anthony le mandaba, y no eso:

Saca tu mejor vestido, preciosa, nos vamos a un baile. Te recogeré a las siete.

D.

—¿Está segura, señorita? Es una droga muy adictiva.

Eleanor miró de reojo la puerta y comprobó que Alice charlaba con el cochero mientras la esperaban. Asintió.

—Lo sé.

—¿Cuánto quiere?

—Lo suficiente para dormir toda la noche, pero despertar al día siguiente.

—Señorita, creo que no es consciente de los peligros que...

—¿Quiere el dinero o no? —Sacó una bolsita repleta de monedas y las hizo sonar. El boticario tragó saliva y sus ojos se hipnotizaron con el sonido del dinero.

—Usted verá —respondió a la joven, arrebatándole el dinero antes de que

la conciencia le impidiese coger ese pequeño tesoro.

Eleanor cogió el paquetito y guardó las cabezas de adormidera en el bolso con sumo cuidado. Salió del establecimiento y se reunió con sus empleados.

—¿Ya tiene su medicina, señorita Grant?

—Sí, Alice. Podemos marchar.

—Espero que le sirva y mejore —afirmó la siempre dulce Alice, que estaba muy preocupada por ella.

—Lo hará.

Capítulo 7

Eleanor releyó la nota que le había entregado la señora Brown y los nervios la ahogaron, sintió como si una invisible garra estrujase su corazón hasta hacerle perder el aliento. Las manos comenzaron a temblarle y se esforzó por respirar hondo, calmándose. Derek estaba muy cerca y debía ser fuerte, en ese momento más que nunca.

Quería protegerlo, ahuyentarlo, porque a pesar de ser un imposible para ella, sentía que se estaba apoderando de sus sentimientos. Había bajado la guardia y no sabía cómo había sucedido. Durante esos días aguardaba su llegada, alguna señal de vida. Luego se reprendía por esa debilidad. Derek Wayner no era para ella y sería egoísta pensar lo contrario, no era libre y no debía ilusionarse con algo que jamás se daría. Tenía que sacárselo de la mente y concentrarse en los siguientes pasos porque Derek iba a odiarla, estaba segura, cuando supiese la verdad.

Aspiró y sollozó a la vez. Con cierta dificultad se puso en pie y abrió su bolsito, extrajo el paquetito que había comprado y un cuchillo. Hizo una incisión en cada cabeza de adormidera y dejó salir la savia, que volcó sobre un tarro de cristal. Lo cerró y lo escondió donde estaba el resto. Cogió el único que estaba listo y sacó la savia que ya se había tornado negra, la guardó en su puño y se sentó en la cama durante unos minutos. Finalmente, la puerta sonó, escondió el fruto bajo la almohada y abrió a Alice, que le llevaba su tisana.

—Aquí la tiene, ¿desea algo más?

—No, Alice. Descansa. —La joven asintió y al hacerlo se mareó. Eleanor corrió a sujetarla—. ¿Estás bien? —Alice se tocó la frente y, justo cuando iba a asentir, estornudó—. Será mejor que te recuestes. No quiero que empeores, mañana guardarás cama.

—Pero señorita, debo acompañarla a...

—Dos cosas. La primera, descansarás porque así te lo pido. Y la segunda, ¿qué te dije? Vamos a pasar mucho tiempo juntas y deseo que seamos amigas, Alice.

—Usted ya es mi amiga, señorita. Nadie hizo nunca tanto por mí, la aprecio mucho, ¿sabe?

—Entonces, compláceme.

—Pero no es correcto...

—¿Acaso soy mujer de normas sociales?

—Lo haré, pero solo cuando estemos solas, seño... —Eleanor carraspeó, Alice rio mientras se dejaba conducir hacia su habitación—. Perdón. Eleanor.

—Así me gusta. Voy a pedirle a la señora Brown que te atienda, mañana me temo que estaré ausente y no me gustaría dejarte así.

—¿Es por lo de su amiga? Lo que me contó.

—Sí.

—Espero que encuentren pronto al culpable de su muerte, usted no se merece tanto sufrimiento.

—Yo ya sé quién es el asesino, Alice, pero ahora tengo que demostrarlo. Su excelencia debe pagar por tanta maldad.

—Pero es un duque y usted solo es una... —Alice se tapó la boca y miró al suelo.

—¿Mujer? Lo sé. Pero hasta Nolford debe rendir cuentas a la justicia. Además, tengo un plan, cuando pueda haré público en el *Times* su delito y sus perversiones.

—¿Por eso ha visitado a esa señora? ¿Confía en ella?

—No, pero le tenía aprecio a Mony y pienso pagarle muy bien.

—¿Cree que es verdad? ¿El duque sería capaz de eso?

—Ese monstruo es capaz de todo.

—¿La mató porque descubrió que le era infiel con el cochero?

—Eso pienso, sí. Michael jamás habría permitido que su hombría se pusiese en entredicho, y la reina Victoria condena la homosexualidad, sabes que es un delito.

—Su excelencia podría haber obtenido el divorcio si lo hubiese denunciado.

—Así es. Él nunca le hubiese dado la libertad, Alice.

—¡Dios mío! Tiene usted razón, ¡la mató! Debemos hacer algo.

—Tú tienes que dormir y recuperarte, ya habrá tiempo para la justicia. Venga, a la cama.

La empujó suavemente y cerró la puerta. Luego se dirigió abajo y buscó a la casera, que estaba en la cocina. Le explicó que Alice se encontraba mal y puso varias excusas para esquivar el interrogatorio de la anciana, finalmente la convenció de que tenía que hacer unas gestiones con los abogados de su padre y le arrancó la promesa de que cuidaría de la joven.

Regresó a su cuarto con una imperiosa necesidad de intimidad. Cerró la puerta y echó la llave. Cogió el vaso, tocó con la yema del dedo índice el agua que ya estaba fría y volcó los trocitos negros que sacó de debajo de la almohada, lo removió bien y lo ingirió; se cambió y se metió en la cama. Lloró por las mentiras que había contado y que contaría, le pidió perdón y luego cerró los ojos esperando que el opio hiciese efecto y eliminase la culpa y el dolor.

Capítulo 8

Eleanor observó la imponente fachada y se sorprendió ante la casa que tenía frente a sí. Era acogedora para ser un piso de soltero y del tamaño justo para considerarlo un buen hogar. Observó el cuidado jardín delantero y fantaseó con una vida que jamás podría llegar. Se imaginó en ese porche rodeada por los fuertes brazos de Derek, sonriendo despreocupada, sin los problemas que en ese instante acechaban su mente y observando a dos criaturas que guardaban semejanza con ellos. Los niños reían mientras chafaban la hierba y se perseguían jugando.

Qué bella estampa y qué desolador era saber que nunca se haría realidad porque para ella se habían acabado los sueños, tenía que alejarse de Londres, de todo cuanto conocía y, sobre todo, de ese hombre que estaba calando hondo en ella. Pensó en Derek y un suspiro de anhelo escapó de sus labios. Él encarnaba todo cuanto hubiese deseado hace tiempo, mas era hora de pisar terreno seguro, de alejar la fantasía y aferrarse a la realidad, intentó recordarse lo que sucedía cuando uno se enamoraba, los errores que se cometían y las fatalidades que acontecían. No podía poner en peligro todo por algo tan estúpido como sus sentimientos, cosas más importantes estaban en juego.

Decidida, tocó a la puerta y esperó unos minutos.

Un hombre de mediana edad abrió y se sorprendió al verla, miró de un lado a otro como buscando a su acompañante, lo que a Eleanor le hizo mucha

gracia, seguía impactándole esa rigurosidad social existente en la ciudad. Se suponía que una joven decente no debía andar sola por la noche y menos aún sin compañía femenina, porque de lo contrario caería en desgracia ante la alta sociedad y la tacharían de mujer indecente. A tal suposición debió de llegar el mayordomo, porque de pronto abrió los ojos y su rostro se iluminó; la consideraba una cita amorosa del inspector.

—¡Buenas noches! ¿En qué puedo ayudarla?

—Busco al señor Wayner, yo...

—Entiendo. Pase, por favor, señora, quizá desee esperarlo en su recámara, la conduciré hasta...

—Señorita Grant. Eleanor Grant. Y permítame, buen señor, que disienta con usted. No creo que comprenda en absoluto qué hago aquí. No soy su querida, ni pretendo serlo. —El mayordomo dio un respingo y abrió y cerró la boca varias veces sin emitir sonido. Eleanor rio y él tragó saliva ante su franqueza—. Y ahora, si es tan amable, anúnciele que lo espero. Gracias. —Se cruzó de brazos y aguardó hasta que el hombre se recuperó, asintió y fue a buscar al inspector. Segundos después, este bajaba de dos en dos las escaleras con el rostro pintado de incredulidad.

—¡¡Eleanor!! —El grito de Derek sonó por todo el vestíbulo—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Observó la estancia y arrugó la frente—. ¿Has venido sola? ¿Y Alice? No podía creerlo cuando Clarens me lo dijo. —El aludido, que había aparecido en escena tras su señor, asintió—. ¡¡Cómo se te ocurre venir sola!! ¿Sabes lo peligroso que es? —Eleanor pensó en las pasadas noches yendo a la casa del duque a observarlo, si Derek lo supiese...

—¡¡Llevo esperándote una hora! —chilló ella, a su vez.

—Media.

Ella sacó el reloj de su bolsillo y lo abrió para mostrárselo.

—Una. —Se cruzó de brazos y alzó una ceja—. ¿Qué tienes que decir al respecto, inspector?

—Que estás preciosa cuando te enfadas. —Y para sí, pensó en todas esas

ideas que lo rondaban al verla allí, en su vestíbulo, tan digna y hermosa. Tenía ganas de borrar ese ceño fruncido, de acariciarla, de besarla. Quería cogerla en brazos y llevarla arriba, a su habitación, despojarla de la enorme capa negra y de las prendas que vestía. Quería tenerla desnuda debajo de él, hundirse en ella, escuchar su nombre entre gemidos. ¡Dios! Qué imperiosa necesidad de besarla... Se acercó un paso, luego otro y otro, se pegó a ella y se la quedó mirando hasta que la sintió temblar, la cogió de la cintura, agachó la cabeza y rozó sus labios levemente, fue un beso breve, casi inexistente, pero ambos estaban sin resuello. Él buscó sus labios de nuevo, incapaz de separarse.

—No deberíamos...

—Lo sé —susurró sobre sus labios.

—Tenemos que irnos... El baile...

Derek profundizó el beso y sintió cómo ella se daba por vencida y alejaba cualquier duda. Sus lenguas se buscaron y encontraron en un ritmo salvaje. Sus corazones palpitaban al unísono. Derek metió la mano dentro de su capa y tocó los pequeños pechos por encima de la tela del vestido, sintió que su miembro se endurecía tanto que incluso le dolía. Deseaba liberarlo y hallar el placer que su cuerpo prometía, pero un sonido desde la cocina le devolvió la cordura y separó sus labios. Apoyó la frente en la de ella y respiró entrecortadamente, con los ojos cerrados y el pulso acelerado. Ella también jadeaba y se agarraba a su camisa como si de ello dependiese su vida.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Derek se apartó de su dulce tentación.

—Será mejor que marchemos antes de que cambie de opinión y mande al garete el baile y la investigación. —Ella asintió, todavía sujetando su ropa. El joven miró esos labios carnosos, enrojecidos por sus besos, y sintió que un nudo de desesperación se alojaba en su garganta, alejarse de ella sería lo más difícil que había hecho hasta el momento—. Ellie, yo...

Sus intensos ojos color miel transmitieron el alcance de su gran deseo. Eleanor tragó saliva, ¡qué peligroso se estaba tornando para sus fuerzas! No

conseguía resistirse a él, reducía su voluntad a cenizas, y lo peor de todo era que su mera presencia endulzaba su áspero corazón. Derek Wayner se estaba convirtiendo en el mayor obstáculo, pues, ¿qué pasaría si se enamoraba locamente de él? ¿Sería capaz de engañarlo? Ellie quiso llorar porque se le antojaba que ya era demasiado tarde para hacerse esas preguntas. Alicaída, dejó que la condujese hacia el carruaje. Tras varios minutos en tenso silencio, preguntó lo que más la atormentaba.

—Derek, ¿qué has descubierto? —Él pareció sobresaltarse y dejó de mirar por la ventana. Le sonrió lobunamente y sus ojos resplandecieron de ansiedad.

—Tengo una pista, Ellie. No quería adelantarte nada hasta confirmar mis sospechas, pero todo apunta a que la duquesa tuvo estrecha relación con uno de sus sirvientes, tengo la corazonada de que ese dato es el centro de todo, el que comenzará a desentrañar el entuerto.

—¿Por eso vamos al baile?

—Sí. La marquesa de Arcomak estará allí y, según he podido averiguar, siempre que sale lo hace acompañada por su doncella personal, Pauline Simmons.

—Me suena mucho el nombre.

—Sirvió a los Nolford hace un año junto a otro empleado, el cochero del que me ha hablado *madame* Pons. Simmons lo conoció y estoy seguro de que podrá desvelarnos mucho.

Guardaron silencio y Eleanor comenzó a retorcerse las manos; cuando Derek la miró, ella volvió a preguntar:

—¿Estás seguro de que estará allí? —El joven agarró su mano enguantada y acarició la seda blanca con sensuales movimientos circulares.

—Todo saldrá bien. —le prometió. Ella sonrió levemente deseando en su fuero interno creerle, soñar con que esa afirmación podría ser cierta—. Ellie, ¿confías en mí? —Ella se lo quedó mirando e instintivamente asintió, porque realmente confiaba en él—. Juro que haré justicia por Harmony. —Dos gruesas lágrimas cayeron por su rostro, y él, con una caricia y una sonrisa

repleta de amor, se las limpió. Eleanor se sintió la peor de las féminas. ¿Por qué debía ser tan honorable? Se odió a sí misma por todo cuanto le ocultaba, por utilizarlo y engañarlo. Si pudiese contarle la verdad... Decidió cambiar de tema.

—¿Cómo has conseguido una invitación?

—John, el marqués de Raverston y yerno de los condes de Chester, me debía un favor. Además, está muy contento de que asista, lleva años invitándome, aun sabiendo lo poco conveniente que es. Le encanta escandalizar a esos estirados.

—¿Sois amigos?

—Quizá sea el único noble en el que verdaderamente confío. —A Eleanor le impresionó su declaración porque la hizo con voz tensa.

—¿Cómo lo conociste?

— Nuestros caminos se cruzaron cuando le robé. —Eleanor pegó un salto y lo miró de hito en hito—. Veo que por fin la he dejado sin palabras, señorita. —Le guiñó un ojo, juguetón.

—¿Le robaste!?

—¿Por qué crees que se me da tan bien mi trabajo? Estuve en el otro lado de la ley. Sé poco de mis padres. Él era un marinero en un barco mercante, nos visitaba cada tres o seis meses; trabajaba muy duro para que no nos faltase alimento. Mi madre enfermó y me dejó con una vecina. Murió y al poco tiempo llegó la noticia de que mi padre había sido asesinado en una reyerta en una taberna. Gracias a Henry, pude averiguar que intentó ayudar a un tipo y, por salvarlo, acabó pereciendo él. Parecía un buen hombre.

—¿Por eso sigues portando su apellido?

—Sí. Henry ha insistido mucho en adoptarme formalmente, pero yo nunca quise renunciar a lo único que me queda de él. Creo que se lo debo.

Ella le sonrió, admirada.

—Entonces, ¿quedaste al cuidado de tu vecina?

—No. Cuando dejó de llegar el dinero de mi padre, me echó a la calle.

Comencé a robar junto a otros niños y supongo que debo de estar agradecido, porque solo recibí unos latigazos una vez. Hubo otros con menos suerte.

—¿Qué les hicieron?

—La justicia es mediocre, por eso decidí seguir los pasos de Henry. Quería cambiar algo, por pequeño que fuese. Presenció castigos inhumanos a chiquillos que, como yo, lo único que querían era llevarse algo de comer a la boca. Charly, uno de los críos de mi banda, recibió veinte latigazos por robarle a un tendero un mendrugo. Hubo otro niño que fue deportado a una prisión de Nueva Zelanda por quitarle la cartera a un lord. El viejo hizo que le diesen diez latigazos, que él mismo empuñó y, después, logró que lo encarcelasen. Algunos fueron ahorcados por delitos similares. Siempre creí que acabaría mal e imagino que así hubiese sido de no haberse cruzado Henry por mi camino. Él fue el único agente que mostró clemencia con nosotros.

—¿Y te fuiste con él?

—Sí, aunque no fue tan fácil, protesté mucho al principio. —Eleanor observó esa mirada tozuda y ese enorme cuerpo que rebosaba autoridad y sonrió.

—Imagino que diste problemas. —Él rio.

—Pero Henry no me dio por perdido e hizo de ese ladronzuelo un hombre de provecho.

—¿Y cuándo conociste a John?

—Fue tiempo después. No, no volví a las andadas. —Derek se adelantó a contestar la pregunta no formulada—. Henry me encargó una misión parecida a la de George, la que tú chafaste, ¿recuerdas? —Ella se sonrojó y Derek rio, guiñándole un ojo—. Robé a John y eché a correr. Él iba con otros amigos y me persiguió incansablemente. Pensé que le había dado esquinazo cuando una mano me atrapó por atrás y me giró. Era él. Exigió que le devolviese la cartera y yo me negué, siguiendo con mi papel. En ese momento llegó Henry y, al verlo, John me escondió tras él y le mintió para alejarlo creyendo que iba a detenerme. Por supuesto, Henry me obligó a salir y entregarle el botín,

después le explicó que era parte de un caso y que yo colaboraba. Ese joven lord fue el primero que conocí que me pareció honorable. Además, tiempo después me contó que en esa cartera portaba una imagen de su madre, la única que le quedaba pues su padre, preso del dolor, había destruido todo lo que le recordaba a su amada esposa fallecida. Vino a verme varias veces a Scotland Yard y, como en más de una ocasión le he salvado el culo, me debe favores.

—Vaya historia.

—¿Y cuál es la tuya, Ellie?

—Tuve una infancia feliz. Mis padres me adoraban y nunca me ha faltado nada, fui muy dichosa.

—Y, sin embargo, no siempre lo pareces. Mi instinto me dice que algo te atormenta. —Ella miró hacia otro lado, estaban entrando en terreno pantanoso y no le convenía. Intentó bromear.

—Sabe, inspector, que su instinto no siempre es infalible, ¿no?

—Hasta ahora no me ha fallado. ¿Me contarás algún día tu tragedia?

Ella lo miró y fue incapaz de sonreír. Se mordió el labio y contuvo las lágrimas.

—Puede.

—Ellie, siempre podrás confiar en mí y, si está en mi mano, ten por seguro que haré hasta lo imposible por ayudarte. Deseo que seas feliz. —Le cogió las manos y la miró a los ojos. Eleanor se sintió hechizada por la ternura que invadía su mirada y poco le faltó para adelantarse y lanzarse a sus brazos. Sería tan fácil dejarse llevar, confiar en él como se lo pedía su corazón y dejar que alguien compartiese su carga y le diese la fuerza que a veces le faltaba. Ser consciente de tamaña debilidad la puso en alerta. Miró por la ventanilla y sonrió.

—Mira, ¡¡hemos llegado!! Te confieso que estoy nerviosa, nunca he asistido a un baile tan importante. Espero no desentonar.

—Pues me temo que lo harás. —Ella lo miró asustada y él le sonrió de forma pícaro—. Estoy seguro de que esta noche vas a ser la mujer más bella

de todas, me costará sudor y lágrimas quitarte de encima a esos petimetres. O, mira, igual hasta conviene a nuestra causa porque, mientras tú distraes a la flor in nata de la sociedad, yo me entrevisto con Simmons.

—¡Ni se te ocurra dejarme sola! Además, quiero bailar. Me lo debes por retrasarte. Luego, juntos buscaremos a la joven y le preguntaremos. —Se lo quedó mirando y sonrió—. Creo que colaborará si estoy presente, tú tiendes a imponer.

—No a ti, que me plantaste cara como un general.

—Bueno, sí que tenía miedo, pero George me importaba más.

—Hecho.

Dos lacayos abrieron la portezuela y ayudaron a la joven a descender del carruaje, Derek bajó tras ella y la condujo hacia las enormes puertas abiertas que daban al vestíbulo, donde otros invitados estaban entrando también.

Dentro, un lacayo se llevó las capas de ambos y el sombrero de Derek. Eleanor se ajustó los guantes y pareció algo acongojada.

—¿Estás bien? —le preguntó. Ella asintió con lágrimas en los ojos.

—Hace mucho que no asisto a un baile, me trae tantos recuerdos... Mi pobre madre no se lo creería si me viese, recuerdo cuánto peleamos por las prendas que usé en el primer baile al que asistí —sonrió—; yo quería ponerme la ropa de... —calló a tiempo y desvió la mirada para que no notase su desliz — de varón. No comprendía por qué debía llevar aquellas endemoniadas e incómodas ropas cuando los trajes de los demás chicos de la zona parecían mucho más apetecibles. Y todo, como afirmaba ella, por haber nacido mujer.

Derek la miró de arriba abajo y rio. Era tan femenina que era imposible imaginarla como una jovencita salvaje. Ella pareció leerle el pensamiento porque explicó:

—Siempre fui una rebelde y me parecía demasiado a mi padre. Prefería ayudarlo con la cría de caballos que estar en una insulsa reunión de té. —Rio con verdadera alegría—. Aunque mi madre acabó sobornándome para que aceptase y al final, me convirtió en una de ellas.

—¿Una de ellas?

—Sí. Una refinada y elegante damita. Al menos, cuando estaba fuera del círculo familiar.

—¿Te envió a la escuela para señoritas de *madame* Jane? —Ella por un momento se quedó desconcertada, luego recordó su invención y sonrió.

—Eh... Sí, sí, claro.

—¿Y al final cómo te convenció?

—Me dio permiso para montar al pura sangre de mi padre, supervisada por él, eso sí. Siempre he tenido buena mano con los caballos y adoro montar, padre lo sabía, de lo contrario jamás habría aceptado.

—¿Te enseñó él a disparar? —preguntó Derek con picardía, rememorando su primer encuentro cuando le apuntó con una pistola.

—Así es. Quería que estuviese preparada para la vida.

—Un hombre sabio. ¿Y tu madre estuvo de acuerdo?

Eleanor rio.

—Fue ella la que me enseñó gran parte de lo que sé, era buenísima con los cuchillos. —El joven sonrió al imaginar a una mujer muy parecida a Eleanor pero más mayor. ¡Le encantaría conocerla!

—¿Dónde están ahora? —El rostro de la joven se contrajo y pareció alejarse varios kilómetros de allí.

—Murieron. —Sus ojos brillaron con una mezcla de dolor y resentimiento. Derek se preguntó otra vez qué tragedias ocultarían esos hermosos ojos del color de las esmeraldas.

Un lacayo se acercó, les indicó que lo siguiesen y los llevó hasta un rellano que conducía al salón de baile. Allí, en la entrada, los aguardaban los anfitriones. Les dieron la bienvenida y, tras un breve saludo, los jóvenes fueron arrastrados a esa vorágine de color y música donde los hombres y mujeres más distinguidos del reino se mezclaban los unos con los otros.

Derek ojeó la pista y, cuando se quiso dar cuenta, el carnet de baile de la joven estaba a rebosar, lo que le puso de malhumor toda la noche.

Se alejó de la pista con una copa en las manos y ojeó la instancia intentando hallar a la criada, desde un rincón vigiló la entrada y a Eleanor.

—Ya veo por qué insistías en venir, Wayner. Es toda una preciosidad —dijo un hombre moreno, tras él, oculto por unas macetas enormes.

—John. ¿Escondiéndote de los suegros?

—De mi esposa más bien. —Derek se sorprendió ante su afirmación, pues le constaba cuánto adoraba a su mujer—. Insiste en que haga de casamentera con mis primas. Me ha tocado presentarles a varios caballeros.

Derek rio ante su gesto agobiado. Las parientes de John eran bonitas, pero con una horrible tendencia a parlotear, por lo que solían espantar a todos los hombres que las invitaban a bailar.

—¡Y lo peor de todo son ellas! Están tan emocionadas que solo hablan de vestidos y lores. Te juro, amigo, que si tengo que pasar dos horas más aquí, acabo tirándome por la ventana. —Derek rio—. Oye, ¿no te interesaría conocer a alguna? —Casi le suplicó.

—Gracias, pero tengo los ojos puestos en otra mujer.

—Ya veo. Tú y medio salón. ¿Te has dado cuenta? —Derek gruñó y John sonrió—. Ya veo que sí. Tu dama es muy hermosa. Dan ganas de salir de aquí y apartarla de estos buitres, ¿eh? He pasado por lo mismo, créeme.

—¿Cómo superaste esa sensación?

—¿Quién dice que lo haya hecho? A esos imbéciles no les importa que mi marquesa esté felizmente casada, siguen molestándola.

—Ya, pero Mariah solo tiene ojos para ti, amigo.

—Y tu Eleanor me da que también. ¿Ves cómo gira la cabeza cada vez que termina un baile? Algo me dice que está esperando que aparezcas.

—Entonces deberé complacerla. Le guiñó un ojo y le pasó su copa. Antes de alejarse, su amigo lo retuvo con una pregunta.

—¿Has avanzado algo más en la investigación? Yo he estado preguntando tal y como me pediste ayer y de momento no he averiguado mucho sobre el mes que estuvo desaparecida la duquesa. Mariah me ha contado que su

excelencia refirió que estuvo en un retiro espiritual.

—¿Lo crees?

—Lo cierto es que no, pero hay alguien que quizá nos pueda ayudar.

—¿Quién?

—La señora Travers, es el ama de llaves del duque. Casualidades de la vida es pariente de mi cocinera, cosa que averiguó mi diligente Mariah, y va a concertarte una entrevista en nuestra casa para que podáis hablar libremente. Enriqueta está segura de que su prima sí sabe qué ocurrió, porque desde entonces detesta al duque y siempre habla de la duquesa con mucha pena.

—¿Sabrá, entonces, qué pasó la noche de su muerte?

—No. Enriqueta confirma la coartada, ese día no trabajó y estuvo en casa de su hermana. Además, según nos dijo, el ama de llaves quedó tan sorprendida con la noticia del incendio como el resto.

—Vaya. Gracias John, te debo una.

—Te avisaré cuando se produzca el encuentro, será en unos días.

—Perfecto. Y ahora, si me disculpas, tengo un baile pendiente. —John rio y se escondió un poco más.

—Si te preguntan por mí, di que no me has visto, especialmente a mi querida Mariah.

—Cobarde le susurró.

Derek fue al encuentro de Eleanor, pero antes de darle alcance saludó a Mariah, que le preguntó si había visto a su marido y él le respondió muy alegremente que se escondía tras las macetas. Ella se dirigió hacia allí, seguida de la carcajada de Derek. Como vio que tardaban en salir, el joven pensó que su amigo había descubierto una forma de distraer a su mujer de su misión casamentera, seguramente la estuviese besando tal y como soñaba él con hacer con Eleanor. ¿Causaría un escándalo si daba rienda suelta a sus deseos? Si no estuviese de servicio e inmerso en la investigación, mandaría al cuerno todo y esa noche solamente estarían los dos, sin nada más que los distrajese de esa atracción tan intensa que sentían.

Llegó al centro cuando acabó la pieza de música y se adelantó al joven petimetre que ya se acercaba a Ellie.

—Lo prometido es deuda, querida. —Le hizo una reverencia y la cogió entre sus brazos. Ella pareció contenta de verlo, sus ojos brillaban.

—Creía que lo habías olvidado.

—¿Y perderme esta delicia? Eso nunca.

Ella rio y lo riñó varias veces cuando la apretujó contra su cuerpo. Luego, y pese al esfuerzo que le costaba apartarse, la dejó en brazos de su siguiente compañero de baile para buscar a la sirvienta. Antes de alejarse, acordaron verse minutos después en el exterior.

La joven, para no despertar sospechas, siguió danzando varias canciones más. Se había convertido en la sensación de la noche, pese a su falta de título y de gran riqueza. Ningún hombre permaneció impasible a su presencia. Todos quedaron prendados por Eleanor y no despegaron la mirada de su bonita figura. En especial uno, Michael Brunet, duque de Nolford, que al verla estrujó una copa y la siguió cuando la vio desaparecer hacia el jardín.

Capítulo 9

Derek esperaba que Eleanor apareciese cuando divisó a varias sirvientas, una de ellas coincidía con la descripción de la que buscaba. Se acercó.

—Perdonen. —Miró a la rubia—. ¿Pauline Simmons? —Ella pareció asustada.

—Sí, soy yo.

—Soy el inspector Derek Wayner de Scotland Yard. ¿Podría conversar con usted? —La joven pareció dudar, miró a su compañera y luego a él. Finalmente asintió—. No le robaré muchos minutos. Si nos disculpa... —La joven morena, que seguía al lado de su amiga atenta a la conversación, dio un brinco y pareció avergonzada, rezongó una despedida y marchó casi corriendo.

—¿Qué sucede? —preguntó aterrorizada la rubia.

—Tranquila, solo quiero hacerle unas preguntas. Tengo entendido que usted sirvió en la casa de los duques de Nolford. —Ella sintió pavor, se puso una mano en el pecho y musitó una oración.

—Sabía que este día llegaría, sobre todo cuando su excelencia murió.

—¿Qué quiere decir?

—Inspector, yo no quiero problemas. Estoy muy contenta con mi puesto y...

—Todo lo que me diga será estrictamente confidencial y tenga por seguro que su nombre no se reflejará en ningún informe, le doy mi palabra.

—Él lo sabrá, siempre lo sabe.

—¿Quién?

—Por favor, déjeme marchar...

—¿Le tiene miedo a Nolford? Es eso, ¿no? —Ella miró hacia todos los lados, antes de susurrar.

—Sí. Por favor...

—Necesito información sobre un muchacho. El cochero.

—¡Richard!

—Mire. Investigo la muerte de la duquesa porque creo que su fallecimiento no se debió a algo accidental, pero para demostrar mi teoría necesito pruebas.

—¿Jura que lo meterá en prisión, inspector?

—Si es culpable no descansaré hasta que pague, dedicaré mi vida entera a conseguirlo, si fuese preciso. —Pensó en su preciosa Ellie y en la promesa que también le hizo. Sí, por ella perseguiría a Nolford hasta al infierno.

—Está bien, pero aquí no. Tengo miedo de que alguien nos oiga.

Cuando Eleanor tocaba la cristalera que daba acceso al jardín, notó cómo una mano la aferraba con tanta fuerza que la lastimó, se giró con furia y al hacerlo quedó petrificada. Michael Brunet estaba ante ella, con el rostro rojo de ira.

—¿¡Qué demonios estás haciendo aquí!?

—¿Creías que te lo iba a poner fácil? No, Michael. Pagarás por lo que hiciste, te lo juré y yo siempre cumplo mis promesas. Eres un asesino y mereces la muerte.

El duque levantó la mano y le giró la cara, Eleanor no cayó al suelo porque él la sujetaba. Giró el rostro hacia él con todo el veneno que guardaba en su interior.

—Yo no soy como ella. Si vuelves a tocarme te pegaré un tiro y sabes cuánto disfrutaré con tu muerte, malnacido.

Él la soltó con repulsa.

—¡¡Aléjate de mí, zorra!!

—Lo haré. Cuando tu cuerpo cuelgue de la horca.

—Siempre me pareciste una pequeña potra fogosa, creo que necesitas que alguien te ponga en tu sitio como mereces.

Eleanor soltó una carcajada, lo miró de arriba abajo.

—Espero que no hables por ti, poco hombre. —Él hirvió de indignación.

—Te lo advierto, si sigues metiéndote en mis asuntos acabarás bajo tierra como...

Eleanor chilló desgarrada y le arañó la cara. Él la sujetó de las manos riendo, contento de que había conseguido trastornarla, la tiró al suelo y dio media vuelta, alejándose. La joven se puso en pie secándose las lágrimas de rabia que corrían por su lastimado rostro.

—Te odio, Nolford. Con todo mi ser.

Derek acompañó a Pauline hasta los jardines y se alejaron de la luz del interior. La joven tomó asiento en un banquito y durante unos segundos guardó silencio. El joven esperó pacientemente, sin presionarla. Ella se tapó la cara con las manos y sollozó. Eleanor llegó en ese momento, parecía agitada, Derek le preguntó con la mirada qué había pasado y ella le indicó que después le contaría. La sirvienta, en ese instante, reparó en la joven y se asustó.

—¿Quién es?

—Tranquila, Pauline. Me ayuda en el caso. Siéntate, Ellie. —La joven tomó asiento a su lado y escuchó la conversación.

—¿Qué me puedes contar de los duques? Como te he comentado, barajamos varias hipótesis y...

—Él la asesinó, lo sé. —Eleanor cogió la mano de la rubia y se la apretó, ambas se miraron largo rato. Luego, Pauline se apartó y entrelazó los dedos en un gesto nervioso, giró el rostro para evitar los tormentosos ojos verdes de la

morena—. Harmony era mi más querida amiga. Estoy segura de que él tiene algo que ver con su muerte y creo que tú piensas igual, Pauline —manifestó Eleanor. La criada se volvió hacia ella y asintió mientras se retorció las manos.

—Sí. Puede ser —concedió la otra. Derek rogó a Ellie con la mirada que guardase silencio, podía asustar a la chica y la única pista que tenían se iría al garete—. Todos sospechábamos lo que pasaba por los gritos que salían de la habitación cada noche, pero nunca nos inmiscuimos. No podríamos haber hecho nada, tampoco. Ella se mantenía alejada de nosotros, nos trataba con frialdad. Bueno, hasta que llegó Richard. Con él fue diferente. El mismo día que apareció por la puerta, la duquesa echó al viejo Peel y contrató a Richard. Parecía como si se conociesen de antes, y desde que él entró en la casa su actitud cambió, era más accesible. Hasta me preguntó por mi hermana, dónde vivía y para quién trabajaba.

Derek la cortó. ¡¡Por fin tenían una vía que seguir!!

—¿Richard qué más?

—Nunca lo dijo y todos le llamábamos por el nombre. Tampoco se relacionaba mucho con los demás, ni siquiera el mayordomo se dirigía a él por miedo a que la duquesa lo echase también. Richard fue el protegido de su excelencia.

—¡¡Demonios!!

—Pero...

—¿¡Sí!?

—Había alguien que le enviaba todos los meses una carta. Pude leer el nombre una vez.

—¿Lo recuerdas?

—Era... Ro... ¡Robert! Firmaba como Robby siempre, sospechábamos que era su hermano o primo. —Derek cerró los puños con fuerza. Richard o Robby. Uno de ellos era el responsable del grabado del relicario, esa «R» con el «siempre», apostarí a lo que fuese que era por ellos. ¿Pero cuál? Se giró

hacia Eleanor, que parecía tensa.

—¿Mencionó esos nombres en las cartas?

Eleanor negó con la cabeza.

—No. —De pronto abrió los ojos y dio una palmada—. Espera, sí, ¡tiene que ser él! En una de sus cartas se mostró contenta porque, según ella, por fin había conseguido llegar a sus empleados. Me contó que tenía un amigo entre ellos y que lo compartían todo, ella sospechaba que sus gustos no eran... los convencionales, vamos. Y meses más tarde, en otra, habló de lo apenada que estaba porque ese querido amigo se había marchado, traicionándola de la peor de las maneras. No quiso relatarme nada más. —Derek estrechó los ojos.

—¿Cuánto tiempo estuvo Richard sirviendo en la mansión?

—Casi dos años.

—¿Lo despidieron?

—El duque informó a Renald, que fue el nuevo cochero, que Richard había renunciado.

—Pero no lo creíste —afirmó.

—No. Él nunca la hubiese dejado.

—¿Por qué abandonaste el puesto? Es algo que no concibo. Cada año o incluso meses, se renueva el servicio.

—Yo no me marché voluntariamente; la duquesa me echó. Los duques no tenían sirvientes más allá de tres meses. Conmigo hicieron una excepción porque le agradaba a su excelencia. Ella me dio una oportunidad hasta aquella noche.

—¿Qué pasó? Y sigo sin entenderlo, ¿por qué tantos cambios en el servicio?

Eleanor se puso en pie y les dio la espalda, hundió los hombros, parecía como si todos los males del mundo recayesen sobre su espalda.

—Resulta obvio, Derek. —Giró el rostro, dos poderosas lágrimas brillaban en sus preciosos ojos verdes—. Le pegaba.

Derek miró a Pauline, que también lloraba.

—¿Tiene razón?

—Sí. Cada noche sin excepción escuchábamos los golpes, los gritos y las discusiones. Al día siguiente hacíamos la vista gorda y fingíamos que no veíamos los moratones, porque de hacerlo nos íbamos a la calle y con la peor de las recomendaciones. Tal y como le pasó a Christine, que ahora trabaja en una taberna, tuvo la mala suerte de toparse con la furia del duque y no ha podido emplearse en una casa decente desde aquello.

—¿Qué taberna, lo sabes?—preguntó Eleanor.

—El Sapo Azul, creo.

—¿Por qué te despidieron, Pauline?

—Verá, señorita, yo estaba en la recámara de la duquesa cuando subieron, me ordenaron que saliese y, poco después, comenzaron a gritarse. Iba a marcharme cuando atisbé cómo él le golpeaba en la cara, cayó al suelo, pero se levantó y arremetió contra él. Al principio pareció sorprendido, pero luego se echó a reír. Ella le gritó que era un malnacido, un ser perverso y retorcido, que nadie sería capaz de semejante atrocidad, salvo un monstruo como él. Le dijo que pediría el divorcio y que ahora sí tendría una razón de peso.

—¿Mencionó a Richard? —preguntó Ellie. Pauline asintió.

—Dijo algo así como que tan solo era un muchacho, su amigo de la infancia, y que había destruido la vida de alguien bueno y que lo odiaba. Y luego le gritó que él era el único invertido de los dos e iba al prostíbulo a saciar sus bajos placeres.

—Derek, ¿y si estamos equivocados? Quizá hemos mirado en otra dirección.

—¿A qué te refieres, Ellie?

Eleanor se acercó a Pauline y se agachó, situándose a su altura.

—¿Podría haber sido el duque el amante de Richard? —La joven abrió y cerró la boca y se puso la mano en el pecho. Derek casi se cayó del banco al escucharla.

—Nunca lo había pensado...

—Pero ¿cabe la posibilidad?

—Yo... Oí cómo ella le pidió el divorcio y... —Pauline gimió y se puso en pie de un salto, miró a los dos investigadores—. La amenazó. Recuerdo que le dijo que ahora tenía una razón de peso para pedirlo y que ningún tribunal se lo negaría.

—¿Y qué hizo él?

—Contestó: «Inténtalo, si te atreves». Cuando él salió me escondí, pero creo que ella sí supo que yo estaba allí, porque cuando me llamó para que la atendiese y le preparase para ir a dormir, me miró con desconfianza.

» Al día siguiente me estaba esperando en el saloncito del té y me informó que ya no se requerían mis servicios, a pesar del sofoco que tenía pude ver que ella estaba muy triste, como rota. Me aseguró que se ocuparía personalmente de que no me faltase nada y que a cambio debía callar cuanto hube visto u oído. Asentí y ella me sonrió, mientras tocaba una especie de relicario que acariciaba. Salí y cerré la puerta, la escuché sollozar y rogar a ese tal Robby que la perdonase.

» Me marché con mi hermana y a los pocos días llegó una bolsita repleta de más dinero del que podría ganar en dos años trabajando y una carta de recomendación de la duquesa. Además de una nota en la que me comunicaba que entraría a formar parte de la casa de los marqueses, siendo la sirvienta personal de lady Arcomak. Pienso en todo aquello bastante y, ¿saben qué creo? Que me sacó de allí para protegerme del duque, pienso que temía por mí.

Derek y Eleanor se miraron y sus ojos encontraron comprensión, de ser cierta la información que Pauline les había proporcionado, tendrían el auténtico móvil del caso.

Capítulo 10

Derek estaba tan sorprendido por la conversación que siguió sentado al lado de Eleanor en la oscuridad que proporcionaba aquel rincón del jardín de los condes de Chester, aun cuando Pauline ya se había alejado de ellos.

—Derek, debe de haber algo que nos ayude a demostrar lo que sospechamos. Si lo hacemos, podremos enfrentarlo y quizá obtener su confesión. Realmente creo que la mató por eso. No por el dinero, ni porque discutiesen a menudo o celase de ella, la asesinó porque Harmony descubrió su secreto e iba a hacerlo público. Un hombre como Michael nunca lo habría aceptado.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, debemos actuar.

—¿Qué propones?

—Él está aquí, en la fiesta, lo he visto. —Al escucharla, el joven dio un brinco y le cogió las manos, apretándoselas.

—¿Estás bien? ¿Te ha reconocido?

—Sí, tranquilo. Pero tenemos que aprovechar porque seguramente regrese tarde a casa e imagino que habrá transportado cosas desde su casa de campo, quizá hallemos una pista.

—¿Estás pensando en un allanamiento de morada, señorita Grant? —La voz de Derek sonó divertida.

—Eso mismo, sí. ¿Te apuntas?

—Como agente de la ley que vela por erradicar la delincuencia de su ciudad, debo disentir y decirle que eso que propone es un delito grave que...

—Y como Derek Wayner, ¿qué me respondes?

—Vamos a por los abrigos.

Eleanor rio y lo siguió a través del jardín hasta el vestíbulo, donde pidieron su ropa de abrigo a dos de los criados de la casa. Mientras aguardaban, Eleanor se apartó distraída el cabello del rostro y dejó al descubierto la mejilla amoratada. Derek, que en ese momento la contemplaba sin perder detalle, agrandó los ojos y poco a poco su tono color miel fue variando hasta adquirir tintes oscuros. La vena del cuello se le hinchó y apretó los labios, para sofocar el grito de rabia que pugnaba por salir. Ella, demasiado tarde, cayó en la cuenta de su error.

—Derek, no... Me caí y me golpeé en el rostro. Yo... Fue un resbalón tonto, sin importancia.

Derek apretó los puños y pasó por su lado, antes de sentenciar:

—¡¡Lo mataré!!

Eleanor se puso delante de él e intentó detenerlo.

—Derek, por favor, te lo suplico. No puedes enfrentarlo, ¡piensa en nuestra investigación! Te abrirían un expediente y te echarían, ¡no puedes golpear a un noble! La reina no lo permitiría, sería tu fin.

—Al cuerno con eso. ¡¡¡No dejaré que vuelva a lastimarte!!!

—Pero ya lo ha hecho. —Derek pareció sufrir con sus palabras— No, no me refiero a esto. —Ellie se señaló la mejilla y luego se dio pequeños golpecitos en el pecho, en la parte izquierda, a la altura del corazón—. Tiene que pagar por lo que hizo, Derek. Pero no así, no por tu mano. ¿Qué ganarías dándole una paliza?

—Que esa escoria dejase de respirar, hecho que nos satisfaría a ambos.

—Arriesgarías tu buen nombre, tu carrera.

—Ellie, ¿crees acaso que me importa?

—Pues a mí sí. Me hiciste una promesa, Derek Wayner, y pienso obligarte a

cumplirla. Demostraremos que Michael es el asesino de Mony y haremos justicia. Quiero que se enfrente al escarnio público, que los periódicos publiquen la clase de monstruo que es, quiero que vaya a la horca y pague por sus crímenes y quiero estar allí, viéndolo. No vas a quitarme eso.

Derek se la quedó mirando un buen rato, parecía extrañado. Luego le acarició la mejilla suavemente.

—Realmente lo odias, ¿verdad? —Ella giró el rostro y aguantó las lágrimas. Derek la acunó entre sus brazos mientras le besaba el cabello, sintió cómo temblaba y quiso protegerla de todo, de su pasado, secretos y desdicha. Deseó que ella fuese capaz de confiar en él lo suficiente como para contarle qué pasaba realmente. Estaba seguro de que había algo más, lo intuía. Ellie sufría muchísimo, pero ¿sería por su amiga o le escondía otra cosa?—. Algún día descubriré qué te atormenta tanto, mi amor. —Ellie cerró los ojos y rogó porque jamás se hiciesen realidad sus palabras. Después se dejó abrazar y querer, por una vez no cargaba con los problemas sola y era una sensación maravillosa.

Los sirvientes trajeron los abrigos y, después de ayudarla, Derek la guió hasta uno de los carruajes de alquiler que esperaban en la entrada. La ayudó a subir y luego miró hacia atrás, jurándose que muy pronto Nolford probaría el sabor de su puño.

—Estás absolutamente arrebatadora esta noche. —Ellie se ruborizó y bajó la mirada.

Él rio por su modestia, la chica no era consciente de su propio atractivo. Horas antes, cuando se quitó la capa, él tuvo que controlar el impulso de cogerla y llevársela, ocultarla del mundo y atarla a él, a su cama y a su corazón. Temía no ser lo suficiente bueno para ella, ¿quién era, si no? Un pobre huérfano salido de la nada, un policía con sueldo mediocre que jamás podría ofrecerle lo que merecía, ¡si todavía estaba hipotecado hasta las cejas por su casa! Sabía que no era el mejor de los partidos, pero, aun así, deseaba que ella lo eligiese, que se enamorase de él tanto como él lo estaba haciendo

de ella. Jamás había envidiado la suerte de John hasta ese instante; se consideraba insuficiente para una mujer como su Eleanor, mas no la dejaría irse de su lado sin luchar, aunque fuese injusto y egoísta quería amarla, lamer sus heridas y llenarla de felicidad.

Eleanor también pensaba en Derek y, al igual que él, dudaba de que alguien como ella pudiese ganarse el amor de un hombre tan honorable. Derek encarnaba todo aquello que soñaba y, sin embargo, era inalcanzable. Sabía que a pesar de lo que había hecho e iba a hacer, él siempre estaría su lado porque así estaba en su naturaleza. Lo pondría en una encrucijada: seguirla y arriesgar su buen nombre y todo aquello en cuanto creía o acusarla. Quiso llorar. ¿Por qué tuvo que aparecer en su vida y complicarlo todo? ¿Por qué se le había metido en el corazón? ¿Cómo iba a utilizar a la persona que más quería? Lo desgarraría su traición y acabaría despreciándola, y Eleanor podía enfrentar cualquier cosa menos su odio.

—Ahí es —anuncio él.

—Lo sé —susurró para sí ella, observando el exterior.

—¿Habías venido ya? —preguntó sorprendido. Abrió la puerta y pegó un salto, después le ofreció la mano y la ayudó a descender.

—¿Eh? No, claro que no. —Miró la enorme fachada y alzó una ceja ante la imponentia de la casa—. ¿Está de alquiler?

—Sí. —Derek rio. A él también lo había impresionado el derroche del duque. En teoría iba a pasar una breve instancia en aquella casa, pero no había escatimado en nada, triplicaría, como poco, la suya—. Aunque las obras de su nueva residencia están a punto de finalizar, han agilizado el proceso. Es lo que pasa cuando eres un noble y gozas del favor de la gente.

—Bueno, pues vamos a conseguir que no sea tan popular. ¿Me sigues?

—Siempre. —Le guiñó un ojo.

Derek tomó la delantera y convenció a la joven para que lo esperase en el jardín, dio una vuelta y, tras unos minutos, regresó, ocultándose entre las sombras.

—Hay una ventana medio abierta en la biblioteca. ¡¡Vamos!! —la apremió. Dieron la vuelta a la mansión y se colocaron bajo el cristal.

—¿Dormirán los empleados? —preguntó casi susurrando, él le contestó con el mismo tono.

—Sí. Hay uno haciendo guardia, pero sospecho que lleva como tres horas durmiendo y, por la intensidad de sus ronquidos, dudo mucho que pueda sorprendernos. Sé cuidadosa por si acaso. —Abrió la ventana y entró, por la agilidad con la que lo hizo, Eleanor intuyó que no era la primera vez que hacía algo así. Se quitó los zapatos y la ayudó a pasar. Ellie resbaló y cayó sobre él, Derek perdió el equilibrio y aterrizaron en una alfombra. Se quedaron mirándose hasta que Eleanor se puso en pie y carraspeó.

—Deberíamos empezar por aquí. Revisemos la estancia y los libros, tal vez escondió alguna carta entre ellos. Sospecho que no todo se perdió en el fuego, quizá haya trasladado algo de valor de la casa de campo.

Durante la siguiente hora estuvieron sumergidos en todo cuanto había en la biblioteca, hasta que Eleanor gimió sonoramente y le mostró el libro que sostenía. Había una nota arrugada, se la pasó con lágrimas en los ojos.

—¿Qué sucede? —Le entregó el papel y esperó hasta que acabase de leer.

Querida, creo que estás demasiado excitada, quizá una temporada en el campo para templar los ánimos te haría bien. Ven a visitarme.

Michael es un buen hombre y mejor partido, recuerda que gracias a él eres duquesa, lo que tanto deseabas. Estoy seguro de que solo estás disgustada. A veces un hombre debe tener mano dura para controlar a jovencitas tan voluntariosas como tú. Intenta ser más amable y verás como su trato mejora. Y en cuanto a lo otro, entiende, hija mía, que un hombre tiene necesidades que no puede satisfacer con su esposa. Tu madre era muy comprensiva en ese aspecto, ¿por qué no pruebas a hacer lo mismo? Has cumplido con tu cometido como mujer al darle un heredero, disfruta de mi nieto y aleja las preocupaciones tontas de tu mente.

Harmony, el hombre que es feliz en la cama lo será también en su casa. Eres su esposa, céntrate en eso y no le des quebraderos de cabeza. Verás como así vuelve a ser tierno contigo.

—Estaba tan sola... Ni siquiera su padre la ayudó, Derek. ¡No hay derecho! ¡Pero si le pedía que aceptase sus malos tratos e infidelidades! ¡¡Por Dios!! ¿Qué le pasa a la sociedad? Nosotras también importamos, ¿sabes? ¿Por qué debemos sufrir en silencio? ¿Por qué tenemos que poner la otra mejilla a nuestro agresor? ¿Por qué no tenemos derechos? ¿¡Por qué no somos libres como vosotros!? ¡Ni siquiera podemos protestar si nuestro marido da en adopción a nuestro hijo porque él manda! Él administra el dinero, él daña, pega y grita. Él decide sobre nosotras y, antes que él, nuestro padre. Derek, ¿en qué nos convierte eso si no en un florero parlante? Nunca dejaré que ningún hombre gobierne mi vida. ¡¡Lo juro!!

—Me parece bien, cariño. Sinceramente no se atrevería si lo miras así.

—¡¡No bromees!! Esto es serio. Harmony no tuvo a nadie, ¡¡a nadie!!

—Te equivocas, mi amor. Sí hubo alguien.

—¿Quién?

—Tú. Harmony sabía que no descansarías hasta descubrir su verdad y condenar a su verdugo. Eres terca como una mula, demasiado temeraria, con una lengua que es un auténtico azote para el enemigo y además...

—¡Vaya! Menudo concepto tienes de mí.

—Y, además, eres valiente, hermosa, y no solo físicamente, decidida, justiciera, generosa y leal. Una mujer única, la mujer ideal para amar. No dejes que nadie corte tus alas, Eleanor Grant, ni siquiera tú misma.

—Derek... —Tragó saliva. Derek aprovechó para capturar sus labios y absorber su dulzura. Fue un beso lento, tierno y repleto de amor. Ella sucumbió, sumida en la vorágine de sentimientos que le provocaba. Sin embargo, eso mismo la llevó a pensar en él, a ansiar protegerlo de todo, hasta de sí misma. Lo apartó de un empujón. —Derek, ¡no! No podemos hacerlo. ¡Esto no puede suceder de nuevo! Nunca más. —Dio un paso atrás y se separó,

él la miró confundido.

—¿Por qué? No lo entiendo, Ellie. Tú sientes lo mismo, tus besos me lo dicen. —Parecía avergonzado, dolido. Eleanor se detestó, mas no flojeó, tenía que alejarlo. Ella no le convenía en absoluto, y si quería protegerlo, esa era la única salida.

—Pues te equivocas.

—¿Hay alguien? —Ella reflexionó sobre la pregunta y asintió.

—Sí. —Su voz sonó firme y segura porque no mentía. Había alguien en su vida y estaba por encima de cualquier cosa, hasta de ese amor que comenzaba a florecer entre ambos.

—Entiendo. —El tono desgarrado de Derek arañó el corazón de la joven y quiso correr hacia él, abrazarlo y confesarle la verdad. No quería ser fuerte, solo deseaba amarlo por encima de todo, incluso, de su venganza.

Derek dio un paso atrás, se despeinó con las dos manos y se metió la nota en el bolsillo.

—Será mejor que nos marchemos.

—Sí.

Capítulo 11

Eleanor agarró con fuerza el quinqué mientras se daba paso desde su habitación hasta el vestíbulo. Se acercó al enorme ventanal y apartó las cortinas esperando que el carruaje apareciese. De soslayo vigiló el pasillo asegurándose de que la señora Brown siguiera dormida, sería una desgracia que la sorprendiese de esa guisa, pues no sabría explicarle por qué vestía como un harapiento varón, prendas que debía a Alice, quien las había hurtado de un tendedero.

Se ajustó la gorra de lana todo lo que pudo y estiró de la holgada camisa sobre la que portaba una raída chaqueta marrón. Los pantalones, remendados y sucios, podrían confundirse con los del marinero más rufián. Las botas le pertenecían, pero las había afeado de tal modo que ya eran inservibles hasta para ella.

Volvió a asomarse y resopló por la tardanza de Paul, quien se vio inmerso en esa aventura tras visitar a su doncella esa misma tarde. Eleanor aprovechó para contratar sus servicios y evitar un suceso como el que sufrió a causa de los dos borrachos que la asaltaron cuando intentaba coger un coche de alquiler la pasada noche.

De pronto una mano se posó sobre su hombro y Eleanor chilló, con el corazón desbocado.

—Señorita, lo siento. No quise asustarla.

—¡¡Alice!! Casi me da un infarto. ¿Qué haces aquí? ¡Deberías estar

durmiendo!

—¿Y abandonarla en esta aventura? No, señor. Iré con usted. —Señaló sus prendas—. Tuve la precaución de coger otras para mí.

—Es muy peligroso.

—También para usted.

—Pero yo tengo que hacerlo.

—Entonces yo también. No voy a cambiar de opinión, así que acéptelo.

—Oh, está bien.

Eleanor la cogió de la mano y salieron de la casa. Paul acababa de llegar con su carruaje y al verlas puso los ojos en blanco y musitó varias maldiciones. De mala gana les abrió la puerta y condujo hasta El Sapo Azul.

—¿Y si el inspector nos descubre? —preguntó Alice. Eleanor pensó que de todos los problemas que podrían surgir esa noche, ese era el único que no le preocupaba. La noche anterior, tras dejarla en la pensión, Derek se despidió rápidamente y partió hacia su casa, por la mañana le informó que esa noche iría a la taberna a entrevistarse con la tal Christine y que la informaría de los progresos al día siguiente. Por supuesto, Eleanor respondió con una negativa y le dejó bien claro que ella también deseaba asistir al interrogatorio, a lo que él se negó aduciendo que era demasiado peligroso para una mujer. Que esperase en casa y él a primera hora se lo relataría todo. ¡¡Esperar!! Y un cuerno. Necesitaba hablar con la antigua empleada de Harmony antes que Derek, tenía que saber hasta qué punto estaba implicada, cuánto sabía, pues podría fastidiarlo todo. ¡Madre mía, ya hemos llegado! Estoy muy nerviosa. — Se colocó la mano en el corazón—. Me tiemblan las manos y la voz. —Le enseñó los dedos. Eleanor le sonrió con cariño y pensó en lo mucho que la echaría de menos cuando tuviese que marcharse, pues, aunque le pesase, no podría llevarla consigo de vuelta a casa. Eso sí, pensaba colocarla en un buen puesto y ayudarla con esa atracción que parecía sentir por el cochero. Quería verla feliz. Una vez más le pesaron las mentiras y los engaños, Alice no merecía cada embuste que le contaba, pero debía ser así. Ya había cometido

un error arrastrándola con ella a Londres y dándole empleo, pero le fue imposible no ayudarla, su mirada apagada y desesperada le recordó tanto a la suya propia que, sin darse cuenta, le ofreció cambiar de vida.

—Siempre puedes esperarme aquí —le respondió.

—¡Ni soñarlo! Además, le recuerdo que yo estoy familiarizada con ese ambiente. —Su tono descendió, repleto de pesar recordando su anterior empleo, que tanto detestaba.

La puerta se abrió de golpe y Paul las encaró, parecía muy enfadado.

—Esta noche mando yo. Entraremos juntos y vosotras me seguiréis en completo silencio, no miréis a nadie a los ojos, ni habléis. Nos sentaremos en una mesa lo más alejados posible, pediré cerveza para todos y atraeré a la camarera que buscáis. Sois dos golfillos que me acompañan y así debe ser, por nada del mundo deben descubrirnos o no podré protegeros.

—Pero yo sí, llevo un arma. —El cochero miró de hito en hito cómo Eleanor se levantaba el pantalón y mostraba su cuchillo. Paul puso los ojos en blanco y levantó los brazos al cielo, lloriqueó antes de advertirle:

—No me dé problemas, señorita. Hágame caso y todo saldrá bien. Le hacemos varias preguntas y nos marchamos. ¿Entendido?

Las dos mujeres asintieron. Bajaron del coche y lo siguieron hasta el interior de la taberna con la firme intención de cumplir sus instrucciones.

Derek no quería levantar sospechas. Sabía que la mujer no hablaría con él a menos que estuviesen en la más absoluta intimidad, por eso aguardó pacientemente hasta que ella se acercó a servirles. A su lado, John bebía cómodamente una cerveza mientras vigilaba al dueño, que no desprendía la vista de la pelirroja que se les acercaba. La fémica vestía tan provocativamente que dejaba muy poco a la imaginación.

—¿Qué deseas, guapo? Puedo ofreceros lo que sea, soy muy, pero que muy servicial... —ronroneó la chica como le habían enseñado, se mordió un dedo

y luego deslizó la mano hacia sus pechos, masajeándoselos. John pareció tan incómodo que Derek estuvo a punto de reír. La levantó de su regazo y carraspeó.

—La oferta es muy tentadora, pero solo queremos otra ronda, preciosa. —Christine estuvo a punto de sonreír cuando escuchó cómo su compañero respondía:

—Habla por ti, amigo, a mí sí me interesa. No todos estamos felizmente casados. —Guiñó un ojo hacia la joven y la atrajo hacia sí. Ella forzó una sonrisa y simuló estar complacida por las atenciones, aunque lo cierto es que detestaba todo aquello. Hubo un tiempo en el que era una muchacha respetable que trabajaba para los duques de Nolford, un privilegio entre el servicio. No obstante, su suerte acabó cuando la echaron injustamente de la casa y sin referencias, lo que le cerró todas las puertas. Pasó a vender su cuerpo por un techo y comida, el escenario menos aciago de todos si se tenía en cuenta que la gran mayoría acababan prostituyéndose por las calles y mendigando en la más absoluta miseria. Miró al joven que le sonreía y pensó que al menos este era guapo, rezó porque no fuese violento. Esos eran los peores.

Descendió la mano y acarició su pene. Se inclinó sobre su oído y con tono sensual le susurró:

—¿Subimos? —Él asintió y la levantó. La abrazó por atrás y le besó en el cuello, mientras se alejaban hacia las escaleras del piso superior. El dueño de la taberna eructó sonoramente y dio un manotazo en la barra cuando su mejor chica se llevó hacia arriba al caballero. ¡Qué buena elección hizo al contratarla!

Eleanor siguió a Paul, en silencio y mirando al suelo, pasaron por delante de un grupo de hombres que estaban riendo y bebiendo. Dos se pusieron en pie y tropezaron entre sí, perdiendo el equilibrio y derribando a Alice, que chilló al caer.

—¡¡Mira por dónde vas, crío!! —balbuceó el más grande levantando el puño. Eleanor se puso delante y lo encaró con las manos en jarras.

—¡No se atreva! —le advirtió ella echando chispas por los ojos. Paul gimió ante la escena y se interpuso a su vez. Todos los compañeros del gigante se levantaron y comenzaron a arremangarse la camisa. Eleanor los contó, eran tres contra ocho. Tragó saliva, ¡les harían picadillo!

—Discúlpelos, por favor —intervino Paul.

—¡A ese gallito hay que ponerlo en su sitio! —gritó uno de los ebrios varones, que fue coreado por el resto.

—Pero es que no sabe lo que dice. Verá, usted, el jovencito está muy nervioso, todavía no conoce mujer, ninguno de ellos. Esta noche iba a ser su iniciación en los placeres de la carne. —La afirmación de Paul se granjeó la simpatía del gigante, que lanzó una carcajada.

—Así que esas tenemos, ¿eh? Todavía recuerdo cuando me desfloraron, ¡menuda potranca aquella! —Se acercó a Eleanor muy sonriente—. Las zorras de taberna son las mejores, pequeño. Algunas hasta se bañan, ¿verdad, Billy? —Eleanor estaba tan escandalizada que se ruborizó. Al verlo, el hombre rio muy fuerte, dio media vuelta y se acercó a su mesa, cogió su jarra y se la ofreció—. Necesitarás esto para darte valor, muchacho, o tu guerrero no estará listo para dar batalla. —Todos volvieron a reír. Ella iba a negar con la cabeza cuando captó un movimiento a su derecha, agrandó los ojos sin creerse lo que veía. Derek, ¡¡su Derek!!, tenía encima a una pelirroja pechugona que le estaba metiendo mano. Gimió sonoramente, con el corazón encogido por la traición. Vio cómo se levantaban y él la abrazaba por detrás. ¡Con razón no quería que lo acompañase esa noche, el malnacido! Se recordó que ella intentaba alejarlo, que el día anterior lo rechazó porque tenía motivos de peso para ahuyentarlo. Sin embargo, en esos momentos, los celos eran más poderosos que la razón y solo quería cruzar la distancia que los separaba, cruzarle la cara, apartar a la mujerzuela y capturar esos labios que tanto deseaba. Él le pellizco el culo y Eleanor rugió de rabia.

—¡Lo mataré! —siseó captando el interés de los que le rodeaban. El grandote confundió su enfado y rio al verla observar con tanta inquina a la

pareja del fondo.

—Espera tu turno, muchacho, como todos; podrás hundirte en ella más tarde. Bebió, se limpió los restos con la mano y eructó. A Eleanor le pareció un tipo grotesco, pero aun así no rechazó la cerveza que le pidieron. Agarró la jarra que le trajo un muchacho y la bebió de un solo trago. Al acabar estaba tan mareada que rio, aceptó una segunda y tercera... Y cuando el alcohol le nubló el juicio siguió a los traidores, haciendo oídos sordos a las súplicas de Paul.

Capítulo 12

Derek entró en la habitación y, cuando vio que la mujer comenzaba a desvestirse, la frenó.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta lo que ves? —preguntó extrañada.

—No es eso, Christine. Soy de Scotland Yard. —Ella abrió los ojos con miedo y comenzó a llorar. Derek se maldijo e intentó consolarla—. Tranquilízate, por favor. Solo quiero hablar.

—¿No va a detenerme? —Derek vio el terror pintado en sus rasgos. En esos tiempos reinaba la hipocresía en un reino dominado por el puritanismo de puertas para dentro. La reina tenía un código moral muy elevado y pretendía que sus súbditos se comportasen con la misma rectitud que ella imponía. Condenaba la prostitución y las conductas amorales.

—Quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre los duques de Nolford, tengo entendido que te despidieron.

—Yo...

—¿Por qué te echaron? ¿Qué viste?

La mujer se mordió el labio y dos lágrimas corrieron por su rostro.

—Destruyeron mi vida, ¿sabe? Me despidieron sin referencias y difundieron perversos rumores sobre mí que me cerraron cualquier puerta. Acabé aquí, convirtiéndome en esto que soy ahora —dijo con desprecio—, porque vi lo que no debía e intervine. Muchas veces vuelvo atrás en mi mente y me imagino qué habría pasado si no hubiese entrado en la habitación y

curado las heridas de su excelencia. O si Pauline no se hubiese puesto enferma, ¿sería ella la que estaría aquí, en la taberna?

—¿Qué pasó, Christine?

—Pauline la arregló para la cena de esa noche, pero estaba indispuesta, como le he comentado, y me pidió que la sustituyera. Su excelencia aguardó con sus mejores galas a que el duque regresase, pero no lo hizo. Al final cenó sola y me pidió que la ayudase a prepararse para dormir. Lo hice y me acomodé en el amplio sofá que tenía en la habitación, le gustaba que nos quedásemos con ella por la noche. Estábamos durmiendo cuando escuché un golpe, era la puerta de la entrada. Me puse en pie y me anudé la bata. Alguien subía por las escaleras riendo, imaginé que era el duque porque acostumbraba a llegar tarde, pero a diferencia del resto de los días esta vez abrió la puerta de su mujer y entró, lo seguía una prostituta rubia. Él estaba tan ebrio que ni me vio, cogió a la duquesa del pelo y la tiró al suelo y comenzó a pegarle hasta que despertó. No pude seguir mirando, inspector. Salí de allí y me tapé los oídos para silenciar los gritos. Fue espantoso. Todavía tengo pesadillas. No sé qué más sucedió dentro, pero cuando regresé a ayudarla tenía la mirada vacía, como si ya nada le importase. Recuerdo que le apreté la mano y la animé, le dije que ella no se merecía todo aquello, que tenía que pedir ayuda, contarlo. Me miró, pero no contestó. Se metió en la cama y durmió. Al día siguiente, el mayordomo vino a por mí y me informó que estaba despedida, me ordenó que despejase mi cuarto en menos de diez minutos o vendrían a sacarme por la fuerza. Pensé que era cosa del duque, un castigo por lo que presencié.

—¿Y no fue así? —Negó con la cabeza.

—Salí llorando con las maletas y me lo crucé, él bajaba de su carruaje. Al verme rio y jamás olvidaré lo que me dijo: «¿Otra que se marcha? Mi duquesita le ha cogido el gusto». Y volvió a reír.

—Entonces, fue ella.

—Sí. Me giré y la vi observándome desde su ventana. —Christine sollozó

—. Estoy muy arrepentida, inspector. Durante mucho tiempo soñé con su muerte, llegué hasta a alegrarme de las palizas que recibía por lo que me hizo, pero cuando me enteré del incendio lloré, y al final acabé compadeciéndola. No era mala, estoy segura, solo tremendamente infeliz. Estaba amargada.

—¿Conociste a Richard?

—¿Richard?

—El cochero.

Ella se quedó pensativa y tras unos segundos asintió con la cabeza.

—Sí. Lo recuerdo.

—¿Qué podrías decirme de él?

—No sé, inspector. Se relacionaba muy poco con el resto. Siempre tuve la sensación de que él no era como los demás.

—¿A qué te refieres?

—Creo... creo que él no era sirviente. Es una locura, pero no acababa de encajar, sus manos no estaban castigadas, su dicción era demasiado correcta, sabía varios idiomas y tenía un porte distinguido.

—¿Cómo era su relación con la duquesa?

—Íntima. Desde que llegó no se separaron ni un segundo; aquel día él no estaba, me contó que iba a visitar a su familia. Tenía un hermano.

—¡¡Robby!!

—Sí. Creo que así era su nombre.

—Y con el duque, ¿cómo se llevaban?

—Apenas reparaba en él. Bueno, miento, eso fue al principio, después siempre estaba observándolo, parecía como obsesionado por el chico. ¡Oh, inspector! Ahora lo recuerdo. ¡Poppy!, así se llamaba esa mujer, la prostituta de aquella noche. —Derek sacó su libretita y apuntó el nombre y la descripción que le dio la pelirroja.

—Christine, ¿dejarías este trabajo?

—Sin dudar, inspector. Lo odio con todo mi ser.

—Ven a verme mañana. —Le entregó una tarjeta—. Te ayudaré.

—¿Haría eso por mí? —Él asintió y ella sollozó.

—Muchísimas gracias... Es un ángel, no sé cómo voy a pagarle que... —
Sus palabras fueron acalladas cuando alguien tocó fuertemente en la puerta.

—¡Está ocupado, márchese! —chilló Derek.

—Ja. ¡¡Qué te crees tú eso, libertino!! —El joven reconoció el timbre de voz, pero se dijo que era imposible. Eleanor no podría estar allí, sin embargo, parecía ella. Abrió y se quedó mudo al verla. La miró de arriba abajo una y otra vez. Esas ropas de muchacho se adherían a su cuerpo sin ocultar sus curvas, al contrario, las realzaban.

—Tú... Tú...

—¿¡Eleanor!? ¡Qué estás haciendo aquí y con esas pintas! ¿Sabes lo peligroso que es? ¿Te has vuelto loca? ¡Ibas a quedarte en casa! Lo prometiste.

—¡Eso te creías tú! Libre para retozar a tus anchas.

—¿Qué?

—¡Lo que oyes!

—¡Ella es Christine!

—¡Y yo, Eleanor! Tu Eleanor. ¿Lo has olvidado? —Se tambaleó y se apoyó en él hasta que el mareo pasó.

—Créeme, no podría aunque quisiera —susurró él, abrazándola.

—Eres un... —hipó—, un traidor. Eso eres. Y tú. —Señaló a la mujer—. Fuera. Este es mío, floréale a otro. —Derek levantó una ceja y sonrió travieso.

—¿Yo? ¿No decías que había alguien más en tu vida?

—¡¡Mentí!!

—Umm...

—¿Cómo has podido? —Lloró dándole puñetazos en el pecho, él se rio y la cogió de los brazos—. Eres un...un... ¡Uy! —El techo comenzó a dar vueltas, Eleanor se sujetó a él. Derek la cogió en brazos y la apretó contra su cuerpo.

Se escuchó un ruido muy fuerte, voces entremezcladas y un disparo.

—Dios mío, Alice... —susurró Eleanor mientras cerraba los ojos para evitar el mareo que la asaltó.

—¡¡Deeeereek!! —John apareció por el pasillo con una pistola en la mano y volvió a gritar su nombre. Él salió al exterior con Ellie entre sus brazos, esta ocultaba su rostro al marqués—. ¿¡Qué demonios haces con ese muchacho!? —Derek rio. Le quitó la gorra de lana y dejó caer la amplia cabellera negra de su damita, esta se giró hacia el noble con el rostro rojo.

—Vaya, vaya. Si es la señorita Grant. Y yo que estaba preocupado por ti, tardabas demasiado y ahí abajo se ha liado buena por dos borrachos que reclamaban a la pelirroja. —Cabeceó hacia Christine que se mantenía tras la pareja. Derek se giró hacia ella.

—Puedes recoger tus cosas, no tendrás que soportar más esto. Mi madre te dará cobijo. Ve a tu cuarto y enciértrate hasta mañana a primera hora.

—Sí, señor. —La joven asintió con los ojos empañados de lágrimas de agradecimiento. Al verla, Ellie también se enterneció por el gesto tan caritativo de Derek. A ella misma, una vez que se sintió reconfortada por los brazos del joven y tras recordar que esa mujer era la sirvienta que buscaban, la apenaban las crudezas a las se vio sometida la pelirroja a causa de las desgracias de Harmony. De pronto recordó al marqués Raverston y puso cara de sorpresa. ¿La conocía? ¿Del baile? ¿Qué había dicho exactamente? Estaba tan embriagada que no recordaba ni una sola palabra, ¡diantres! Una parte de ella quería gustarle, caerle bien a ese hombre al que Derek tenía en alta estima. Sin embargo, era una idiotez pues ella nada tenía, ni tendría con el apuesto inspector. De todos modos, se pasó una mano por el cabello, peinándolo como pudo.

—¿Nos conocemos, mi lord? —Estaba demasiado aturdida para acordarse, lo miró otra vez y arrugó la frente, juraría que no... —Me temo que no lo recu... —hipó— recuerdo.

—Todavía no he tenido el gusto, mi señora, pero Derek habla tanto de usted que ya la considero una amiga íntima.

—Entonces —hipó—, entonces tutéeme, por favor. Mis amigos lo hacen. — Él le sonrió e inclinó la cabeza en señal de cortesía.

—Insisto en ser tratado del mismo modo, Eleanor.

Ella sonrió, pestañeó y abrió la boca para agradecerle el gesto cuando un traicionero eructo se le escapó.

Por un segundo todos quedaron estáticos hasta que Derek estalló en carcajadas contagiando a su amigo para absoluto bochorno de la joven, que hundió su rostro en el cuello del inspector. Alice y Paul eligieron el bendito instante para llegar y apremiarlos a huir porque unos hombres enfurecidos los perseguían. Christine acudió en su ayuda y los condujo a la puerta trasera de la taberna, a la que se podía acceder desde las habitaciones.

Desde aquella noche comencé a odiarlo. No sé por qué lo hizo o, bueno, quizá sí, puede que fuese otro juego suyo o intuyó un cambio en mí. O tal vez la duda germinaba ya en su mente. Fuese como fuese, le dejé penetrar mi coraza, dominarme, porque me ofreció lo único que jamás podría rechazar de él: su amor. Tan solo unas efímeras horas lo tuve, en ese momento era completamente mío y se entregó tanto o más que yo. Sus besos, sus caricias, su apuesto rostro gritando mi nombre con cada liberación. Fue lo más glorioso de mi vida, pero esa pasión escapó al tiempo que lo hacía la noche para dar paso al nuevo día.

Sin embargo, bastó para demostrarme cómo podría haber sido todo, la felicidad resumida en un breve interludio entre las sábanas. Me amó y yo le di todo cuanto guardaba, le entregué mi ser, mi alma. Fui feliz.

Antes de marcharse, cuando una sonrisa de dicha todavía se dibujaba en mi somnoliento rostro, su aliento acarició mi oreja.

—Nunca olvides a quien perteneces, querida —afirmó.

Al despertar me libré de Richard encargándole un recado que lo alejó de la ciudad y lo condujo de vuelta al campo junto a mi padre y su familia. Insistí en que se quedase varios días y pude ver que recelaba de

mi actitud. No pidió explicaciones, él nunca lo hacía, pero me abrazó fuertemente y me susurró cuánto me quería. Yo le sonreí sintiéndome la peor mujer sobre la faz de la tierra y volví a preguntarme por qué no pude amarlo a él. Todo habría sido más fácil.

Cuando partió me volqué en la casa, quería que estuviese perfecta para el regreso de Michael. Mandé preparar su plato favorito y Pauline, mi última doncella, me ayudó a alistarme, deseaba lucir lo más hermosa posible. Bajé las escaleras de dos en dos y lo esperé en el gran salón. Rompiendo las reglas sociales, cambié mi posición en la mesa y me coloqué junto a su silla. Aguardé durante horas hasta que me di por vencida; inventé excusas justificando su ausencia y subí a las habitaciones. Fui a su cuarto y me metí entre sus sábanas, no sabría decir en qué momento me dormí, pero sí cuándo desperté.

Noté un dolor lacerado en el costado y ni siquiera abrí los ojos cuando la mejilla me ardió, tardé en darme cuenta de qué pasaba. Me tiró al suelo y desde allí vi cómo una mujer rubia, queapestaba a colonia barata, me defendía. Él la golpeó tan fuerte que la tiró al suelo, se tambaleó y volvió a beber de la botella que portaba. La tiró al suelo y se hizo añicos.

—Levántate —gritó. Creí que era a mí, pero vi cómo se agachaba hacia la mujer—. Te he pagado para complacerme, pues bien, ¡hazlo!

Él se quitó la ropa y se lanzó sobre la cama. La prostituta me miró con la piedad reflejada en sus oscuros ojos antes de desnudarse y seguirlo. Lo escuché jadear mientras el frío suelo se me clavaba en un alma tan adormecida como mi crédulo corazón. Acabaron y él lanzó varias monedas por la estancia. Luego se giró y comenzó a roncar. La mujer corrió a recogerlas y, cuando las reunió, se vistió. Antes de marcharse se volvió hacia mí y nuestras miradas se encontraron. Se acercó y me dio un apretón en la mano.

—No deje que la trate así, excelencia.

—¿Y qué podría hacer yo? —susurré con un intenso dolor en el labio partido.

—Si usted no puede que tan importante es, ¿qué nos espera a las demás?

La joven abrió mis dedos y me entregó su preciado tesoro.

—Huya de él.

—¿Por qué me ayudas? ¿¡Qué te importa lo que me pase a mí!?

—Toa mi vida creí que ustedes eran afortunadas por ser unas ricachonas, pero hoy he visto que somos iguales a pesar de todo lo que nos diferencia. Usted también vive atrapada, como yo, en un infierno. Somos mujeres en un mundo de hombres y tenemos que protegernos.

Resulta curioso, pero la prostituta que había yacido en mis propias narices con mi marido fue la única que consiguió hacerme reaccionar. Tenía razón, yo poseía los medios y no podía permitir semejantes afrentas, por mí, por ellas, por todas las que sufrían en silencio ante una sociedad que oprimía a nuestro género. Me levanté con dificultad y volví a la cama. Entró una sirvienta y me atendió, ni siquiera recordaba su nombre, pero la odié cuando me miró con compasión. Su mano tocó la mía y quise arañarla, gritarle que no era una víctima, yo no. No le contesté, ni la miré, estaba inmersa en mis siguientes pasos, en urdir mi venganza. Michael ansiaba un heredero y yo meforcé en dárselo.

Regresé a los brazos de Richard cada día y para mi espantoso pesar en cada encuentro recordaba otras caricias, otra voz, otro rostro. Cada vez que cerraba los ojos imaginaba que era Michael el que me hacía gozar.

Me quedé embarazada de mi amante.

Desde el momento que supo que estaba esperando a su heredero, Michael se volcó en mí, en nosotros y en ese bebé que crecía en mi vientre y que era fruto de mi engaño. Me dejé querer y oculté mi secreto, esperando con ansias que llegase el día en el que pudiese revelárselo.

Michael debía sufrir como yo lo hice bajo su mano.

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 13

Las mejillas de Eleanor estaban coloreadas e intentaba evitar la mirada divertida de Derek que, sentado frente a ella, se estaba regocijando por su incomodidad. Alice, a su lado, dormía emitiendo suaves ronquidos. John, junto a Derek, era el que más estaba disfrutando de la situación y todavía reía al recordar el percance de Eleanor para absoluta mortificación de esta. Fingió que bostezaba y cerró los ojos durante varios minutos, el placer fue tan intenso que estuvo a punto de caer en las garras de Morfeo, pero la voz de John lo evitó.

—¿Has descubierto algo más? —preguntó el marqués. Antes de contestar Derek miró de reojo a Ellie y sonrió para sí, tenía los ojos cerrados y simulaba que estaba descansando, pero la tensión de sus dedos, entrelazados, revelaban que seguía despierta, atenta a sus próximas palabras.

—Christine me contó que presencié una... —carraspeó incómodo. Le dolía causarle pesar a Ellie, pero lo mejor era ser sincero— una de las palizas. Al parecer el duque llegó a altas horas de la noche, ebrio y con una prostituta. — El gemido de Eleanor fue tan suave que si él no la estuviese mirando fijamente no lo habría percibido—. Despertó a la duquesa a base de golpes y luego se quedó con ella y la mujer encerrado largo rato.

—¿Qué pasaría dentro?

—Solo tres personas lo saben y yo pienso interrogar a una de ellas.

—¿El duque?

—No. Buscaré a la prostituta. Christine recordaba que se llamaba Poppy.

—¿Crees que será una de las mujeres de Odette?—inquirió John refiriéndose a la dueña del prostíbulo Decadencia, el más popular entre los nobles.

—Seguramente. Por lo que he podido averiguar el duque es asiduo concurrente al establecimiento.

—¿Irás esta misma noche, verdad? —Derek echó un vistazo a la mujer que tenía enfrente y luego asintió en silencio—. Bien, pues cuenta conmigo, te será más fácil el acceso con un marqués a tu lado —bromeó, dándole un golpecito en el hombro. Derek sonrió aunque estuvo de acuerdo con él, el Decadencia era un prostíbulo, sí, pero de lo más exclusivo.

—Quiero acabar cuanto antes con esto, John. A cada paso que damos descubrimos algo más sobre los duques que entorpece la investigación, no sé quién es el bueno o malo de la historia porque, cuando he dado un paso hacia una dirección, todo cambia de nuevo. Como esta noche, que Christine me ha confesado que fue la duquesa quien la echó sin referencias porque la ayudó aquel día.

—El dolor puede trastornar a cualquiera —intervino Eleanor por fin, abriendo los ojos y mirándolo directamente—. Mony no era la misma, hasta yo pude notarlo. Creo que el rencor y la traición corroyeron su alma, ennegreciéndola. A veces me pregunto si realmente llegué a conocerla, ¿debería juzgarla cuando yo misma podría haber actuado igual? El sufrimiento cambia a las personas, lo sé bien. Puede que no fuese perfecta, pero la joven que conocía no fue aquella que desapareció entre las llamas, ese hombre acabó con todo lo bueno que poseía, la pisoteó y machacó hasta que dominó su voluntad, la aisló de todo lo que quería y le arrebató lo más preciado que tenemos, la libertad. Atacó su cuerpo y su mente y se bañó en sus lágrimas, convirtió en migajas su existencia y empuñó la daga más afilada de todas contra ella: la palabra, con sus mentiras e insultos. Él la mató tanto si provocó el incendio como si no, fue él quien causó la desgracia porque fue

asesinándola con cada mirada, acto y golpe. Él la redujo a una sombra de lo que era y amenazó el único rayo de cordura que le quedaba cuando ya no poseía nada más. No la disculpo, jamás lo haré, pero puedo entenderla, aunque me pese, y por eso siempre contará con mi apoyo. ¿Acaso podríamos alguno de nosotros predecir cómo actuaríamos en su situación? La vergüenza y la soledad son dos poderosas armas que pueden provocar malas decisiones. Tú eres un hombre de justicia, Derek, de blancos y negros, pero debes entender que también hay grises, y a veces la desesperación nos lleva a tomar medias que nunca contemplaríamos.

Derek, suspicaz, sospechó que había algo más, Eleanor trataba de decirle algo.

—¿A qué te refieres exactamente, Ellie? —La intensa tonalidad de sus ojos verdes se apagó.

—A que él es culpable, Derek, no lo olvides por mucho que descubras.

El carruaje paró y libró al joven de contestar. Paul abrió la portezuela y ayudó a las mujeres a descender, Derek bajó tras ellas e insistió en acompañarlas hasta la puerta trasera, por donde iban a darse paso para que la casera no las descubriese vestidas así y a altas horas de la noche. Cuando llegaron a la entrada, Alice se despidió y los dejó solos.

—Ellie... Mi preciosa y valiente Eleanor. Hay un fuego en ti que te impulsa a hacer locuras como la de esta noche, que te hace odiar con la misma intensidad con la que algún día amarás locamente a alguien. Déjame llegar hasta ti, cariño, déjame protegerte, curarte esas heridas que me ocultas. Deja que devuelva las risas a tu vida y que te libere de las lágrimas. Quiero que tu corazón aprenda a hablar de amor y susurre mi nombre, como lo hace el mío contigo.

Ella sollozó y quiso gritar de rabia. ¿Por qué tenía que complicarse todo? ¿Por qué él? ¿No podía enamorarse! Y mucho menos del policía que llevaba el caso. Algún día Derek tendría su destino en la palma de la mano y de él dependería todo. Algún día la odiaría por lo que hizo, y ella a él por

inmiscuirse en su venganza. Estaban irremediablemente enfrentados, sus caminos se desviaban y, sin embargo, solo deseaba seguir a su lado.

—Derek, yo...

—Ya, ya. Dices que no es posible, ¡hasta me mentiste para alejarme! ¿Sabes que me partiste en dos? —Los ojos de Derek descubrieron su tormento, lo mucho que lo dañaron las palabras de la joven. Durante la noche no pudo pensar en otra cosa y lo mataba imaginar que ella estaba enamorada de otro. Sabía que sentía algo por él, sus ojos y sus besos se lo decían, pero se torturaba pensando que otro hombre la esperaba en casa, que estaba prometida o, peor aún, casada. Y lo que más le desgarraba es que la quería tanto que ya ni siquiera eso sería un impedimento para él, se había vuelto un egoísta con respecto a ella porque no importaban ni su honor, ni su intención de ser un caballero, si Ellie le otorgaba su favor, jamás lo rechazaría.

—Tú no lo entiendes, Derek...

—No, Ellie, no lo hago. Pero si me lo explicases, quizá...

—Me odiarás.

—Jamás podría, cariño, te quiero demasiado. No sé cómo ha ocurrido, pero es así. Puedes contarme cualquier cosa, cualquiera, por ti soy capaz de...

—No. —Lo silenció con el dedo—. No digas nada que puedas lamentar después. Bésame, Derek. Bésame y no me sueltes. —Él la abrazó con fuerza y buscó sus labios. Ella le devolvió el beso con intensidad. Luego se apartó con lágrimas en los ojos, se disculpó y corrió hasta su cuarto.

Él la dejó marchar y apoyó la frente contra el marco de la puerta preguntándose una vez más qué demonios la perseguirían. Cada día que pasaba, su creencia se reforzaba, Eleanor escondía un secreto, algo que la estaba devorando por dentro. Se juró descubrirlo antes de que la consumiese por entero.

Volvió al carruaje con una mezcla de excitación, frustración y anhelo. Nada más verlo en ese estado, John lanzó una carcajada y recibió un gruñido de disgusto de su amigo. Sonrió y se alegró de que por fin Derek se interesase por

algo más que por su trabajo, ya era hora de que ese cabezota se enamorase.

—Oh, cállate.

—No he dicho ni una sola palabra.

—Sé que estás disfrutando, John. Esta mujer va a volverme loco, te lo juro. Por un momento parece que siente lo mismo y me deja acercarme, pero luego, vuelve a cerrarse en sí misma y es... —se golpeó los muslos, desmoralizado —, muy desesperante.

—¿Te acuerdas de cuánto me machacaste tú? Me decías que estaba siendo un idiota con Mariah.

—Estabas siéndolo.

—Yo me negaba a aceptar que la quería y estuve a punto de perderla por ello. Y...

—Pero lo vuestro es diferente, John. Todos, menos tú, sabíamos que estabais hechos el uno para el otro, pero eres demasiado obtuso, amigo.

—Ah, ¿y tú no?

—¿¡Qué he hecho yo!? ¡Si hasta me he declarado! Y ella ha huido. Te lo juro, John, que no sé qué más hacer. Por primera vez la idea de formar un hogar me parece lo suficientemente atractiva como para ir a buscar un endemoniado anillo, pero la novia es tan escurridiza que, aun sintiendo lo mismo que yo, tengo el pleno convencimiento de que me rechazaría. ¿Por qué? Maldita mi vida si lo sé.

—Me contaste que era íntima amiga de la duquesa, ¿no puede haberle marcado lo que ella vivió? Quizá tenga temor a experimentar esa situación.

—¡Jamás le pondría un dedo encima!

—Y yo no digo que sea así, pero puede que ella tenga terror al compromiso y compare la historia de su amiga con la suya. —Derek negó con la cabeza.

—Creo que oculta algo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Descubrirlo. Tengo que ayudarla, John, le guste o no, así será.

Al cabo de unos minutos llegaron al Decadencia y, tras una hora y la reticencia de la dueña, consiguieron extraer dos conclusiones. La primera, que la tal Poppy no era de allí y la segunda, cortesía de Lily, una de las damas del prostíbulo que conocía íntimamente al duque, que este en ocasiones buscaba emociones más fuertes e iba a El Zorro Rojo, uno de los lugares de placeres menos sofisticados de la zona. Se decía que cualquier perversión estaba permitida y que las clases altas recurrían a él cuando, como Nolford, buscaban algo más intenso.

Los jóvenes se dirigieron hacia allí, pero tampoco tuvieron suerte en su búsqueda. Al parecer Poppy sí trabajó en El Zorro Rojo y tuvo varios encuentros con el duque de Nolford. Sin embargo, desde hacía varias semanas nadie sabía nada de ella. Unos comentaban que se habría fugado con algún cliente complacido, pero Derek apoyaba la otra creencia, Poppy sabía demasiado y alguien la había silenciado.

El sol todavía no había alcanzado su plenitud cuando Eleanor tocó a la puerta de la pequeña casita. La calle estaba desierta y el frío calaba hasta los huesos. La niebla, esa mañana, la acompañaba y la ayudaba a pasar inadvertida. Volvió a tocar.

Escuchó un sonido y tras una maldición abrieron. Al verla, la mujer tragó saliva.

—¿Señorita?

—Ha llegado la hora, Poppy. ¿Estás preparada? —La chica asintió.

—Sí.

Eleanor aguardó hasta que recogió su bolsito y juntas se dirigieron hacia el carruaje que las esperaba, esta vez uno de alquiler que nadie pudiese reconocer. Le dieron las señas y cuando llegaron, el conductor las ayudó a descender. Pararon frente a la entrada y se miraron. Ellie le dio la mano y

Poppy se la estrechó con fuerza, se separaron y, tras asentir y darse fuerzas, se dieron paso en la redacción de *Times*.

Eleanor removió viejos fantasmas y puso en jaque a medio Londres aquel día. Muchos secretos salieron a la luz tal y como planeó. Pero aquella noche, en la oscuridad de su habitación, solo el opio pudo ayudarla a combatir las sombras de su pasado.

Derek se fue a la cama a mediodía tras toda una noche de búsqueda infructuosa, de pérdida de tiempo, pues nadie recordaba a la mujer, no había pistas ni nada. ¿Cómo iba a hallarla?

Acompañó a Christine a casa de Maggy y, tras relatarle brevemente su historia, esta la acogió con los brazos abiertos. Luego se dirigió a su casa, pero antes de entrar, hizo una última visita. Buscó a Pauline en la residencia de los marqueses de Arcomak y le preguntó si recordaba algo de aquella noche y de la mujer llamada Poppy. Sin embargo, la muchacha confirmó la versión de Christine y le aseguró que aquel día estaba indispuesta y que guardó cama hasta la mañana siguiente.

Le agradeció su ayuda y justo cuando iba a marcharse ella lo detuvo.

—Espere, inspector. Estuve pensando en aquella época y recordé algo, no sé si le servirá, pero creo que es importante. Verá, dos o tres meses después del despido de Christine, el duque cambió. Se volcó con su esposa y la colmó de regalos y gestos de cariño, lo que le confieso que me sorprendió muchísimo, hasta que él nos reunió a todos y nos informó que la duquesa estaba embarazada y teníamos que esforzarnos el doble para servirla. Estaba dichoso por su heredero y así fue hasta que nació.

—¿Qué pasó después?

—Volvió a ser como antes. ¿Se acuerda de cómo me echaron? Pasó pocos meses después del nacimiento de lord James.

—¿Cómo se tomó Richard la noticia del embarazo?

—Estaba contento, mucho, diría yo.

—Gracias, Pauline, has sido de gran ayuda.

Se marchó de allí con la sensación de que había dado un paso, lo que aún no sabía era en qué dirección.

Los monstruos, monstruos son.

Durante nueve meses conviví con otra persona. Deseé a diario que regresara el Michael de los gritos, golpes e insultos, prefería verlo ebrio a sobrio, sus chillidos a sus risas, sus mofas a esas palabras de amor con las que acariciaba mis oídos. Necesitaba al antiguo Michael, el previsible. Este nuevo me aterrorizaba porque sabía que cuando estallase sería mil veces peor.

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 14

Derek estaba tan cansado que habría permanecido en el lecho tres días enteros. Llevaba un día encerrado en casa estudiando su libreta y analizando cualquier cosa que pudiese acercarlo a la verdad. Durante horas había buscado esa pieza que no encajaba en el enrevesado puzle que constituía la vida y muerte de la duquesa. Aquella investigación se iba complicando más y más y ya ponía en duda cualquier dato. Rogó por una señal, algo que lo orientase hacia el camino correcto.

Cerró los ojos y se regañó mentalmente. Estaba atascado y ningún milagro lo salvaría.

De pronto, la puerta sonó tan fuerte que le provocó dolor de cabeza. Se extrañó de que Clarens formase ese jaleo cuando otras veces no tenía ningún reparo en entrar sin previo aviso y abrirle las cortinas. Otro golpe.

—¡¡Ya va!! —Escuchó un sonido que le hizo mirar hacia la entrada y sonrió al comprobar que él mismo había trabado la puerta horas antes, para evitar que nadie, ni siquiera el mayordomo, molestase su efímero sueño.

—¡Derek, abre de una vez! —La joven intentó acceder al interior y, cuando no lo consiguió, la escuchó resoplar.

—¿¡Eleanor!? —preguntó con pasmo.

¿Qué hacía allí? Miró su cama y una sonrisa traviesa se le fue dibujando en el rostro, qué fácil sería olvidarlo todo y pasarse el día con su morenita jugueteando entre las sábanas. La desnudaría lentamente y besaría cada palmo

de su cuerpo, la acariciaría y probaría su néctar hasta que la escuchase gritar su...

—¡¡Dereeeek, abreee!!

... su nombre. El joven alargó la mano y recogió la bata que yacía en el suelo, se la puso y movió la cabeza de un lado al otro, despejando su mente dormida.

—¿Qué haces aquí? ¡Y con esas prisas! —refunfuñó cuando ella volvió a golpear la madera.

—Si no durmieses tanto lo sabrías desde hace horas.

—¿¿Tanto?? Anoche estuve despierto intentado descubrir algo, me acosté hace nada. —Se acercó a donde se encontraba la muchacha y abrió. Sonrió al verla, ¡qué guapa estaba cuando se enfadaba! Las mejillas se le coloreaban y resaltaban la tonalidad verde de sus ojos, que esta vez iba a juego con su sombrero y guantes. Portaba un vestido color crema y un paraguas del mismo tono—. Aparta esa mirada, Derek. No hay tiempo para eso.

—¿Tiempo para qué?—inquirió divertido.

—Para los besuqueos. Esto es serio. —Él rio. Ella gruñó y le lanzó el periódico que llevaba—. Lee —le ordenó.

—¿Qué es?

Derek abrió el *Times* y gimió al contemplar el titular:

¿Asesinó el duque de Nolford a su esposa?

Continuó la lectura hasta los primeros párrafos.

El primer domingo de mayo, la ciudad de Londres despertó con la trágica noticia de la muerte de Harmony Brunet, la querida duquesa de Nolford. Las primeras hipótesis de la policía apuntaron a un incendio accidental provocado, posiblemente, por una vela.

El joven alejó de sí el diario completamente furioso. ¿Cómo demonios se habían enterado esas comadrijas de esos datos confidenciales? Siguió:

... pero ahora, fuentes fidedignas aseguran que Scotland Yard tiene en el punto de mira al duque de Nolford. Este periódico, haciendo gala de su pericia informativa, ha entrevistado a varios sirvientes de los duques y ha comprobado que los rumores eran ciertos, los duques tenían una mala relación, lejos de lo que todo el mundo creía. Varios testigos aseguran que los maltratos eran constantes y que él tuvo un motivo muy grave para asesinarla. De hecho, este diario ha conversado con una mujer que estuvo íntimamente relacionada con el duque y ha destapado sus perversiones, que incluyen delitos tan graves como la sodomía, falta que, sin duda, no pasará desapercibida para nuestra reina.

Además, hemos podido saber, a través de alguien cercano a la asesinada, que el duque ocultaba un amante. Sí, amante, un muchacho desconocido del que solo hemos obtenido su nombre: Richard, un desdichado sin apellido que yace bajo tierra tras ser ejecutado por delitos contra la moral. Desde aquí hacemos un llamamiento a quien pueda aportar algún dato sobre la identidad de este joven.

Derek apartó el *Times* y miró horrorizado a Ellie, que asentía en silencio.

—¿¿Cómo demonios lo han sabido antes que nosotros?? ¡Joder! —Se despeinó y se dejó caer en la cama, hundió los hombros—. Richard está muerto, ¡¡muerto!! ¿Cómo se nos pudo pasar? ¿Y quién ha dado el chivatazo? ¡¡Esto es un maldito desastre!! Henry pedirá mi cabeza.

—Lo he visto. Intenté hablar contigo nada más leí el *Times* y, cuando tu mayordomo me contó que estabas descansando, busqué a Henry. Está desolado, Derek. Desde que se ha publicado la noticia, no paran de atacarlo por todos los frentes, hasta la mismísima reina, según me ha dejado entrever, le ha pedido explicaciones y exige que se solucione cuanto antes el asunto. Varias personas se han amotinado en la puerta del duque y lo han increpado durante horas, la policía ha tenido que acudir para prestarle auxilio. En todos los círculos se habla de lo mismo y por doquier se susurra que el duque es el asesino de Harmony. Confieso que quería que llegase el momento en el que

tuviese que hacer frente a la justicia, pero los ánimos están tan caldeados que tengo miedo, Derek. ¿Qué va a pasar? Henry dice que varias personas han aportado información de Richard, pero todavía no cree que haya algo digno de ser tomado en cuenta.

—¡¡Maldita sea!!

—Tienes que seguir leyendo.

Derek así lo hizo.

... Y aquí viene lo más terrible, queridos lectores, este hombre, cochero en la mansión Nolford hace menos de un año, fue sometido a un juicio injusto del que nada se supo y ajusticiado en silencio. ¿Su acusador? El propio duque, según hemos averiguado. El verdugo encargado de hacer velar la sentencia de un juicio, que a todas luces fue comprado, ha declarado para este diario que el pobre desgraciado no contó con la presencia de ningún amigo o familiar que abogase por él. Pero sí reconoció el coche del duque, camuflado entre la muchedumbre. ¿Intentaba acallararlo su excelencia? ¿Silenció a su esposa? Me consta que le pidió el divorcio repetidas veces, hasta se halla en poder de este periódico una carta que la duquesa envió a su bienamado padre rogándole auxilio, pues Nolford se había tornado más agresivo y peligroso. ¿No es esta prueba suficiente para demostrar que Scotland Yard tenía razón y que su excelencia fue la mano ejecutora que acabó con la vida de la dulce y querida duquesa de Nolford?

Un tema que abre el debate. Juzguen ustedes mismos. Quedan todavía muchas incógnitas que este periódico piensa desvelar, estén atentos a las próximas publicaciones.

—¿Cómo tiene la carta? ¿Es que había más?

—Así debe ser, porque la otra sigue a buen recaudo en mi baúl —mintió. Él asintió.

Derek vio que el artículo estaba firmado por Erwin Flynn, el detestable azote

de la alta sociedad. Era un tipo mañoso cuya única motivación en la vida era desentrañar los oscuros secretos de los nobles y publicarlos en su pequeña columna. Por lo visto, en ese instante había ascendido, porque la gran noticia del día era obra suya.

—¿Qué vamos a hacer, Derek?

En ese momento una figura ocupó el marco de la puerta y se metió en la conversación. Los jóvenes se sobresaltaron cuando sir Henry Canugaish apareció.

—Por lo pronto, visitar la prisión para hablar con el alguacil encargado de la ejecución de Richard y después quiero que vayas un paso por delante, Derek. Lo que ha pasado es inadmisibile. ¡Todavía no entiendo cómo mi mejor hombre ha consentido que se publique en prensa algo así!

—¡¡Por todos los santos, Henry!! Llevo días obsesionado con pistas falsas, hablando como un loco con todo aquel que tuvo contacto con los esquivos duques y a cada avance surge una traba, ¡¡ni siquiera puedo dormir!! —Henry observó su lamentable aspecto, tenía ojeras, estaba despeinado y en su rostro se leía la frustración. Lo conocía demasiado bien para saber que haría hasta lo imposible por descubrir la verdad. A veces, Maggy se enfadaba con ambos y les decía que se parecían demasiado. La pobre quería algo mejor para su muchacho y la desesperaba que siguiese los pasos de su propio marido. Henry no se avergonzaba al reconocer que Derek era mejor sabueso que él y eso, en parte, lo entristecía, porque el joven se obcecaba de tal modo que se olvidaba del mundo. De hecho, llevaba un día encerrado, atormentado por lo que se le escapaba. Sin embargo, en esta ocasión estaban en un embrollo y, aunque fuese egoísta, lo necesitaba con todos los sentidos puestos en la investigación, después le obligaría a cogerse un mes de vacaciones... — Te conté que existía el tal Richard y las sospechas que Ellie y yo teníamos sobre él y el duque, pero no logré hallar nada más.

—Pues es obvio que Flyn sí lo ha hecho.

—¡¡Esa comadreja!! Me preguntó quién le habrá dado el maldito chivatazo.

—Ahora no me importa. Quiero que vayáis a averiguar lo que podáis y que hoy mismo vengáis a casa con nuevas noticias, os espero para cenar. Maggy y George se alegrarán. —Henry pareció desinflarse y envejeció como diez años a los ojos de Eleanor, a la joven le apenó. Era un buen hombre que tenía demasiado sobre los hombros, si ella pudiese hablar... Ojalá pudiese ayudarlos.

—Está bien.

—Escucha, Derek, no consentiré que Flyn publique nada más que pueda perjudicar nuestro caso. Por lo pronto lo tengo cogido por los huevos. Gracias a Su Majestad y a las graves acusaciones formuladas contra un miembro tan distinguido, he podido secuestrar sus próximas publicaciones, pero bien sabes que tarde o temprano se las ingeniará para sortearnos y causar el escándalo de nuevo. Tienes tres días para darme algo. La reina quiere una cabeza que pague por todo esto y no le importa si es la tuya, la mía o la de Nolford, solo desea apaciguar a sus súbditos y el caos que ha surgido entre sus nobles. He tenido que poner vigilancia para el duque, pues peligra gravemente su vida. Quiero que pague, si es culpable, pero se hará como se debe. Y es tu obligación, Derek, averiguarlo.

—Es un caso muy complejo y tengo la impresión de que las cosas no encajan.

—Me importa un comino si encajan o no, quiero respuestas, Derek, y las quiero ya.

Eleanor acompañó a Derek y marcharon a cumplir con la orden de Henry. Durante las siguientes horas entrevistaron a los implicados en la ejecución de Richard. A cada palabra que salía de sus bocas, más se encogía su corazón y se desgarraba su alma. Tuvo que reunir todo el coraje que guardaba dentro de ella para mantener a raya las lágrimas que amenazaban con ahogarla. Estaba tan sumida en los recuerdos, en el dolor y la rabia que deseó con todo su ser que alguien asesinase al duque de la peor manera, ella misma sería capaz de hacerlo si lo tuviese en frente. Jamás en su vida había odiado tanto a alguien y

su inquina se extendía también hacia ella: Harmony Brunet. Su excelencia tenía la culpa de todo, ella había sido la causante de su muerte. Durante mucho tiempo también la odió y una parte de sí, pese a que la duquesa había pagado caro sus actos, seguía detestándola.

Se disculpó con Derek y alegó jaqueca para evitar la cena con los Canugaish, no estaba de humor para una reunión familiar repleta de alegría y risas.

Esa noche duplicó su dosis de opio e intentó conciliar el sueño, pero fue inútil. Solo había una persona que sería capaz de calmarla y, pese a que no debía hacerlo, la droga había embotado su raciocinio y fue incapaz de pensar en otra cosa. Cogió la capucha y Paul, que desde que regresó a la ciudad se hospedaba con ellas, accedió a llevarla, aunque leyó en sus ojos cuánto le desagradaba la misión.

Se metió en el vehículo y aguardó hasta que llegaron. Bajó y le pidió que se marchase. El cochero tuvo la osadía de advertirle:

—Espero que sepa lo que hace, señorita.

—Así es, Paul.

Cuando Richard desapareció, supe que algo pasaba. Pasaron tres angustiosos días de incertidumbre hasta que tuve noticia de él.

Nunca olvidaré aquel momento. Ni siquiera pude prepararme porque me abstraí de tal forma durante el viaje que no fui consciente de cuánto se desviaba el carruaje, no me percaté de la expresión orgullosa que tintaba los rasgos de Michael. Miré por la ventana sin ver. Mi cabeza, ocupada por el paradero de Richard, no procesó dónde nos dirigíamos.

El carruaje paró. Seguí ensimismada, conteniendo las lágrimas y con una pregunta rondándome por la cabeza: «¿Dónde estás?». Es irónico que minutos después tuviese mi contestación.

Escuché los redobles del tambor y me asomé por la ventana. Vi una multitud frente a mí. Todos gritaban como locos al hombre harapiento que caminaba cabizbajo, custodiado por dos guardias. Un ahorcamiento, ¡estaba en un ahorcamiento! Un terror se me formó en la garganta y sentí que me ahogaba.

Me giré hacia Michael con la confusión reflejada en mis ojos. Él no me contestó, tan solo sonrió, expectante. Comencé a temblar tan fuerte que el bolsito se me cayó al suelo. Intenté salir del carruaje, pero Michael me retuvo. De pronto, se hizo el silencio y me lancé hacia la ventana. Sentí el cuerpo de mi marido apretarse sobre el mío, me agarró de los hombros y me inmovilizó. Tampoco hubiese hecho falta porque quedé petrificada al identificar ese cabello alborotado oscuro que pertenecía al hermoso rostro de un hombre que conocía tan bien. Mi valiente Richard. Llegó hacia el patíbulo y allí lo aguardaba un alguacil que le leyó sus supuestos cargos. Escuché algo sobre robo, sodomía y una agresión.

Él cuadró los hombros y miró al frente. Se lo veía muy joven allí arriba, sin rastro de miedo, como si no fuese a morir en pocos minutos. Sentí orgullo de él e intenté chillar su nombre, pero tan solo emití un angustioso gemido. Cerré los ojos cuando el verdugo se acercó y giré hacia un lado la cabeza. Michael me sujetó la mandíbula y me obligó a contemplar el macabro espectáculo.

Grité hasta quedar afónica cuando contemplé cómo la gruesa soga apretaba su hermoso cuello. La trampilla que había bajo sus pies se abrió y el cuerpo de Richard cayó. Se debatió ante la morbosa fascinación de la multitud. Luego, todo quedó en silencio. Lloré esa noche y las venideras y me sumí en una especie de letargo del que salí cuatro días después, cuando la casualidad quiso que escuchase cómo Michael dictaba una carta para la familia de Richard. Les explicó galantemente que el joven había decidido probar suerte en el nuevo

mundo y que con su apoyo económico partió hacia América.

Al oírlo quise matarlo.

Aquella noche subí a mi recámara y plasmé sobre el papel el desdichado final de mi amante. Envié la carta y con ella marchó un pedacito de mi alma, pues esas líneas me granjearon el odio de Robby.

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 15

Derek estaba en su estudio, pese a la hora que era, y por eso lo oyó. Fue un golpe tan ruidoso que rompió el silencio que lo invadía desde hacía rato. Sorteó los papeles que cubrían el suelo, repletos de borrones e ideas sin sentido, y se acercó a la entrada de la casa para abrir, ya que el pobre Clarens llevaba más de tres horas durmiendo.

Se preguntó con irritación por el visitante, descartó de un plumazo a Henry, pues esa misma noche estuvieron juntos y charlaron largamente del caso. Derek lo puso al día de lo que había descubierto en la prisión, que venía a confirmar todo lo que publicó el maldito Flyn. Otro golpe en la puerta, más insistente, lo hizo asir el pomo con enfado, pero el insulto que pensaba prodigarle al intruso murió en sus labios. La sorpresa marcó sus rasgos y agudizó su voz.

¿¡Ellie!? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Fuera estaba tan oscuro que casi no la podía ver, tan solo su aroma a lilas revelaba su identidad. Una enorme capucha cubría sus rasgos y la niebla se extendía como un manto sobre la profundidad de la noche, ocultando más a la joven.

Esta alzó el rostro y sus poderosos ojos se clavaron en él.

—Derek... Te necesito.

Dos únicas palabras que marcaron su destino.

Eleanor se desprendió de la tela y poseyó su boca con la misma fuerza y

deseo que él guardaba en su interior. Eran cómplices en una encrucijada que los estaba devorando. Notó en ella la misma ansiedad, frustración y calvario que lo invadían a él. Quería dar rienda suelta a esos sentimientos que se aglutinaban en su interior. La deseaba con tanta fuerza... Una pasión que nacía de esa vorágine que los rodeaba y sacudía. Se necesitaban mutuamente.

La cogió en volandas y atravesó el vestíbulo sin dejar de amarla con sus labios. De dos en dos subió las escaleras y se metió en su cuarto.

Eleanor se entregó en cuerpo y alma. Esa noche eran uno solo, unidos por un amor que florecía a pesar de la adversidad, por una incógnita que los ataba irremediabilmente. No le importaban los peros, ni lo mucho que la aterraba que algún día esos ojos que hoy la miraban con ternura se convirtiesen en rayos de odio. Iba a ser egoísta porque deseaba ser amada, volver a experimentar la felicidad y alejar de sí el dolor y la culpa.

El día siguiente no importaba, nada lo hacía ya. Tan solo él, su perdición y tormento. Iba a dejarse llevar y lo haría sin remordimientos, porque esa noche Derek Wayner era suyo, y ella le pertenecería.

Derek apartó las horquillas que sujetaban su hermosa melena y la dejó caer libre por su espalda, luego le desabrochó el vestido lentamente, deslizándolo por los hombros y acariciándola al compás de la tela. Eleanor sabía que no estaba bien, no debería estar allí con ese hombre prohibido, pero cuando sintió sus labios calientes y húmedos sobre su cuello, la razón se esfumó para dar paso a los sentimientos. La joven se prometió que aquella noche sería única para los dos, sin arrepentimientos. Quería que Derek fuese su primer y único amante, quería fundirse con su cuerpo y abrirle su alma, confesarle su secreto y ponerse en sus manos. Era la oportunidad de hablar, de contárselo. Sin embargo, cuando abrió la boca solo emitió un dulce gemido, pues él había capturado la tierna aureola de su pecho y lo mordisqueaba mientras le acariciaba el otro.

—Derek...

—Debería ser fuerte, Ellie, y alejarte de mí, comportarme como un

caballero. —Le mordisqueó el cuello y ella suspiró de placer—. Te deseo tanto, cariño... Se pegó a ella y la joven notó la prueba de su deseo, que duro se apretaba contra su pantalón, luchando por salir al exterior.

—Entonces tómate. Hoy soy tuya, Derek. —Lo miró a los ojos y le hizo una promesa—. Jamás me arrepentiré. Lo besó.

—Dios... Me matas, cariño.

—Si vas a morir, inspector, que sea entre mis brazos. —Le rodeó el cuello y luego echó la cabeza hacia atrás, desinhibida. Wayner rio, la alzó y la colocó sobre la cama.

Derek la tocó y la saboreó durante una eternidad. Ella se volvió loca de deseo e imitó sus caricias, sintió sus duros músculos cuando recorrió sus brazos y pecho. Él gimió y ella mandó al cuerno el recato, si solo tenía esta noche la disfrutaría a fondo.

—Quiero verte, Derek.

—¿Estás segura? Si seguimos seré incapaz de contenerme.

—No lo hagas.

El joven se arrancó la camisa y el pantalón y ella, al verlo, abrió ojos y boca con una pequeña exhalación de pánico.

—¿Funcionará?

—A la perfección, amor mío. —Y se lo demostró.

Derek se colocó entre sus muslos y la besó. Piel con piel. Eleanor acarició ese húmedo cuerpo y jugueteó con el vello de su pecho. Él siguió besándola mientras sus manos trazaban el camino hasta su zona íntima, acarició sus pétalos y ella chilló. Él introdujo un dedo en su interior y luego lo sacó, atormentándola. El cuerpo de la joven se convulsionó en maravillosas olas de placer y ella pensó que moriría de deseo.

—Derek, que...

—Shh, tranquila, amor. Disfruta, déjate llevar. Estás húmeda, cariño.

—¿Es... es malo?

—No. Quiere decir que estás preparada para recibirme, ¿lo estás? —

bromeó él, mientras jugueteaba en su interior hasta que vio cómo su cuerpo se hacía un ovillo y sintió sus afiladas uñas clavarse en su piel.

—¡¡Ohh, síii!!

Eleanor buscó sus deliciosos labios y dejó que juguetease con su lengua en una batalla de voluntades. Nunca se cansaría de tocarlo, de besarlo, de sentirlo. Por un momento, sus aciagos pensamientos empañaron esa felicidad. ¿Cómo iba a renunciar a él?

Lo amaba. Había ocurrido lo que tanto intentó evitar y ya no sabía cómo podría seguir sin él.

—Derek, necesito...

El joven sustituyó los dedos por la lengua y, cuando ella creyó que no aguantaría más, la penetró, eliminando la barrera que proclamaba su virginidad. Se quedó quieto y le acarició el rostro.

—Cariño, ¿estás bien? Ella mantenía los ojos cerrados—. ¿Quieres que pare? —preguntó casi con dolor, si tenía que irse lo haría, pero lo desgarraría porque su miembro, al sentirla caliente y tan apretada para él, buscaba la bendita liberación.

—¡Ni se te ocurra! —chilló, él rio y se movió mientras la besaba y acariciaba.

Cabalgaron juntos hasta el final y, juntos, hallaron la liberación. El olor del amor inundó la habitación, Derek con la respiración acelerada, la acunó entre sus brazos y sintió que estaba en el paraíso.

—Te quiero, Ellie.

Ella se fingió dormida y sintió cómo le besaba el pelo. Para sí susurró cuánto lo amaba, pero prefirió callar. Era lo mejor.

A la mañana siguiente, Derek escuchó unas voces y despertó. Enterró la nariz en el cabello de la joven y aspiró su embriagante aroma a lilas. La acarició una y otra vez hasta que Eleanor, ya despierta, exigió que pusiese fin al dulce tormento.

Se quedaron abrazados, besándose hasta que él le dijo:

—Puedo conseguir una licencia especial, cariño. En pocos días cerraremos el caso y entonces tú, mi preciosa morenita, serás mi mujer.

De pronto la puerta se abrió y ambos lanzaron una exclamación. Eleanor se libró de contestar.

—¡Derek! ¡Derek! Vístete rápido, ¡tenemos que irnos! —El niño estaba tan excitado que ni siquiera miró hacia la cama. Se dirigió a las cortinas y las abrió. Eleanor se escondió bajo las sábanas.

—¡¡Maldita sea, George!! ¿Es que no sabes tocar? —Derek intentó ponerse en pie, pero Ellie lo sujetó por el muslo, él bajó la voz para que solo ella lo oyese—. Tranquila, lo sacaré. —Se giró hacia el pequeño—. ¿Has venido solo?

—Qué más quisiera él. Es más temerario que tú, hijo, con este niño me saldrán canas en un año —se lamentó Maggy al entrar en la habitación.

George se tocó el mentón, confuso.

—Pero si ya tienes, madre. —Ella se envaró, ofendidísima. Derek rio.

—No seas grosero, Georgy. —Maggy se sentó en el borde de la cama, notó algo y se levantó de un salto. Antes de que Derek pudiese emitir palabra, ella agarró la sábana y descubrió a la joven.

—¡Por las barbas de Cristo! Derek, ¿qué significa...? Oh, ¡Dios mío! Ella es... es... Espero que tu prometida, Derek Wayner Canugaish, o de lo contrario te aseguro que tus paredes no podrán soportar la fuerza de mis gritos.

—En realidad, madre, así es. Te presento a mi prometida Eleanor Grant, te hablé de ella, ¿recuerdas?

—Sabía que te gustaba, una madre siempre intuye esas cosas. Se lo dije a Henry y no quiso creerme. ¡Ajá! Verás cuando se lo restriegue. —Derek puso los ojos en blanco. De pronto, Maggy se puso una mano en el pecho—. ¡Dios mío! —Comenzó a llorar desconsolada. No sabes cuánto he orado por esto, cariño. Y, por fin, esta querida muchacha ha hecho realidad mis sueños. Mírate. —Derek lo hizo y se vio medio desnudo, tan solo cubierto por su bata—. Oh. —Lloró de nuevo—. Mi pequeño alza el vuelo, se aleja de mis brazos

maternales para irse a los del amor. Huye del hogar familiar persiguiendo la felicidad.

—Pero, madre, si Derek ya no vive en casa —apuntó George.

—George, una palabra más y te vienes de compras. —El niño puso cara de terror.

—¡Prometiste que iría a Scotland Yard con Derek!

—Y tú, ¿recuerdas la tuya?

—Sí —dijo con aburrimiento—. No volveré a meterme en líos y estaré sentadito en mi silla hasta que sea tan alto como Derek. Entonces, seré policía —agregó rápidamente.

—No si yo puedo evitarlo —farfulló Maggy. Eleanor asistía asombrada a la conversación, la madre adoptiva de Derek era una mujer de lo más graciosa y por cierto, con una absoluta falta de tacto, pues ahí estaba parloteando mientras ellos seguían desnudos—. Imagino que querréis vestiros.

—Bueno, esa era la idea, sí —ironizó Derek con media sonrisa.

—Querida, te espero abajo. Tenemos que ponernos al día, ¡quiero saberlo todo de ti! Oh. —Lloró de nuevo—. Voy a tener una hija, ¡es maravilloso! —Sacó un pañuelito del bolso y se enjugó las lágrimas—. Vamos, Georgy. Prepararemos té. —El pequeño comenzó a protestar, pero Maggy lo acalló con una frase—. Querías visitar a tu padre, ¿no?

El pobre George la siguió arrastrando los pies. Derek rio al verlos salir, cerró la puerta y se giró hacia Ellie, que seguía tapada hasta la barbilla.

—Lo siento. Mi madre es un tanto...

—¿Peculiar?

—Iba a decir inoportuna, pero sí. Te gustará, es maravillosa.

Eleanor se limitó a sonreír. Sí, Maggy le agradaba, pero eso no importaba, con el nuevo día llegaba la realidad y por mucho que le pesase ella nunca entraría en esa familia, aunque deseó con todo su corazón que ese sueño sí pudiese hacerse realidad, que Maggy se convirtiese en la madre que tanto añoraba y Derek en su esposo. Una utopía, sin duda.

Minutos después bajaron al salón y Maggy sometió a la joven a un duro interrogatorio en el que intentó escarbar cuanto pudo, pero Eleanor era ducha en esas lides y estuvo a la altura, así la madre adoptiva de Derek acabó relatándole su vida sin guardar nada. Eleanor se divirtió mucho, pero también se entristeció al pensar que seguramente algún día esa buena mujer la detestaría.

Derek, sentado junto a ellas, rio de las batallitas que fue narrando su madre y aportó varias anécdotas, hasta que Clarens requirió su presencia. El mayordomo le informó que tenía una visita en su estudio. El inspector se acercó y quedó estupefacto al ver a la ama de llaves del duque.

—¿Inspector?

—Señora Travers. Por favor, tome asiento. —Señaló el sofá y se acomodó a su lado.

—Mi prima Enriqueta lleva días atosigándome para que hable con usted, el marqués intentó organizar un encuentro, pero me negué a verlo, no tenía nada que decirle.

—¿Ha cambiado de opinión, entonces?

—Todos hemos leído el periódico. Corren rumores, dicen que van a detenerlo, ¿es cierto?

—Dependerá de las pruebas.

—¿Por qué quería hablar conmigo?

—Seré sincero. Creo que oculta algo, pero tiene demasiado miedo para confesarlo. Teme que el duque se entere y la despida o algo peor. —Los ojos del ama de llaves se llenaron de lágrimas y miró hacia otro lado—. Si me ayuda, se hará justicia. Tiene que hacer lo correcto, señora Travers.

—Sé dónde estuvo la duquesa.

—No la entiendo.

—Todo el mundo se preguntaba por su paradero. Estuvo un mes ausente hasta que él la hizo regresar.

»Entré a servir a la casa contratada por su excelencia, ella me dio una

oportunidad y, pese a lo que decía el resto, siempre me trató bien. No tuvimos mucha relación, pero enseguida supe qué sucedía. Verá usted, el difunto señor Travers bebía y... Perdí mi trabajo por su causa, no me dieron referencias y subsistí unos meses con unos pequeños ahorros que oculté a mi esposo durante años. A través de una conocida me enteré de que los duques buscaban un ama de llaves y fui a la oferta con pocas esperanzas, la verdad, y para mi asombro, ella me contrató. Creo que su excelencia lo supo en cuanto me vio, reconoció en mí a una igual, otra desdichada que gritaba en silencio su tormento.

»Un buen día recibió una carta que la puso muy mal, por casualidad me enteré de que su padre había fallecido. La pobrecita se encerró en sí misma, ni siquiera visitaba al pequeño James. El duque pasaba poco tiempo en casa, pero un día todo cambió.

—¿Qué pasó?

—Llegaron unos hombres y se la llevaron. El duque me dijo que era por su bien, mas no le creí.

—¿Un hospital?

—Sí. El peor de todos. Ese monstruo la internó en el Hospital Real de Bethlem.

—Dios mío... ¡¡Un psiquiátrico!!

—Vaya al Bedlam, inspector, reúna pruebas y hágale pagar.

—Le aseguro que si estuviese en mi mano ese malnacido ya estaría entre rejas, pero necesito pruebas, no se puede condenar a un grande del reino con palabras.

—Por eso temía a confesar lo que sé. Sin embargo, al leer el *Times* supe que debía hacer algo.

—Ha sido muy valiente, señora Travers, se lo agradezco.

Derek la acompañó hasta la puerta y después se reunió con Eleanor para contarle lo que había averiguado. La joven lloró cuando supo de la suerte de su amiga y él le prometió que estaban a un paso de que la pesadilla terminase.

—¿Crees que él la mató, Derek?

—Lo que yo piense no importa, Ellie. No si no puedo situarlo en la casa a la hora del incendio. Hemos descubierto cosas que ayudarán en el juicio, pero si no levantamos su coartada, echará por tierra la acusación.

—¿Irás a Bedlam?

—Sí, quiero confirmar que estuvo allí.

—Te acompañaré. —Derek la abrazó y la besó en la sien.

—¿Estás segura, cariño?

—Podré soportarlo.

—Bien. Te llevaré a la pensión para que puedas cambiarte y te recogeré en dos horas.

—¿Dónde irás tú?

—A por Nolford. Es hora de enfrentarlo.

Iba a abandonarlo.

La idea fue tomando forma con el transcurrir de los días y cada vez me obsesionaba más. No me importaban las consecuencias; estaba harta de sufrir en silencio para contentar a una sociedad hipócrita que exhibía una cara de decencia, puritanismo y conservación solo de puertas para fuera. Se condenaba el placer cuando esos mismos que lo hacían fornicaban fuera de sus lechos maritales cuando caía la noche.

Escribí a padre una larga misiva contándole las desdichas que rodeaban mi vida de casada y aguardé su contestación. Semanas después obtuve respuesta:

«Querida, creo que estás demasiado excitada, quizá una temporada en el campo para templar los ánimos te haría bien. Ven a visitarme.

Michael es un buen hombre y mejor partido, recuerda que gracias a él eres duquesa, lo que tanto deseabas. Estoy seguro de que solo estás disgustada. A veces un hombre debe tener mano dura para controlar a

jovencitas tan voluntariosas como tú. Intenta ser más amable y verás cómo su trato mejora. Y en cuanto a lo otro, entiende, hija mía, que un hombre tiene necesidades que no puede satisfacer con su esposa. Tu madre era muy comprensiva en ese aspecto, ¿por qué no pruebas a hacer lo mismo? Has cumplido con tu cometido como mujer al darle un heredero, disfruta de mi nieto y aleja las preocupaciones tontas de tu mente.

Harmony, el hombre que es feliz en la cama lo será también en su casa. Eres su esposa, céntrate en eso y no le des quebraderos de cabeza. Verás como así vuelve a ser tierno contigo».

Rompí la carta en mil pedazos y luego lloré sobre sus restos. Sopesé mis escasas opciones siendo mujer, duquesa y esposa de un malnacido. Poseía una pequeña fortuna por parte materna de la que no podría disponer sin la autorización de Michael, tampoco padre estaba dispuesto a auxiliarme y ningún conocido lo haría. ¿Por qué iban a hacerlo? Si Michael estaba en todo su derecho de maltratarme. Era mi dueño y, antes, lo fue mi padre. Pensé en mi pequeño James y sonreí satisfecha, al menos él sí viviría libremente, sin el yugo de las restricciones sociales que relegaban a la mujer a un plano cuasi inexistente.

Decidí visitar a padre. Pretendía ausentarme varias semanas con James y buscar una salida a mi problema. Pero una vez más la tragedia me sacudió y dos semanas después una carta anunció el fallecimiento del barón. Mi padre pereció en alta mar, cuando transportaba uno de sus queridos purasangres a un cliente. Esta nueva pérdida tambaleó mi mundo y me sacudió fuertemente. Fue Michael el que me dio la noticia con un brillo de satisfacción en los ojos. Me cogió por los hombros cuando me derrumbé y yo sucumbí al consuelo de su abrazo.

—No llores, querida. Todavía me tienes a mí. Ahora soy tu única familia.

Aquellas palabras de aliento fueron como afiladas dagas que se

clavaron en lo más profundo de mi alma. Lloré con más intensidad por esa verdad que pronunciaban sus labios: estaba a su merced y ya nadie podría remediarlo.

Esa misma noche, la voz de mi marido resonaba en mí. Rota de dolor, cogí el abrecartas y me dirigí a la habitación de Michael. Acabaría con él, con esa pesadilla. Lo mataría.

Me situé cerca de la cama y empuñé mi arma con fuerza. Él abrió los ojos y rio confiado:

—Venga. Hazlo. —Apreté tan fuerte el mango del utensilio que lastimó mi piel. Tenía que hacerlo, ¡se lo merecía! Respiré hondo e intenté bajar la mano hacia su cuello, pero titubeé. Mis dedos perdieron la fuerza y dos poderosas lágrimas atentaron contra mi serenidad. Él, al ver mi debilidad, rio de nuevo. Lo miré con impotencia, rabia y asco. ¡¡No podía!! Pese a todo, no era una asesina—. ¡¡Vamos!! —chilló con fuerza.

Hice otro intento, mas no moví la mano. Sollocé y él sonrió con malicia.

—Eres patética —declaró, antes de darse media vuelta y seguir durmiendo.

Di un paso atrás, dejé caer el abrecartas y me deslicé hacia el suelo, llorando, sintiéndome tan patética como él decía. Pasé toda la noche y parte de la mañana acurrucada en su recámara compadeciéndome de mi misma hasta que vinieron esos hombres a por mí.

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 16

La primera vez que estuvo en esa casa, Derek tuvo la sensación de que cuanto lo rodeaba atendía más a las apariencias que a un auténtico sentimiento de pérdida. Recordó la oscuridad en la que estaba inmersa la mansión y la apariencia del duque que simulaba gran pesar, Michael Brunet fingía que la pérdida de su esposa lo había dejado sumido en la tristeza. Pero, en ese momento, el hombre que tenía frente a sí no fingía, no disimulaba, era una persona enfrascada en la más absoluta desdicha, provocada por el destierro social al que se había visto abocado desde que salió la publicación del *Times*.

Estaba desaliñado, con los ojos rojos, irritados por la cantidad de alcohol que había consumido, como probaban las tres botellas de cristal que yacían a sus pies. Portaba la camisa desabrochada y la chaqueta estaba tirada en el suelo. Él se encontraba en su sofá jugueteando con una copa.

—¿Viene a regocijarse, inspector? —espetó al verlo entrar—. Debe estar muy orgulloso, por fin ha conseguido destruirme. —Derek lo ignoró, cogió una silla y se sentó frente a él.

—Yo no he hecho nada, excelencia. Mi trabajo, tan solo.

El duque pegó un salto y acercó su rostro furibundo a Derek.

—¡¡Si usted no se hubiese inmiscuido!! —El hedor que desprendía fue tan intenso que el policía se apartó con una mueca, Nolford apestaba a alcohol. Se echó hacia atrás en la silla, lo observó y se cruzó de brazos.

—Lo habría hecho otro. Es lo que tiene la justicia, Nolford, al final todos

debemos rendirle cuentas.

—Márchese, no lo soporto más.

—¿Tan pronto?

—¡Fuera!!

—Me temo que eso no es posible, excelencia. Necesito hacerle unas preguntas sobre la duquesa.

—¿No es eso lo que quieren todos? Póngase a la cola, Wayner.

—¿Por qué la mató?

—¿Qué tacto! Es usted tan delicado como los suaves pétalos de una flor. —
Rio de sus propias palabras y luego eructó. Se tumbó de nuevo en el sofá.

—No estamos en una tarde de té, ni tampoco en una de sus frívolas reuniones sociales, duque. Si quería suavidad debería haberse replanteado sus acciones, me temo que ya es tarde para andarse con pies de plomo. Creo que no es consciente de a qué se enfrenta. Su mujer fue asesinada y los caminos que tomo son como Roma, inequívocamente me conducen a usted.

—¿¿No lo sé!?? Llevo días recluido por su culpa, si hubiese dejado las cosas tal y como estaban...

—Algo muy conveniente para usted, sin duda. Una esposa muerta, una exorbitante herencia y, por supuesto, un amante silenciado. —Nolford chilló como un cerdo, se puso rojo y estrelló la copa contra la pared al tiempo que intentaba asestarle un derechazo que Derek evitó sin dificultad. Lo empujó y cayó de espaldas en el sofá, se incorporó echando chispas.

—¡Jamás tuve nada que ver con ese crío!! Son injurias que no toleraré sobre mi persona. Tan solo imaginarlo... ¡Me resulta repugnante!! —Derek lo miró de arriba abajo y pensó que a él sí le resultaba repugnante compartir estancia con un ser tan deleznable.

—¿Dice usted que no eran amantes?

—¡Antes me suicido! No soy un invertido.

—Y, sin embargo, por lo que sé no ha hecho ascos a ciertas perversiones.

—Nunca tuve nada que ver con ese.

—Pero sí con su muerte. —Michael miró hacia otro lado—. Compró al jurado, lo acusó falsamente y lo asesinó.

—No fue mi mano la que lo ejecutó.

—Fueron sus influencias y dinero, ¿por qué? ¿Qué temía que contase? ¿Qué ocultaba? ¿Se enteró la duquesa? ¿Vio algo que no debía?

—¡¡¡NOOO!!! Era su amante, ¡suyo! Esa maldita zorra se acostaba con el muchacho delante de mis putas narices y se creía tan lista como para restregarme su falta y endorsarme a su bastardo.

—Confiesa, pues, que el pequeño James no era hijo suyo.

—Un odioso bastardo, eso era. Lo supe en cuanto nació, pues era idéntico a él. Pero se lo hice pagar caro, la zorra no volvió a reír.

—Lo pagó con su vida. ¿Se da cuenta de que me está dando un motivo? A usted le convenía, le satisfacía, perder de vista a ambos.

—No entiende nada. ¡Absolutamente nada!

—Quizá su excelencia tenga a bien ilustrarme —se burló Derek con una sonrisa de suficiencia.

—Reconozco que la odié, que discutíamos y que aquella noche peleamos cuando acudí a la casa para cambiarme la camisa, me reprochó mi aventura y se atrevió a restregarme que iba a deshacerse de mí, pero me marché de allí. Había bebido y tengo los recuerdos un poco difusos, pero sé muy bien que no le toqué ni un maldito pelo, ni siquiera tardé más de diez minutos en salir. Hay testigos que me sitúan en el club poco después.

—Ya. Y casualmente son sus amigos.

—Yo no quería verla muerta, merecía algo peor que eso. Vivir, vivir con agonía y sufrimiento. Ese era su castigo. De hecho, puse en marcha un plan para enloquecerla y cada día la desquiciaba con lo mismo. —Lanzó una carcajada totalmente ido.

—¿Qué iba a hacerle?

—El mocoso le importaba más que nada en el mundo, pero legalmente era mío, la sociedad entera lo creía así, quitárselo habría sido una gran venganza.

—¿Deseaba apartarla del niño?

—Oh, sí. Pensaba regalarlo a algún miserable sumido en la pobreza. No me mire así, inspector, quería que hablásemos en confianza y eso hacemos.

—Es usted...

—Tiene ganas de pegarme, ¿verdad? Se lo leo en los ojos, pero no puede y eso lo está torturando.

—No tiene a la suerte, Nolford, u olvidaré que estoy de servicio —farfulló Derek con los labios apretados. Michael lanzó una carcajada.

—Era una desagradecida, debí inculcarle mejor el respeto hacia su esposo. Hubo un tiempo en el que fantaseó con dejarme, pero afortunadamente el barón murió y se quedó sin recursos. Era mía, ¡¡mía!! Jamás la hubiese dejado marchar.

—Dios. Si pudiese, yo mismo le... No descansaré hasta probar su culpabilidad. —Derek se mordió el labio, controlándose.

—Ya me lo ha quitado todo, mi buen nombre, mi dinero, ¡¡todo!! Un hombre no es nada sin su reputación, por muchos años que pasen seguirán hablando a mis espaldas, los rumores no cesarán jamás. ¿Qué más quiere de mí?, ¿qué más me arrebatará? —Derek recordó a la bella y risueña duquesa y luego su mente formó la imagen de Eleanor, sus lágrimas, su tristeza y pesar. Contestó con todo el rencor que guardaba dentro de sí.

—Su libertad.

El duque lo miró abatido, hundió los hombros y se dejó caer en el sofá.

—Me has condenado, como lo ha hecho medio Londres —contestó penoso Nolford dejando a un lado el trato formal—. Esa zorra manipuladora y rencorosa tiene la culpa de todo, te ha absorbido el seso con su belleza, inspector. ¿Cuántas veces se ha abierto de piernas para que la escuches?

Derek saltó de la silla y lo golpeó tan fuerte en la cara que se escuchó un crujido, y por los gimoteos que hacía el duque y la sangre que chorreaba, le habría partido la nariz.

—Pagarás por esto —prometió con perversidad—. Y ella también.

—Si le pones una mano encima, te mato —lo tuteó mandando al cuerno los formalismos y las reglas, esa escoria no merecía ningún trato de respeto.

—Soy un noble.

—Pues te aseguro que eso no me detendrá. Yo también tengo mis contactos y puedo mover hilos.

—¡¡Ni se te ocurra compararte a mí!!

—Jamás osaría, Nolford. Eres demasiado detestable para pensarlo siquiera. Volveremos a vernos muy pronto.

—No si yo puedo evitarlo.

—No importa dónde te escondas. Te daré caza, incluso, en los confines de la Tierra, no descansaré hasta que tu miserable cuerpo se pudra tras las rejas.

Derek salió de la casa completamente malhumorado, la visita al duque le había arruinado el día y se moría de ganas de darle una paliza. Ni siquiera el puñetazo lo dejó completamente a gusto. Ese tipo era un monstruo que no se avergonzaba de las barbaridades que había confesado. Es más, sonreía con placer relatando cada atrocidad, como sus planes de regalar al pequeño James y condenarlo a una vida de infortunios.

Tenía tantas ganas de darle una paliza, que esa noche no dormiría tranquilo; ni esa ni las venideras, hasta que Nolford no estuviese en la cárcel. Era tal la inquina que despertó en él que acalló de un manotazo ese pensamiento que ponía en tela de juicio la culpabilidad del duque, pues realmente vio que la idea de hacerla sufrir era para él más placentera que la de su muerte. Sin embargo, lo desechó.

Él la mató. Regresó a casa, se cambió la camisa. Se encararon, discutieron y preso de la furia la golpeó hasta la muerte, después quemó la casa para ocultar las pruebas de su crimen. La duquesa y el niño murieron, lo que le benefició porque heredó una cuantiosa suma y se libró de su molesta familia.

Esos eran los hechos. Necesitaba una última prueba para situarlo en la casa durante la tragedia. En su libretita tenía apuntada la hora en la que se lo vio por el club, veinte minutos después de que saliese de la casa de la condesa.

Sus amigos íntimos reforzaban la coartada.

Derek llegó hasta Scotland Yard y le contó todo a Henry, que lo escuchó atentamente sin decir ni una palabra hasta que terminó.

—Es él, Derek. Hay que desmontar la coartada del duque y detenerlo.

—Imposible. Ninguno de esos idiotas que lo acompañan como perritos falderos va a desmentirlo. Sería nuestra palabra contra la suya, y mientras pueda probar con testigos que estaba en el club... —Se dejó caer sobre una silla y enterró la cabeza entre las manos, desesperado.

—Necesitaríamos un milagro.

George, que al final se había salido con la suya y estaba pasando el día con su padre, tocó a la puerta.

—Padre.

—Ahora no, George. Ve a jugar con Ronald.

—Pero, padre...

—George, anda, sé bueno.

—¿Y qué le digo al señor?

—¿Qué señor?

—El que quiere verte.

—Dile que no estoy para nadie.

—Vale, pero entonces no querrá dejarme ver los caballos del carruaje, prometió que lo haría cuando hablase contigo. Yo quería ir antes de venir a anunciarlo, pero me dijo que los malos no podían esperar y que tenía miedo de que el duque se os escapase si él no confesaba lo que sabía. Yo os he defendido. Le he contestado que es imposible porque Derek me contó que lo iba a detener y Derek siempre cumple su palabra, como dice madre. ¿A que sí, padre?

El progenitor estaba a cuadros, tragó saliva y asintió.

—George, he cambiado de idea, que entre, ¡¡ya!! Ve a buscarlo, muchacho.

Segundos después un hombre horondo, de unos cincuenta años, se dio paso en el interior. Se quitó el sombrero y les hizo una inclinación con la cabeza a

modo de saludo. Derek vio que estaba muy nervioso, pues apretujó el sombrerito entre las manos y le tembló la voz al presentarse.

—Buenos días. Mi nombre es Peters.

—Buenos días, Peters, tome asiento, por favor. —Señaló una silla, situada junto a Derek—. Mi nombre es Henry Canugaish, detective jefe de Scotland Yard, y a su derecha tiene a nuestro mejor inspector, Derek Wayner. ¿En qué podemos servirle?

—Verá, he leído el periódico y me he enterado de que ustedes investigan la muerte de la duquesa de Nolford. ¿Es así? —Henry asintió—. Creo que podría ayudarles, aunque... —Derek, acostumbrado a esas reacciones, se adelantó:

—Intentaremos mantenerle en el anonimato todo lo que nos sea posible, pero le seré sincero, si es reclamado para testificar en el juicio deberá asistir y decir cuánto sabe. Ha muerto una mujer y estamos dispuestos a lo que sea para que se haga justicia y el culpable pague.

—¿Aunque sea un lord? —preguntó el hombre. Henry se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

—Con más motivos. No permitiré que nadie crea que puede eludir sus responsabilidades penales por muy noble que sea.

—Yo lo llevé aquella noche, se subió en mi coche y me dio las señas de su residencia. Me pagó y me dijo que lo esperase, que tan solo iba a cambiarse una camisa, pero no regresó. Como tardaba me acerqué a la puerta y escuché unos fuertes gritos, era una discusión. Me asomé por la ventana y vi al duque y a su esposa pelear. Temeroso de ser descubierto, regresé al coche y aguardé a que apareciese. Minutos después, al contemplar la parte de arriba de la casa vi una figura en la ventana, que reconocí como la de la duquesa, había alguien más y creo que la golpeó. Luego se apartaron del cristal.

»Una criada salió poco después y me dijo que me marchase, que ya no se requerían mis servicios, que el duque se quedaba en casa. Me quedé cinco minutos más por si cambiaba de parecer y al final marché.

—¿Cuánto tiempo estuvo aguardando? —El hombre se rascó la coronilla,

antes de responder a Derek.

—Una media hora o más.

—¡¡Lo tenemos!! Las horas no concuerdan con las declaraciones de sus testigos. ¡Es nuestro por fin! —chilló Henry, Derek sonrió. Henry se tocó el mentón, pensativo—. Sin embargo, algo no me cuadra, ¿por qué cogería un carruaje de alquiler y no el suyo propio?

Derek pensó en la respuesta, antes de contestar.

—Imagino que no querría que lo descubriesen en casa de la condesa, ya tuvo un incidente parecido meses atrás y tuvo que volver a aparecer con la duquesa del brazo para acallar los rumores sobre sus aventuras extramatrimoniales. Para él las apariencias y fachada lo son todo y no podía permitir que se dudase de su devoción por su mujer.

—¿Fue cuando ella desapareció?

—El mes que él la internó en el psiquiátrico, sí.

—Vaya, vaya.

Henry despidió a Peters con alabanzas, se apuntó su dirección y luego, cuando quedaron a solas, se acercó al joven y lo estrechó entre sus brazos, palmeándole el hombro entre risas de emoción.

—Reúne a los hombres, Derek. Vamos a detener al duque de Nolford por el asesinato de su esposa. Hoy es un gran día, querido muchacho, hoy se ha hecho justicia para Harmony Brunet.

Capítulo 17

Eleanor se sentía mareada y el corazón le latía demasiado deprisa, sintió que se ahogaba e intentó estirar el cuello de su camisa, deseó tener a mano su tisana y fundirse en la inconsciencia, donde el dolor no pudiese llegar.

Esa mañana fue una dura prueba para ella, pues se enfrentó a los demonios de Harmony, a aquello por lo que su amiga pasó, y tuvo que reconocer que la ablandó,. Quizá el remover los secretos que Mony guardaba para sí la estaba alejando del rencor, tenía que reconocer que empezaba a ponerse en su piel y comprendía por qué hizo lo que hizo. La duquesa estaba sola, maltratada, asustada y aislada de cuantos la querían, rogaba por un pellizquito de cariño, y Richard, que pese a todo siempre la tuvo en su corazón, fue quien pagó las consecuencias.

Tras pasaron la puerta de Bedlam mientras Londres se sacudía con la gran noticia del día: la detención del duque de Nolford. Eleanor se sentía decepcionada, siempre creyó que, llegados a este punto, su odio y rabia desaparecerían y por fin dejaría atrás el pasado, pero la herida continuaba abierta y no existía cura. Comenzaba a imaginar que su alegría se había esfumado siguiendo los pasos de su familia.

Cuando llegaron al sanatorio mental, tuvieron suerte y el director los esperaba casi con los brazos abiertos.

—Al leer el *Times*, supe que vendría a verme, inspector. Lo estaba esperando. Tomen asiento, por favor. —Señaló dos sillas situadas frente a

ellos. Los jóvenes le hicieron caso e intentaron concentrarse en esa conversación y aislarse de los gritos de los internos, los lloros, el olor y la repugnancia que les producía ese lugar.

—Entonces no nos haga perder el tiempo y cuéntenos todo.

—A ver... ¿Por dónde empiezo?

El doctor Rodgers estuvo una hora charlando sobre el tiempo que la duquesa pasó en el sanatorio mental. Según el dibujo que les hizo, había gozado de una maravillosa retirada del plano social para ser atendida por su histeria severa y melancolía crónica, eso sí, de mano de los mejores profesionales.

—¿Todos los pacientes sabían quién era ella? —inquirió Eleanor.

—Por supuesto que no. Suelen ponerse nombres falsos u apodos para facilitarles su estancia, tan solo yo poseo toda la información.

Derek cambió de posición en la silla, incómodo.

—Habla usted como si fuese un retiro espiritual.

—En parte así lo es, inspector.

El joven lo dudaba mucho, pese a la sonrisa bondadosa que les prodigaba el profesional. Intuía que bajo esa fachada se encontraba un corrupto capaz de lo que fuera por unas buenas monedas.

Se despidió del director y condujo a Ellie hasta la salida.

—No me he creído ni una sola palabra. ¿Y tú? —Derek le sonrió con cariño y le apretó la mano.

—Ni una sola, cariño.

—¿Y qué hacemos? —Recorrieron los pasillos observando a los tristes y desaliñados pacientes, aquello era un circo del terror.

—Pues... —De pronto, una mujer se les puso en medio y silenció al joven. Lo cogió del brazo.

—Inspector, espere. Tengo que hablar con usted. —Bajó la voz casi en un susurro y los apartó del camino.

—Disculpe, ¿quién es?

—Trabajo aquí, me llamo Rose. —Miró a un lado y al otro—. No tengo mucho tiempo, así que escúcheme bien. Lo que le han contado es mentira, el doctor nos ha obligado a guardar silencio y a declarar, si ustedes nos preguntaban, que la duquesa estuvo muy bien atendida aquí. Al principio no le creí, incluso me burlé, pero vi su imagen en la prensa tras su muerte y así supe que decía la verdad. Mi paciente, la número 22, era realmente Harmony Brunet, duquesa de Nolford.

—Entiendo por sus palabras que no tuvo una acogedora residencia.

—No, inspector. Vivió un infierno.

Nadie se enteró. Estaba atrapada, indefensa. Y sola.

Entraron en mi habitación con las primeras luces del día. No me sorprendió, casi los esperaba. Era la excusa perfecta del monstruo, así lo llamaba por aquel entonces. Pasaron tres días desde mi ridículo intento de asesinato y la apatía me consumió. No comía, no dormía y ni siquiera mi adorado James me levantaba el ánimo. ¡James! Debí luchar más para permanecer a su lado, pero no pude. No me quedaban fuerzas, me sentía vacía por dentro.

Bebí algo que me ofrecieron. Vislumbré a Michael al fondo de la habitación, junto al ama de llaves, lloraba, el muy hipócrita, y susurraba cuán afectada estaba yo por la muerte de mi padre. Vi cómo la mujer lo miraba de soslayo y se mordía el labio, consciente de quién era mi auténtico verdugo, el artífice de mi dolor. Él siguió con su pantomima mientras me sacaban de la casa por la puerta de atrás, la del servicio. Me introdujeron en un carruaje y no emití ni un mísero quejido.

Desperté en un habitáculo mohoso, sobre un lecho duro y húmedo. Intenté gritar y creo que lo hice. Estaba agotada, necesitaba dormir más.

Cerré los ojos y a los minutos escuché que entraba una enfermera, me sacudió e intenté quitármela de encima, pero me obligó a beber.

—Venga, bonita, ya has descansado demasiado. Ahora tienes que beberte esto para ponerte buena y que el doctor te dé el alta. Venga, bebe, preciosa, bebe.

Quise preguntarle muchas cosas, pero suponía tanto esfuerzo que me rendí a sus órdenes. Pegué unos sorbos y la oscuridad me absolvió de nuevo.

No sabría decir cuánto pasó desde aquello hasta que noté una mano sobre mi hombro, fría y huesuda. Salí de mi sopor y pestañeeé confusa. Ante mí se formó la difusa imagen de una fémica.

—¿Ya has vuelto, preciosa? —Rio—. Creo que es un plan tuyo para huir de las garras del doctor, ¿eh? Está como loco porque aún no te ha podido tratar. Aunque ya barrunta qué te adolece.

—¿Dónde estoy? —pregunté confusa. Mi voz sonó tan áspera que ni yo misma la reconocí—. ¿Estoy enferma?

Miré de un lado al otro y un escalofrío me recorrió. Ese tenebroso lugar no parecía un hospital. ¿Qué sucedía?, ¿por qué estaba allí? James... Oh, Dios mío, ¡James! ¿Quién cuidaba de mi hijo? Al imaginarme a Michael junto a él, una arcada me invadió.

—Eh, no te levantes. Ves, te estás sofocando. Tranquila, bonita. —Alzó un vaso—. Necesito que tomes esto y...

—¿¡Cuánto llevo aquí!? ¿¡Dónde está mi hijo!?

—Será mejor que llame al doctor...

—¡No! Espere, no se marche. Por favor, se lo suplico, dígame dónde estoy. ¿Es un hospital?

—Sí, bonita. El mejor de todos. Aquí, las personas como tú encuentran un hogar, no volverás a sentirte desamparada, ya verás. Bedlam es un lugar seguro para ti.

No pude articular palabra. ¡Un manicomio! ¡El cabrón demente me

había encerrado!

—¡¡Esto es un atropello! No pueden retenerme aquí. Soy la duquesa de Nolford.

La mujer abrió los ojos con sorpresa. Yo le sonreí y, justo cuando iba a pedirle ayuda, estalló en sonoras carcajadas.

—¡Qué buena esa! Sí, claro. Y yo la hermana de la reina Victoria. —Se agarró el estómago y rio más fuerte de su propio chiste. Al final se limpió las lágrimas y movió la cabeza de un lado al otro con una sonrisa en la boca—. A veces sois divertidísimos.

—Le digo la verdad, señora.

—Ya. Y yo también, bonita. Anda, quítate esos pájaros de la cabeza o no saldrás de aquí. Duquesa, dice. —Marchó riendo. Escuché que se cruzaba con otra enfermera y le narró cuanto le había dicho yo, la otra rio divertida y preguntó quién era la paciente. Respondió: «La número 22».

Y en eso me convertí; en la paciente número 22. Diagnosticada con histeria severa y melancolía crónica, según me informó el doctor Rodgers.

Durante un mes sufrí en sus manos. Me sometieron a varios tratamientos experimentales. Recuerdo el primero con especial repulsa. Me pusieron de pie, me sujetaron entre dos hombres y el doctor me expuso durante horas al olor de sustancias malolientes. Me resistí, grité, lloré, pero solo cuando vomité lo poco que había ingerido aquel día, el buen médico me dejó marchar, con una gran sonrisa en los labios. Me informó que aquel día habíamos dado un gran paso. Yo pensé que estaba más loco de lo que supuestamente lo estaba yo. Asentí con el objeto de irme.

Después llegó la silla. Estaba colgada del techo y me sentaron sobre ella. Dieron vueltas y vueltas hasta que perdí la noción de cuanto me rodeaba, bajé mareada y el doctor me abrazó. Estaba contentísimo

porque la paciente número 22 mostraba grandes signos de recuperación. Me arrastraron hacia mi celda y me tiraron sobre la cama. Aprendí que debía doblegarme a él, mostrarme tranquila y serena. Sin embargo, eso solo lo animaba a probar más cosas. Me sumergieron en una tina helada, me indujeron el sueño..., pero lo peor llegó un día antes de que la pesadilla terminase.

Recuerdo sus asquerosas manos mancillando mi cuerpo. Me sujetó a la cama y echó a todos del cuarto. Posó su mirada sucia y vidriosa sobre mí. Me dijo que quería probar una técnica de la que le habían hablado, que contaba con la total aprobación de mi esposo para ello.

Sus palabras me sorprendieron y comprendí que era el único que realmente sabía quién era yo. Sonrió ante mi perplejidad y me susurró que este sería nuestro pequeño secreto. Comencé a llorar.

Subió mi ajada y áspera túnica hasta las rodillas y me acarició íntimamente. Chillé y mi reacción le animó.

—¡¡Funciona!! —exclamó. Me explicó la teoría de los galenos como remedio contra la histeria: masajear el clitoris hasta alcanzar el orgasmo de la paciente. Yo no podía imaginar semejante disparate. Hurgó en mi intimidad durante tanto tiempo que sentí cómo mi alma se resquebrajaba en dos. Al final le di lo que quería, me retorcí y grité de fingido placer. Él dio un salto, se apartó de mí y pude observar el bulto que sobresalía de sus pantalones. Se disculpó unos segundos y se metió tras un biombo del que salieron extraños ruiditos, como gimoteos. Me quedé tumbada, expuesta y humillada hasta que Rodgers salió, abrió la puerta y llamó a dos hombres que me liberaron, no sin antes observar mi desnudez.

Al día siguiente me metieron en un carruaje que me condujo de vuelta a casa, de nuevo por la puerta de atrás. Llevaba puestas las mismas prendas con las que salí de allí. Atravesé el vestíbulo justo cuando Michael entraba por la puerta, me miró de arriba abajo y soltó:

—*Ah. Hola, querida. —Y sin más, se metió en su estudio.*

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 18

Cuando Eleanor despertó, lo hizo con una sonrisa en la boca. El día anterior estaba tan sumida en la desesperación que lloró desconsolada en los brazos de Derek mientras el carruaje los conducía hasta su pensión. Al llegar bastó una mirada para que el joven diese un golpe en el techo y ordenase al conductor que siguiese hasta su dirección. Pasó la noche en sus brazos, perdida en sus besos, en sus caricias y palabras de amor. En ese instante, a la luz del día, sabía que había llegado el momento de decirle adiós, aunque la mera idea le partía el alma. ¿Cómo podía quererlo tanto si lo conocía tan poco? ¿Sería así el verdadero amor? Por cierto que sentía deseos de olvidar la razón por la que se encontraba allí, de sincerarse con Derek y confiar en que él lo arreglaría todo. Pero su conciencia lo impedía; todavía quedaba mucho en juego.

Aquel viaje resultó muy distinto a cómo lo imaginó y también su relación con la policía. Jamás previó que acabaría perdidamente enamorada del atractivo inspector del caso. ¿Por qué él? El único hombre prohibido para ella.

Eleanor vivía en un sinvivir cada día, tenía insomnio por las noches al pensar en cómo se tomaría su abandono. O peor, su traición, si llegaba a descubrirla. Nunca se perdonaría por las mentiras y engaños, y seguramente él tampoco lo haría. ¿Cómo volvería a confiar en ella alguna vez?

No obstante, por mucho que le pesase en el corazón, no cambiaría nada si regresase al pasado. Las cosas tenían que ser así y Harmony debía morir

aquella noche; fue la única solución.

Se levantó lentamente y vio la flor y la nota en la que le decía que regresaría en dos horas, que estaba reunido con Henry. Aprovechó la oportunidad y se vistió de prisa. Se acercó a la mesita de noche del joven y escribió la carta más dura de su vida.

Despedirse de Derek fue como arrancarse el corazón, no se dio cuenta de que lloraba hasta que el papel quedó mojado por sus lágrimas. Salió corriendo de allí antes de que perdiese las fuerzas.

—Tienes visita, rata.

—¡¡Maldito infeliz!! ¿¡Cómo osas dirigirte a mí de ese modo!? ¿Acaso no sabes quién soy?

—Sí, lo sé. —El duque de Nolford pareció más calmado hasta que el otro volvió a hablarle—. Una rata, como todos los de aquí. Es más, se dice que en unos días conocerás nuestro patio cuando te ejecuten públicamente.

—Puedo pagarte lo que quieras.

—No me importa tu cochino dinero, lord.

—Entonces, ¿qué deseas?

—Tuviste que cabrear muchísimo a los de allá arriba —apuntó hacia el cielo— para que no aceptasen tu traslado a Marshalsea. Y en cambio estás aquí —señaló la estancia—, en mis aposentos, privado de la zona reservada para los presos especiales de su majestad. Y mírate, duque. En este sótano, solo, mugriento, encadenado e indefenso... Ahora mismo parezco yo más señoritingo que tú.

—Te daré cualquier cosa si... —El otro rio.

—No me interesa. Otros ya me recompensan.

—¡¡Pero tienes que ayudarme!! Esto está infestado de piojos y el olor es tan nauseabundo que moriré en dos días.

—Vaya, la princesita no está a gusto. —Rio—. Es Newgate, ¿qué esperabas, un hotel o las comodidades de Marshalsea? Una vez fui. Los de tu clase tienen habitaciones de lo más lujosas, lástima para ti que te encerrasen aquí, bajo mi supervisión.

—¿Qué quieres de mí? —El hombre, sucio y sudoroso, estiró la boca y mostró unos dientes negros. Lo miró de arriba abajo y se relamió.

—Si eres bueno, quizá Lorens se porte bien.

Michael gritó de rabia y le escupió en la cara.

—¡¡Antes me mato!! —El otro se envaró, apretó los labios y se limpió la saliva de un manotazo.

—Pagarás por esto —le juró.

Se alejó y Michael gritó desesperado golpeando la pared. Escuchó unos pasos y se giró esperando encontrarse de nuevo con el repulsivo individuo. Sin embargo, fue una figura femenina la que se acercó; lentamente se quitó la capucha.

—¿¡Qué haces tú aquí!? —estalló iracundo al contemplar a la mujer morena.

—Necesitaba verlo con mis propios ojos.

—Tú has provocado esto, maldita. No has parado hasta conseguirlo, ¿verdad? Lo supe en cuanto te vi en el baile junto al inspector. ¡Tú acabaste con ella y me has cargado el asesinato a mí! La odiabas tanto o más que yo, ella lo sabía y yo también.

Eleanor lo miró fijamente.

—Sí. Os odiaba a ambos. Y no creo que pueda perdonarla, pero fue tu mano la que provocó todo, Michael. No sabes cuánto me alegro de verte aquí, así —le restregó con veneno—. He soñado muchísimo con este momento. Y ojalá pagues con tu vida y sufras cuanto sufrió él.

—Gritó tu nombre cuando la cuerda apretaba su cuello hasta ahogarlo. Disfruté viendo su cuerpo caer lacio, sin vida, ante mis ojos. Crees que has ganado, querida, pero te equivocas. Yo reiré el último y cuando salga de aquí

te buscaré, te encontraré y te mataré con mis propias manos.

Ella rio.

—También yo te veré a ti colgar de una cuerda muy pronto y esa noche brindaré a tu salud. ¿No te parece cómico? Tú, que has sido el artífice de innumerables crímenes, acabarás muriendo por uno que no cometiste. Pero nadie lo descubrirá, solo tú y yo sabemos que eres inocente y me he esforzado demasiado para ocultarlo. Ha llegado tu fin, Michael. Y, por Dios, no sabes cómo me alegro. Estás donde siempre debiste. Ojalá nunca te hubieses cruzado en el camino de Harmony.

—¡¡¡Zorraaaa!!! —Se lanzó a por ella, pero las cadenas se lo impidieron—. No sabes cuánto te odio.

—Por una vez coincidimos en algo, Nolford. Hasta siempre, ojalá te pudras en el infierno.

Eleanor marchó con la frente en alto y la espalda recta, no paró hasta llegar al exterior. Se alejó de la esquina que comunicaba con la calle Newgate y Old Bailey, donde estaba situada la prisión, y cuando estuvo a varios metros soltó el aire que estaba reteniendo y vomitó. Se limpió con un pañuelito de su bolsito e inspiró varias veces. Lloró hasta caer de rodillas al suelo.

Luego se tocó el cuello y buscó desesperada su relicario. Al no encontrarlo cogió el bolsito y echó todo el contenido al suelo y vio que no estaba. La pérdida le provocó tanto dolor que lloró más fuerte. Siempre lo llevaba consigo, pues era un recordatorio constante de quién fue Richard y cuánto significó en su vida. Llevarlo prendido de su cuello era como si, en parte, él siguiese con ella. Una tontería, sí, pero le hacía bien.

Se puso en pie y se enjugó las lágrimas. No había tiempo para eso, debía irse cuanto antes o Derek la encontraría.

Derek bajó del carruaje y miró la fachada de su casa con una sensación

maravillosa. Dentro lo esperaba la mujer de su vida y eso lo alegraba. De hecho, aceleró la reunión con Henry para verla, para sentirla de nuevo.

Ni siquiera prestó atención cuando su jefe le contó que el juicio del duque sería en pocos días. Le importaba un comino el noble, estaba entre rejas y con suerte pagaría por sus fechorías muy pronto. O bien exiliado o ahorcado, cualquier condena le valía, pues esa rata inmunda no merecía menos.

Y él, él quería que Eleanor volviese a sonreír. Colmarla de cariño y que olvidase el rencor y el dolor. Deseaba que se le confiase y le contase qué era aquello que martirizaba su alma, que lo amase tanto como él la amaba.

En el bolsillo de su chaqueta llevaba un anillo, rio de sí mismo cuando subió de dos en dos las escaleras como si fuese un chiquillo al que le han prometido una tarde de diversiones. Estaba muy nervioso y emocionado. John se carcajearía si lo viese.

Abrió la puerta y no la halló. Se acercó a la cama y vio su flor y su nota. Se dijo que habría regresado a la pensión, pero un pinchazo se alojó en su pecho y tuvo una de sus conocidas palpitaciones. Como en trance, se aproximó a la mesita de noche y cogió el papel que ella le había dejado. Lo leyó y contuvo las lágrimas. «¿¡Por qué, Eleanor!?!». Arrugó el papel y se dejó caer en el suelo. Se había ido y para siempre.

De repente algo llamó su atención bajo la cama. Lo cogió y se quedó sin habla al reconocer el relicario del que tanto había oído hablar, el de la duquesa, que supuestamente jamás se quitaba y debía portar el día del incendio. Lo examinó y vio la R y el grabado, lo abrió y contempló en su interior un mechón de cabello oscuro, tan sedoso como el de Ellie. ¿Qué hacía ese objeto allí? Ella... Se puso en pie. ¡Era suyo! Se le habría caído durante la noche.

¿Por qué nunca se lo comentó? ¿¡Por qué ocultarlo!?! Unos días atrás le habló del colgante, le preguntó si le sonaba y, ¡le mintió a la cara! Le aseguró que jamás tuvo conocimiento de él, ni la duquesa se lo mencionó, que sería un regalo de Richard. ¡¡Y un maldito cuerno!!

El dolor lo traspasó y le hizo caer en algo más. Se levantó de un salto y rebuscó en una de sus chaquetas la carta que Ellie le mostró el primer día, escrita del puño y letra de Harmony, la cogió y la comparó con la que le había dejado a él.

Total e inequívocamente exactas. Cayó sobre la cama exhalando un lastimoso gemido. Ella había escrito ambas. ¿Por qué? ¿Por qué engañarlo de ese modo? ¿Para que la creyese e investigase el caso? Rememoró su rostro y se preguntó si acaso fue tan imbécil de creer en algo que tan solo existía en su mente.

Alzó su última nota y gritó desgarrado al releerla:

Ha llegado el momento de regresar, mi amor. La realidad es una guadaña que no espera, que trunca los sueños sin piedad. Gracias por hacer justicia en mi nombre y darme la noche más mágica de mi vida. Siempre te recordaré.

No me busques. Y no olvides nunca que esto ha sido lo más auténtico que he vivido jamás, tú me has devuelto la sonrisa y te prometo que no dejaré que me la vuelvan a arrebatar.

*Siempre tuya,
Eleanor*

Derek se puso en pie, apretó los puños y recuperó el dominio de sí mismo. Se juró que la encontraría y que no pararía hasta lograrlo.

Capítulo 19

El tiempo corría en su contra y lo asfixiaba; consiguió gracias a varios favores por parte de Henry que el juicio del duque se demorase varios días y eso le permitió seguir buscándola. Parecía tragada por la tierra, pues nadie conocía su paradero.

El primer paso fue acudir a la pensión, pero cuando llegó ya era demasiado tarde, había liquidado la cuenta y marchado. Ni siquiera Alice, que todavía continuaba allí, supo darle respuesta:

—Lo siento, inspector. La señorita Grant estaba muy afectada por todo el asunto del duque y su amiga y me dijo que debía regresar a casa urgentemente, que alguien más la necesitaba. Me permitió seguirla, pero rehusé porque —enrojeció intensamente— ya no podría separarme de Paul. Me ha ofrecido matrimonio, ¿sabe? Y gracias a usted será posible.

—¿A mí?

—El vestido que me regaló de madame Pons. ¡¡Es perfecto!! Y...

—Alice— la cortó con su llamamiento. La joven calló y lo miró expectante —, por favor, debo encontrarla. ¿Recuerdas algún lugar? Algo que me conduzca hasta ella.

—¿Se ha metido en problemas? —preguntó la muchacha, recelosa. Derek intuyó que le era totalmente leal, y si creía que podría lastimarla jamás se lo diría.

—Claro que no. Me dejó una nota, pero se fue sin que pudiese despedirme,

no me dio tiempo a decirle que la quería y que si me lo pidiese dejaría todo e iría donde ella indicase.

—¿Realmente lo haría? —inquirió, extrañada.

—¿Y tú por Paul? —Aquella pregunta de rebote le granjeó su simpatía.

—Por supuesto —contestó con rotundidad—. Pero no puedo ayudarlo, inspector, no sé nada. Era muy recelosa de su intimidad y poco le pude sonsacar. Sé que vive en el campo y rodeada de caballos.

—¿Y eso?

—Porque la asfixian los lugares cerrados, como los carruajes, siempre que puede va descalza y entiende muchísimo de los equinos. Además, a veces se le escapaba algún comentario sobre el hedor y los ruidos de la ciudad, me refiero a comentarios malos, claro.

—Serías una buena detective, Alice.

—Uy, no, inspector, soy demasiado tranquila para esos ajetreos, ya la señorita me tuvo de arriba para abajo visitando a esa señora, y creo que tengo emoción para un año entero.

—¿Qué señora?

—Su protegida. Fuimos a verla varias mañanas, y aunque yo nunca entré en la habitación en la que se reunían, la señorita Grant después me lo contó, iba a ayudarla a detener al duque porque sabía cosas que lo podían relacionar con la muerte de su esposa. A cambio ella le iba a costear una vida mejor, o algo de eso me dijo. —Derek, en este punto, ya no creía nada. Seguramente eran más mentiras, su lista iba engordando a pasos agigantados.

—¿Está en problemas esa joven? Lo digo porque ahora que ella no está, quizá yo podría ayudarla también.

—¡Qué bueno es usted! Sería una gran idea, aunque Eleanor me aseguró que la mujer no volvería a tener preocupaciones, pero si se va a quedar más tranquilo puedo llevarlo, sé su dirección.

—Pues sí, gracias.

—Déjeme que coja el abrigo y avise a Paul. Lo acercaremos y seguiremos

nuestro trayecto, quiero empezar hoy mismo a comprar cosas de la boda. ¿Cree usted que la señorita vendrá? ¿Podría invitarla en mi nombre? No me dio tiempo a decírselo porque tenía mucha prisa. —«Seguro, para escapar de mí», pensó Derek. En cambio respondió:

—¿Yo?

—Cuando la encuentre. Me haría mucha ilusión que ambos viniesen.

—Se lo diré.

—¡¡Gracias!! —Alice dio media vuelta y echó a andar. Derek la llamó, cuando se giró le preguntó:

—¿Reconoces este relicario?

—¡¡Oh, sí!! Qué bien que lo tenga usted, inspector, cómo se alegrará cuando se lo dé. Era su gran tesoro; siempre lo llevaba consigo. Creo que perteneció a alguien que murió, o eso insinuó ella una vez. Habló de un tal Robby, quizá su hermano o padre.

—O un antiguo amor —sugirió Derek.

Alice enrojeció y miró para otro lado, incómoda. El pobre inspector echaba chispas ante esa posibilidad, quizá por celos.

—La pobrecita creía haberlo perdido, lo sé porque me preguntó por él y luego la ayudé a buscarlo, pero nada. ¡Qué ilusión le hará cuando la encuentre!

—Apuesto que sí —ironizó Derek.

—Iré a por Paul.

Y de esa forma tan inocente, Derek dio con Poppy y con una verdad que lo desgarró por entero. Eleanor, si es que se llamaba así, pagó a la prostituta para que contase embustes en el *Times* y dejase un camino de miguitas que conducían hacia la ejecución del duque. Derek no dudaba de que ese hombre merecía pagar por todas sus maldades, pero quizá de justamente este crimen fuese inocente. Su sentido de la justicia le impedía mirar hacia otro lado, por mucho que detestase al duque. Lo que más le extrañó fue cómo se inició la conversación con Poppy:

—Disculpe, soy el inspector Derek Wayner y...

—Sé quién es, ella dijo que vendría.

—Ah, ¿sí? ¿¡Y qué más!!?

—Que estaría muy enfadado y que si me lo pedía se lo debía contar todo.

—¿Y bien?

No todo lo que dije para el periódico era *mentía*, ¿sabe? Ese hombre era un monstruo, lo aprendí aquella noche...

La mujer le contó con pelos y señales cómo fue la noche que pasó en la mansión de los duques, un escalofriante relato que le provocó ganas de darle una paliza de muerte a Michael.

Esa visita e información facilitaron la labor de Henry que, tras pelear por aquí y allá, consiguió una confesión: una mujer, descrita sospechosamente igual al físico de Eleanor, fue quien contactó con el *Times* y dio el chivatazo de cuanto se publicó.

Derek, aquella noche, se emborrachó. Era incapaz de asumir que su dulce y valerosa Ellie no existiese, que había sido cruelmente engañado y que, posiblemente, las sospechas de Henry eran ciertas y Eleanor fuese la auténtica asesina de la duquesa. Pero ¿por qué?

Al día siguiente, tras una exhaustiva consulta de su libretita, un dato le llamó la atención: Lucy. Era la doncella personal que acompañó a la duquesa esa última noche y que misteriosamente se salvó de las llamas porque no durmió allí. ¿Habría mentido Ellie cuando dijo que no estaba en casa aquel día? Joder, ¡seguro que sí! Se dirigió a la dirección que tenía apuntada y tocó fuertemente a la puerta. Nadie le abrió.

—Es inútil, agente —dijo una señora desde su derecha, mientras salía de su casa—. La chica que vivía ahí ya no está, yo misma la vi marcharse con estos ojos. —Se los señaló.

—¿Y cuándo regresará, lo sabe?

—Uy, me da que no lo hará. Llevaba un baúl demasiado grande, menos mal que la damita la ayudó a cargarlo en el carruaje.

—¿Damita?

—Imagino que era alguien importante por cómo vestía. Ya le digo que de esta zona seguro que no.

—Déjeme adivinar, estatura mediana, morena, ojos verdes, muy guapa, cuerpo curvilíneo...

—¡Sabe quién es!

—Me temo que sí —respondió triste—. Le agradezco su ayuda.

—¿Quiere que le dé un mensaje a Lucy si vuelve?

—No hace falta. —Derek sabía que no regresaría, Eleanor se habría ocupado de ello.

Capítulo 20

Derek entrevistó de nuevo a todos los criados del duque y luego viajó hasta su casa de campo para hacer lo mismo con los que allí residían. Casi había perdido las esperanzas cuando el ayuda de cámara del duque tuvo un desliz.

—No sé nada, inspector, ni yo ni ninguno de la casa, se lo dijimos la última vez. Aquí todos llevamos un mes más o menos. Agradecemos la oportunidad al duque y no queremos meternos en problemas, así que...

—¿Cómo se iba a enterar? Está detenido. ¿Por qué mira tanto hacia fuera?

—¿¡Qué!?! —Su voz sonó excesivamente aguda.

—Hablabamos de a quién teme, Frank. Seamos sinceros, usted tiene miedo a decirme algo y me gustaría saber por qué.

—No, yo no...

—¿Quién fue el primero en llegar?

—¿Eh?

—A la casa. ¿Quién lo recibió? ¿El mayordomo?

—Eh, sí, sí.

Derek consultó su libreta.

—Pero, según tengo apuntado, usted entró antes. O sea que me acaba de mentir a la cara.

—Yo...

—¿Quién lo entrevistó para el puesto?

—No...

—¿Sabe que es un delito muy grave obstruir la investigación de un caso tan importante como este? No creo que a la reina le guste que...

—¡¡Dick!! —Derek sonrió maléficamente y se apuntó el nombre.

—Interesante... Me resulta curioso que nadie me hablase hasta ahora del tal Dick, ¿por qué no pude conocerlo la última vez? ¿Frank? —El hombre tragó saliva y miró hacia el exterior por la ventana.

—Es su hombre de confianza.

—¿Queda a cargo de la casa cuando el duque no está? —Frank asintió.

—Por favor, no le mencione que yo... —El hombre parecía aterrorizado—. Me despedirá y tengo una familia que alimentar, inspector.

—Tranquilícese. Le agradezco su colaboración y le aseguro que su nombre no saldrá a relucir cuando me encuentre con el señor Dick.

—Es el encargado de las caballerizas, siempre está allí, pero se esconde de las visitas. Dudo mucho que hable con usted, se comenta que es como un padre para el duque. Por lo que sé, lleva sirviendo en esta casa desde que nació y rondará la setentena. Es mejor que me marche o descubrirá que me he ido de la lengua.

El hombre salió corriendo. Derek suspiró y se acercó a las caballerizas, buscó al tal Dick y lo encontró echando una cabezadita, o eso simuló. Estaba apoyado en un poste con los ojos cerrados. Derek vio que tenía la mano derecha apretada en un puño, tensa. Fingía dormir.

—Buenos días, soy Derek Wayner, encargado del caso de la duquesa. Me gustaría hablar con usted. —El otro guardó silencio y siguió como estaba—. Por favor, le rogaría que no insulte mi inteligencia fingiendo que duerme, ambos sabemos que no es así. Quiero hablar del duque y saber por qué usted se ocultó de mí la última vez. —El hombre abrió los ojos y lo miró con odio. Apretó la boca y cruzó los brazos negándose a responder—. Muy bien. Pues comenzaré yo. Al parecer es la única persona que realmente conoce a Michael Brunet, algunos afirman que es casi un padre para él.

Dick giró el rostro hacia el otro lado, Derek se sentó frente a él.

—¿Le suena el nombre de Eleanor Grant? Morena, ojos verdes, de gran belleza... —El inspector se puso en pie y se colocó frente a Dick, sacó el relicario—. ¿Lo reconoce?

Nada.

—Bien. —Dio un paso atrás—. Espero que en el fondo no le tenga mucho aprecio a Nolford porque en unos días morirá, colgará de una soga como el maldito asesino que es, pagará por el asesinato de su dulce y amante esposa...

—¡¡Esa mujer era una zorra!! Engañó a mi pobre Michael. Merecía mucho más que la muerte, ojalá se pudra en el infierno.

Derek estrechó los ojos.

—De modo que sí la asesinó.

—¡¡No!! Él no la quería muerta, deseaba que sufriese. Vino aquí cuando se enteró, lloró sobre mí al saber que James no era hijo suyo. Fue justo cuando nació, el mocoso era igual que el cochero. Él sospechaba que lo engañaban, pero solo pudo confirmarlo cuando vio al bastardo, por eso lo mantuvo en la casa más tiempo que al resto, quería asegurarse de que no se le escapaba, que no huirían juntos. Aquella noche se emborrachó y vino en busca de consejo. Me dijo que quería pegarles, sobre todo a ella, hasta que dejase de respirar, pero yo lo convencí de que la mejor venganza era pagarle con la misma moneda, quitarle al crío y venderlo.

—¿Y Richard? Sé que fue el duque quien lo acusó y mandó ahorcar.

—Esa rata no merecía menos.

—Imagino que fue usted quien le metió la idea.

—No, eso, justamente, fue obra de Michael.

—¿No tiene miedo de que lo detenga?

—¿Cómo iba a hacerlo? No tiene pruebas contra mí y sería su palabra contra la mía. Yo soy capaz de cortarme la lengua antes de perjudicar al chico en un juicio.

—Vaya, qué lealtad. Volvamos a la duquesa, ¿qué pasó con ella?

—Michael aceptó y puso en práctica mi consejo. Si esa guarra murió no fue

por su mano, se lo aseguro. La otra, esa lo mató.

—¿Quién?

—La morena que me ha descrito. No sé su nombre, pero vino hace unos meses gritando su odio.

—¿Buscaba al duque?

—No, a ella. Michael la dejó aquí con el mocoso unas semanas para que no descubriese sus planes con respecto al heredero. La mujer se presentó un día y discutieron muy fuerte, hasta le pegó una bofetada, que la duquesa no le devolvió. Pude captar parte de la conversación; le gritó que era culpa suya, que ya la había advertido, que le suplicó que lo dejase en paz y no la escuchó, que ella era la responsable de esa desgracia y por eso siempre la odiaría.

»La duquesa se puso a llorar y le pidió perdón, pero ella le dijo que no, mitad escocés, pues le había arrebatado a quienes más quería. Oí a la zorra mencionar un nombre, alguien como Robby. Me figuré por lo que decían que era el hermano de Richard y creo que estaba prometido a esa joven. Ella lloró y le contestó que también había muerto, que lo hizo cuando Richard falleció. También mencionaron algo de un suicidio, pero no pude escucharlo bien porque las espiaba desde una ventana y el ruido exterior me impidió captar bien la conversación.

—¿Suicidio?

—Probablemente el hermano se suicidó y de ahí el disgusto de esa mujer. Recuerdo muy bien cómo deseó que la duquesa estuviese muerta. Se lo conté todo a Michael y me dio la impresión de que la conocía porque desechó con la mano mis precauciones y me dijo que era inofensiva, que solo estaba dolida, pero ya ve que no. Al final lo hizo, lo sé, ella, la tal Grant, mató a la duquesa. Y si usted fuese un buen policía lo descubriría y salvaría a Michael.

—Tampoco es un santo que digamos.

—No, pero se le juzga por el asesinato de su esposa y es inocente, ¿lo dejará morir sabiéndolo? —Dick metió el dedo en la llaga y atacó su conciencia. Derek odiaba a Nolford, pero sabía que no podría dejar que

pagase por un crimen que no cometió si resultaba ser inocente.

Derek marchó de allí de vuelta a la ciudad.

Cuando llegaba a casa recordó, de pronto, que el apellido de la duquesa de soltera era Miller y acudió al único hombre que podría ayudarlo por sus enormes contactos: John.

Quería saber dónde se encontraba la escuela para señoritas de *madame* Jane para investigar qué unía a Eleanor y Harmony. Y por qué, de repente, todo parecía señalar a Ellie como sospechosa del caso. Tenía el relicario, había saboteado la investigación, espantado a testigos y revelado datos al periódico para precipitar la detención del duque y causar el escándalo. Y, supuestamente, amenazó de muerte a su amiga, a quien le atribuía el suicidio de alguien muy importante para ella.

Ese dolor en sus ojos, esa tristeza y rabia habían preocupado a Derek, y ya sabía por qué. Su prometido Robert había muerto. ¿Lo habría querido a él alguna vez? ¿O fue tan solo un instrumento de venganza? Al menos en algo no mentía y es que su virtud estaba intacta hasta que pasó la noche con él, ¿por qué entregársele si quería a otro? ¿Por qué hacer el amor con alguien al que estaba usando? La cabeza le dolía tanto que era incapaz de razonar con coherencia.

Su corazón le impedía pensar que ella era culpable, que lo había utilizado. No quería creerlo, porque de hacerlo su alma se desgarraría en mil pedazos. ¿Cómo entregaría a Ellie a la justicia? ¿Lo había engatusado para salvar su cuello? ¿Había hecho el tonto enamorándose como un loco de ella? ¿Fue el tal Robby su prometido? ¿Murió por culpa de Harmony Brunet?

La respuesta de John tardó poco en llegar y confirmó sus peores temores, no existía tal escuela y una vez más había caído en su trampa.

Capítulo 21

El plazo que le había dado Henry estaba llegando a su fin y no se podría demorar mucho más el juicio del duque. Derek disponía de tan solo dos días más para averiguar toda la verdad, por eso viajó a la antigua residencia del barón. La casa de los Miller, donde comenzó todo.

Lo atendió el mayordomo y el ama de llaves y le contaron maravillas de la joven rubia que se crio entre esas paredes. Harmony Miller, hija del barón, fue una joven dicharachera y feliz.

—Estaba muy sola, sabe usted —apuntó la señora Jeffers—. La pobrecita era huérfana de madre y no tenía hermanos, por eso hizo tanta amistad con los mellizos—. Derek tuvo una corazonada.

—¿Richard y Robby?

—Sí, ellos. Los tres eran inseparables. Tanto, que el barón permitió que se educasen junto a su hija, cosa que agradeció el padre de ellos porque se pasaba más tiempo aquí que allí.

—¿Y eso?

—Al barón siempre le apasionó la cría de caballos y Wilson era el mejor. Era mitad escocés, ¿no, Peter?

—No, la esposa. Él, americano.

—Ah, sí, cierto. Tenían una casa a pocos kilómetros, eran nuestros vecinos más cercanos, y cuando el barón se enteró de que se dedicaba a los caballos, lo contrató. Al final se hicieron socios y el negocio se trasladó aquí, tenemos

el mejor criadero de la ciudad, o eso decía el barón.

Peter rio.

—Menuda forma de resumirlo.

—Bueno, así era, ¿no? Entiendo poco de todo eso, pero lo que le interesa al inspector es cómo aparecieron los mellizos.

—¿Dónde exactamente está esa casa? Me gustaría ir. —El mayordomo negó con la cabeza, apenado.

—No es posible, la vendieron cuando murieron.

—Vaya.

—¿Qué me puede decir de Eleanor Grant?

La mujer gorgojó y sollozó.

—Qué gran mujer, ¿verdad, Peter?

—Sí.

—Hacían una pareja... Se querían muchísimo. Nunca olvidaré su dolor cuando él murió, creo que a partir de ahí la dicha que reinaba en esta casa se esfumó, hasta el pobre barón sufrió la pérdida. —Derek sintió cómo una daga invisible lo apuñalaba, directa a su corazón.

—Entiendo. —Fingió que escribía en su libretita e intentó controlar las lágrimas de rabia y dolor que lo amenazaban. Eleanor lo estaba partiendo en dos.

—¿Qué me puede decir de Richard?

—Ay, ese mozuelo estaba perdidamente enamorado de nuestra pequeña, habría hecho lo que fuese por Harmony.

—¿Y ella lo correspondía?

—No. La muchachita solo amó a un hombre. —Lloró la mujer—. Perdóneme. Crie a la duquesa como si fuese mía y se me partió el alma cuando salió de esta casa bajo el brazo de ese tipo. Siempre pensé que no era bueno para ella, sus ojos... Nunca me dio confianza. Y nos trataba a todos como si fuésemos sus siervos; sé que odiaba la intimidad que compartía con su esposa, por eso le prohibió llevarme con ella. Mi pequeña al principio me escribía,

pero un día dejó de hacerlo. —La mujer estalló en llanto—. El barón estaba muy contento por el matrimonio y la posición que le daba. No quiso escucharme cuando le conté mis preocupaciones. Es más, me puso en mi sitio y me recordó que solo era el ama de llaves, ojalá no me hubiese ofendido y apartado del tema, ahora ella estaría vi... viva. —Más lágrimas. El mayordomo la abrazó e intentó consolarla.

A Derek le supo mal seguir con las preguntas, pero debía llegar hasta el final.

—¿Cuándo vieron a Richard por última vez? —La mujer inspiró y se limpió los ojos con el pañuelo que le ofreció Derek.

—Gracias. —Se lo devolvió mojado y el joven lo guardó en el bolsillo. Ella cerró los ojos y sonrió.

—Lo recuerdo bien, vino a despedirse, no sabe usted qué feliz estaba porque ella lo había llamado, iba a ser su cochero, pero no le importaba porque a él no le gustaba el negocio familiar como a Robby. La única motivación de Richard era Harmony Miller. Ojalá mi niña se hubiese enamorado de él y no del otro.

—Y Robby, ¿qué opinaba?

—Estaba en contra, le dijo que era un error, que no hiciese el estúpido, que ella no era para él porque era una mujer casada, que lo utilizaría y le haría daño, pero Richard hizo oídos sordos a sus palabras y marchó. Nunca regresó.

—¿Y Eleanor?

—No se metió, pero le daba la razón a Robby. Meses después nos llegó la noticia de su muerte. —Volvió a llorar—. Robby... Robby no pudo soportarlo.

Derek se preparó para la pregunta que más temía, la que había dejado para el final porque removería sus demonios interiores.

—¿Cómo murió Robby?

El ama de llaves y el mayordomo lo miraron de hito en hito. Ella hasta se puso una mano en el corazón y negó efusivamente con la cabeza.

—Pero, inspector, está usted equivocado. Ella está viva.

Fue el turno de Derek de sorprenderse y abrir y cerrar la boca varias veces.

—¿¡¡Ella!!?

—Sí, señor, la señorita Roberta Eleanor Wilson.

La luz del sol no llegaba hasta el agujero en el que lo habían encerrado, pero Michael sabía que era de noche porque escuchaba sus pasos. Al principio lo volvían loco de miedo, pero ya se había acostumbrado.

La primera noche se cobró la deuda. Lo golpeó hasta la inconsciencia y luego lo violó. Se quedó tirado en el suelo durante horas, pero no le importó porque estaba medio muerto de hambre, sucio y enfermo. No tenía deseos de vivir, ansiaba el día del juicio y que lo sacasen al patio para poner fin a su sufrimiento. Y, entonces, llegó la noticia. Había una oportunidad, pues su condena se aplazaba. No le dijeron por qué, pero no le importó, ya tenía a qué aferrarse, un motivo para salir de allí.

Iba a matar a Roberta Eleanor Wilson por todo cuanto le había hecho y no descansaría hasta que arrebataste de su cuerpo el último aliento de vida. Jamás odió a nadie como a ella, ni siquiera a la desdichada zorra que tenía por esposa. Debió asesinarla cuando fue a su casa y se enfrentó a él insultándolo y amenazándolo por la muerte de su hermano. Michael se burló, la despreció y echó. Luego cambió al personal para que no hubiese testigos del encontronazo. Harmony seguía en la casa de campo y allí fue la Wilson, según Dick, pero tampoco le prestó atención.

Después llegaron las cartas con insultos y amenazas, tan solo respondió a una, recordaba muy bien lo que le puso:

Te lo advierto, si vuelves a importunarme otra vez con tus acusaciones y amenazas, seguirás sus pasos. Por tu bien, aléjate de mí.

Creyó que la había espantado, pero no fue así, la muy puta estaba planeando

su ruina. Admiraba el tamaño de su venganza, ni siquiera él habría llegado a tales extremos. Asesinó a su esposa, inventó una absurda historia aun sabiendo que Richard no era homosexual, sino el amante y padre del hijo de su amiga, compró testigos, engatusó al inspector y se abrió de piernas para tenerlo de su lado y lograr que lo detuviesen.

Sí, señor, una auténtica hembra. Lástima que tuviese que matarla, porque encendía su sangre, era tan pasional y brutal como él. Quizá por eso no aprovechó la visita del inspector para sembrarle la duda con ella; se lo había preguntado muchas veces mientras estaba ahí dentro, encerrado, por qué no le confesó quién era y cómo los odiaba...

En el fondo lo sabía.

No quería que la detuviesen y le arrebatasen el único placer que realmente motivaba sus días. Era su asunto pendiente y la zorra debía morir bajo su mano, apretando su cuello y riéndose en su rostro.

Con esa idea en mente, puso en marcha su plan e hizo lo que mejor se le daba, engañar. Coqueteó con el carcelero y, aunque se asqueó de sí mismo, consiguió su objetivo, lo sedujo. Esperó a que bajase la guardia y, cuando lo hizo, le quebró el cuello. Se excitó al hacerlo, al experimentar el poder. Era liberador y placentero.

Se puso su uniforme y escapó. Fue fácil, ridículamente fácil. Nadie reparó en él, puede que ayudase que su aspecto era muy distinto del habitual o que la seguridad de Newgate fuese una auténtica mierda, pero el caso es que marchó de allí, directo al único sitio donde podría cobijarse esa puta. Dio las gracias a su difunta esposa por hablarle de la cabaña que utilizaban de niñas y se relamió pensando en cómo le daría muerte.

Derek tuvo que sentarse para recuperarse de la sorpresa.

—¿Y quién demonios es Eleanor Grant!?

—La madre de los mellizos, inspector, aunque era Wilson, pues adoptó el apellido de su marido.

—Robby es... Dios mío. —Se sintió mareado. Se pasó las manos por el pelo e intentó respirar hondo—. ¿Podrían describírmela?

—Es una jovencita muy bella, pero testaruda y temeraria como su padre. Se parecía al señorito Richard en ese físico tan imponente heredado de su madre, morenos y de ojos verdes, pero ahí acababa la semejanza. Él era tierno, prudente, reservado e introvertido. Y Robby todo lo contrario. Iguales en el exterior y polos opuestos en el interior.

Derek todavía no daba crédito. Su Ellie era realmente... ¡Robby!

Su corazón relinchó y sintió un pinchazo en el pecho; todavía era sospechosa y le había mentido en repetidas ocasiones, se había inmiscuido en la investigación, pero no amaba a otro, ¡no había otro!! ¿Sería posible que sí lo quisiese? ¿Que lo que ponía en su carta de despedida fuese verdad? Ella había huido porque temía que la descubriese y detuviese, pero tenía que haber confiado en él, a esas alturas debía saber que haría lo impensable por protegerla, hasta darle la espalda a la justicia, a su carrera y reputación si con eso la salvaba. Tenía ganas de reír y saltar, pese a todo.

—¿Qué fue del señor Wilson? —preguntó.

—Owen Wilson murió de unas fiebres. Fue un duro golpe para la familia, sobre todo, para su esposa. Aquello la quebró en dos.

—¿Y la señora Grant? Perdón, Wilson.

—Murió también. —Miró al mayordomo que le asintió y contestó por ella.

—La muerte de su hijo fue demasiado para ella, inspector. Se colgó de una cuerda de los establos durante la noche. La señorita Robby la encontró al día siguiente. Poco después vendió la casa. Estuvo aquí unos meses supervisando el negocio, ella era como el padre, ¿sabe? Tenía mano para los caballos. Pero un día desapareció sin decir adiós y no supimos más.

—Imagino que estará en la cabaña, Peter —intervino el ama de llaves.

—¿Qué cabaña? —Derek estaba muy interesado, tenía el presentimiento de

que muy pronto volvería a ver a su Ellie... O Robby.

—El barón mandó construir una cabaña en lo más profundo del bosque, iba allí a cazar y se quedaba durante días. A los muchachos les gustaba usarla y se escapaban para disgusto de mi lord.

—¿Sabrían indicarme cómo llegar? —El mayordomo asintió. Se levantó y fue hacia la cocina a por ropa de abrigo. Derek miró al ama de llaves—. Una última cosa, ¿el barón pereció durante una travesía?

—Sí, trasladaba varios caballos a un nuevo cliente.

—Cree... ¿Cree usted que Robby pudo vengarse por la muerte de Richard? Me consta que fue asesinado y que sabe quién fue el responsable. —La mujer gritó y se cogió la garganta con la mano derecha, asintió con fuerza.

—Estaba rota de dolor. Su padre, su hermano, su madre... La señorita es buena, su corazón es puro.

—¿Sería capaz de vengarlo si estuviese en su mano? —repitió Derek, aunque supo la respuesta antes de que la anciana hablase, pues la leyó en su rostro.

—Sin duda alguna.

Me observé en el espejo y acaricié mi piel, marcada por oscuros cardenales. Michael creía tener la última palabra, pero se equivocaba. Yo le asestaría el golpe final.

Volví a cubrirme y miré nerviosa hacia la puerta, con el corazón henchido de pavor, rezando para que Michael siguiese ausente. Respiré hondo y liberé la risa que anidaba en mi interior; la carcajada vibró por cada rincón de la alcoba. Recorrí las cuatro paredes, que gritaban en silencio mi humillación, y sonreí.

Pensé en Robby, en esa noche, y en los dos hombres que me habían precipitado hasta ese final. Unas horas me separaban de la muerte y la

guadaña seguía de cerca mis pasos. Qué ironía desaparecer así. Recé por James, porque mi niño estuviese a salvo, pues ya no había salvación, no para mí.

Era la única forma de pararlo.

Releí la breve misiva y finalmente sellé el sobre y mi destino. Iba a morir y, por Dios, ¡cómo ansiaba la bendita liberación!

Harmony Brunet, duquesa de Nolford

Capítulo 22

Maggy nunca había visto a su marido tan preocupado como aquel día, hasta el pobre George jugueteaba con sus deditos entrelazados en un acto reflejo del nerviosismo que transmitía su progenitor. Intentó calmarlo y, cuando se acercó a ella, le cogió la mano e impidió que siguiese caminando de arriba abajo del salón.

—Se va a solucionar, querido. Ya has oído a Orson, más de un centenar de agentes están buscándolo, el duque no llegará muy lejos en su huida. Pagaré caro por haber asesinado al guardia de Newgate.

—Eso no me preocupa ahora, temo por Derek.

—¿Qué pasa con Derek? ¿No iba al campo a desconectar e intentar olvidar a la chica? —Al leer la culpabilidad en el rostro de su esposo gruñó—. ¡¡Me habéis mentido!! ¿¡Dónde está mi pequeño!?

—¿No era yo tu pequeño, madre?

—Tú eres mi niño pequeño, Georgy.

—Pero...

—Ahora no, tesoro. ¿Por qué no vas a ver qué servirán de cenar hoy? —Se giró hacia su esposo—. Henry, ¿no puedo creerlo!

—No queríamos que te preocupases.

—¡¡Pues lo estoy!!

—Por eso mismo. Además, es cierto que ha ido al campo, pero a hablar con todos aquellos que conocieron al barón y a su hija, entrevistará a los que

pueda.

—Entonces, ¿qué te inquieta?

—Nolford. Me da que se van a encontrar y que la señorita Eleanor Grant es el punto en común de todo. Esto, querida, acabará en tragedia. ¡Y Derek sin mandarme la nota!

—¿Qué nota?

En ese momento la puerta sonó insistentemente. Al cabo de unos segundos, Rogers apareció por la entrada del salón, portaba una bandeja de plata con un sobre en el centro.

—Ha llegado esto para usted, señor.

—¿Quién lo envía? —El sirviente se inclinó sobre la bandeja y frunció el ceño mientras leía:

—La señora Jeffers.

—¿¡Quién!?

El mayordomo se encogió de hombros, le pasó la nota y se marchó.

Henry rompió el sobre y devoró el contenido.

Maggy se acercó a él, impaciente.

—¿¡Qué dice, querido!?! —Henry siguió observando la nota en silencio. Ella dio varios pasos de un lado al otro, resopló y estalló—. ¡Por Dios, habla que me tienes con el alma en vilo!

—Derek se ha puesto en contacto conmigo a través del ama de llaves del barón, tal y como quedamos. Me informa que ha hallado a Roberta Eleanor Wilson, a quien nosotros conocemos como Eleanor Grant, y que ha ido en su búsqueda.

—¿Su... su Ellie?

—La misma.

—¿Por qué se cambiaría el apellido?

—No lo sé, pero Derek asegura que está a punto de encajar las últimas piezas de este intrincado puzzle y que me informará tan pronto la vea.

—¿Y qué vas a hacer? Irás, ¿verdad? Puede que te necesite. Tengo miedo,

Henry, algo malo va a pasar, me lo dice el corazón. ¡Por favor, ve con él!

—¿Yo puedo ir, madre? Puedo ayudar, padre me enseñó la semana pasada cómo usar un arma —se inmiscuyó George que seguía escuchando descaradamente la conversación de los mayores. Henry, al oír sus palabras tragó saliva.

Maggy gimió y se llevó una mano a la garganta.

—¿¡Qué!?

—Henry cogió del pescuezo a su hijo pequeño y le dio un empujoncito cariñoso hacia la salida del salón.

—Ve a la cocina. Ya.

—Pero...

Maggy se interpuso en medio de ambos con los brazos en jarras y la frente arrugada.

—Henry, no te librarás de esto tan fácilmente. Ve a por Derek y cuando vuelvas hablaremos largo y tendido de Georgy y de esos nuevos métodos de defensa que conoce.

Robby colgaba una prenda en el tendedero cuando lo sintió. Giró el rostro lentamente y vio su formidable figura a lomos de un corcel negro. Había llegado por fin. Un pinchazo se instaló en su estómago y sintió cómo se le removía, era como si un centenar de mariposas pululasen en su interior. ¡Cómo lo había echado de menos! En este momento que lo tenía frente así, se daba cuenta de cuánto esperaba que apareciese, que viniese a buscarla y lo viese una vez más, aunque eso significase el desastre.

Su actitud tensa mostraba lo difícil que estaba siendo para el hombre mantenerse erguido sobre el animal. Así, a cierta distancia era tan imponente que las piernas le temblaron solo de imaginar cómo estaría, su enfado sería monumental. Le había mentado, engañado y traicionado para conseguir su

objetivo. Él era un mero instrumento de su venganza. O eso pretendía ella, pero lo cierto es que desde que lo conoció algo cambió y cada vez fue más duro cumplir con el plan. No dormía, no comía... Vivía preocupada por él, por ellos, por cómo resultaría todo.

Imaginó que quería gritarle hasta quedar afónico y que el esfuerzo de reprimir esa reacción lo estaba matando. Ella sentía un impulso muy distinto, quería correr a sus brazos y besarlo, suplicarle perdón y pedirle que entendiese por qué hizo lo que hizo, quería la felicidad que le prometió, sonreír de nuevo y que él fuese el motivo de su dicha. Quería un imposible, lo sabía bien.

Derek apretó con fuerza las riendas. Allí estaba. ¡Su Ellie! O Robby. ¡Maldita sea!, ¿cómo demonios debía comenzar a llamarla?! La contempló de arriba abajo deleitándose con cada parte de su cuerpo. Así, vestida con tanta sencillez, le pareció más bella que nunca. La falda de lana azul y la camisa blanca le daba un aspecto terrenal, hogareño y encendía una llama que debía extinguir; renacía la esperanza que todavía alojaba su corazón pues, por mucho que lo intentase, no podía odiarla más de lo que la quería. Deseaba olvidar sus sospechas y galopar hacia ella, abrazarla y no separarse jamás.

Esa semana había sido tan terrible que deseaba zarandearla por cuanto lo había hecho sufrir. Tenía ganas de gritarle y a la vez besarla. Recriminarle y abrazarla, odiarla y amarla; retenerla a su lado para siempre.

Robby dejó caer la ropa que tenía entre los dedos y dio un paso en su dirección. Derek bajó del caballo y se acercó a ella. Un paso, otro, otro, otro y otro. Se encontraron a medio camino, se miraron y mantuvieron un tenso silencio durante segundos.

Derek se perdió en la profundidad verdosa de sus ojos y Robby dejó escapar un suspiro. Las emociones se entremezclaban dentro de ambos.

—Ellie... —ronroneó él con un tono tan desesperado que se reflejó en la agonía que trasmitían sus ojos. Eso acabó con la poca contención de la joven que se lanzó a sus brazos estrechándolo con fuerza.

—Te he echado tanto de menos...

—Él gimió, gruñó y la agarró de la cintura, atrayéndola hacia sí. Sus cuerpos se pegaron y sus labios se buscaron hambrientos. Pero, de pronto, las manos de Derek se posaron sobre sus hombros y la alejaron, poniendo distancia entre los dos.

—¡¡No!! —La soltó como si quemase y anduvo de un lado al otro, mesándose el cabello—. No dejaré que vuelva a pasar. ¡Me niego! ¿Crees que puedes volver a utilizarme? ¿Que voy a cerrar los ojos y olvidarlo? ¡¡Me destrozaste!! ¡¡Te marchaste sin mirar atrás!!

—Dejé una carta.

—Ah, sí, perdona, es verdad, qué imbécil soy.

—Derek...

—¿Qué? ¿Qué vas a inventar ahora, Ellie? O Robby. ¡Diablos! Ni siquiera sé cómo llamarte.

—Eleanor es mi segundo nombre —le aclaró—, puedes llamarme así.

—¡Me engañaste! —Su voz sonó rota de dolor.

—Lo sé.

—Manipulaste cada paso que daba y me mentiste.

—Y no sabes cuánto me pesa, Derek. —Lloró.

—¿Por qué?

—Tú ya sabes por qué.

—Querías vengarte. Necesitabas acabar con los que habían destruido a tu hermano, los que provocaron el suicidio de tu madre.

—Siempre supe que lo descubrirías, que no pararías hasta llegar al final.

—Por eso te marchaste.

—No.

—¿No?

—Tenía otra razón.

—Ya, huir de mí.

—En parte. ¿Derek, no entiendes que suponías un peligro?

—Sí, porque temías que te descubriese y detuviese, por eso me manipulaste para tenerme comiendo de tu mano y alejar mis sospechas de ti. ¡Me enamoré como un imbécil y todo era mentira! Fui solo un peón de tu partida de ajedrez.

—¡¡No!! Nada, ¡escúchame bien, Derek!, nada de lo que hemos compartido era fingido. Me entregué a ti porque te quiero. Sí, Derek, sí. ¡¡Te quiero!! Y ya no me da miedo decirlo. Dejarte ha sido lo más difícil que he hecho nunca, pero debía hacerlo, tenía una razón de peso.

—Por tu venganza. ¿Cuánto más vas a sacrificar, Ellie?

—Tú no lo entiendes...

—No, no lo hago. ¿Por qué no confiaste en mí?

—No podía.

—¿No podías o no querías?

—Derek, de verdad, que no entiendes...

—¡¡Pues explícamelo!! —Apretó los puños y se mordió el labio—. ¿Cómo pudiste, Ellie? ¿Cómo pudiste matarla?! Asesinaste a Harmony Brunet porque la culpabas de la muerte de tu hermano. Ella lo llamó y lo convirtió en su amante exponiéndolo a un marido agresivo y brutal, lo ejecutaron por quererla. Y luego tu madre, que tampoco soportó la pérdida. Estabas rota de dolor, quizá hasta cegada por el opio que sé que consumes...

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Encontré restos en la habitación de la pensión. Otra cosa para añadir a la larga lista. Joder, ¡creo que ni siquiera te conozco!

—Sí que lo haces. Soy la misma, Derek, ¡la misma! El opio me ayuda a olvidar, borra los recuerdos y el dolor.

—Y espanta a los fantasmas, ¿no?

—En parte, aunque últimamente he intentado dejarlo.

—¿No puedes enfrentarte a lo que hiciste? ¿A su muerte?

—¡¡Yo no la maté, Derek!!

—La odiabas.

—Sí, la detestaba y la responsabilicé de lo que le pasó a Richard, pero

jamás le habría quitado la vida. ¡Nunca! A pesar de todo, Harmony era parte de mí y la quería con la misma fuerza que la odiaba.

—¿Me estás diciendo que realmente fue un accidente?

—No.

—Entonces, sí que la mató el duque.

—Ese monstruo es un asesino, culpable de muchísimos delitos, pero no de matar a su esposa.

—Pero si no la mató él, ni tú, ni fue un accidente... ¿Se suicidó?

La puerta de la casa se abrió y Derek escuchó el llanto de un bebé, se dio la vuelta lentamente y observó de hito en hito a la mujer que salió. Abrió y cerró la boca varias veces, parpadeó, gimió y se tuvo que apoyar en Robby cuando trastabilló.

Una bellísima rubia, con un atuendo parecido al de Robby pero en tono tierra, se acercó a él. Derek solo la había visto una vez, pero bastaba para reconocerla. Fue incapaz de articular palabra. Harmony Brunet, duquesa de Nolford, estaba viva y la tenía frente a sí.

—Buenos días, inspector. —La hermosa mujer meció al pequeño que tenía entre sus brazos, que sería su hijo James, y se acercó lentamente a él. Derek tragó saliva y enfocó la mirada—. Debo felicitarlo. Robby no se equivocó con usted, me dijo que lo descubriría, nos encontraría y acabaría conociendo mi secreto, mi verdad. —Señaló hacia la casa—. Será mejor que me siga, ha llegado el momento de contarle mi historia.

Capítulo 23

Derek estaba acomodado en un pequeño sofá, mientras intentaba procesar que la duquesa seguía con vida. De todos los posibles desenlaces de esa investigación, ese, sin duda, era el único que no contemplaba. ¡¡Viva!! Maldita sea, ¡no se lo creía!

—Miró de soslayo a Ellie, que se mantenía alejada de ellos, en el porche, sentada mientras contemplaba el paisaje que los rodeaba. Él la veía desde la ventana del interior.

—Ella no quería —le dijo la duquesa, que estaba mirándolo y adivinaba sus pensamientos—. Tuve que obligarla, suplicarle por James. No se equivoque, inspector, odiaba y odia a Michael más que yo, incluso. Pero su sentido del honor es más elevado que el mío, buscaba hacer las cosas bien, denunciarlo y entregarlo a la justicia.

—Esa descripción casaba con la mujer que él había conocido y de la que se había enamorado.

—¿Por qué no lo hizo?

—Porque se lo impedí. No quedaba tiempo. Era Michael o yo. Y seamos sinceros, inspector. ¿Qué posibilidades tiene una mujer contra su esposo en un juicio? Incluso la reina Victoria le daría la razón a él, nadie juzgaría a mi marido por la forma en la que me trataba. Soy su propiedad, me compró con este anillo. —Alzó la mano izquierda y le enseñó la alianza, que se quitó y lanzó al suelo con rabia—. Robby lo comprendió cuando le escribí y le rogué

ayuda. James es lo único que le queda de Richard y haría lo que fuese por protegerlo, hasta mentir, engañar y traicionar al hombre que ama. No me mire así, usted no la conoce como yo. Ella cerró su corazón, se prometió que jamás volvería a querer a nadie porque el dolor de la pérdida era demasiado insoportable para volver a sentirlo, se negó la felicidad y eso me preocupaba muchísimo hasta que me escribió hablándome de usted y de su encuentro. Supe que la había conquistado y no me avergüenza reconocer que, a pesar de ello, le recordé lo que estaba en juego y la empujé a seguir cada vez que sentía dudas. No quería engañarlo más, me pidió que confiásemos en usted, que podría ayudarnos, pero me negué.

—¿Por qué?

—Inspector, el riesgo era muy alto. Si algo salía mal yo volvería a Michael, me encerraría otra vez en el manicomio y vendería a mi hijo. Y todo por qué, ¿amor? Lo siento, pero no. Yo ya no creo en ello, no puedo. Sé qué pensaré que soy detestable, pero le ruego que me escuche antes de juzgarme. He vivido un infierno y la única forma de escapar fue tramando mi muerte y culpándolo a él. Solo cuando él no esté seré verdaderamente libre.

—La escucho. Cuénteme.

Harmony se puso en pie y buscó a su amiga, le entregó a su sobrino y regresó junto a Derek.

—Muy bien, desde el principio. Era muy joven e ilusa, ¿sabe? Él, guapo, distinguido y mayor. Vino a comprar uno de los sementales de mi padre y me vio cuando regresaba de un paseo con Robby. Me enamoré de él nada más verlo y creo que él también se sintió atraído por mí, por aquel entonces yo era una joven alegre y despreocupada, feliz con cuanto me rodeaba, no conocí el horror hasta que me casé. Pero no nos adelantemos, le contaba lo prendada que quedé nada más conocerlo. ¡Encima era un duque! Para una muchachita idiota, como era yo, eso lo elevaba a la categoría de príncipe azul. Me cortejó en pocas semanas y nos casamos poco después, salí de casa con el corazón henchido de felicidad, pero fue escasa, tan solo unas horas. Esa misma noche,

en la de bodas, me recordó quién era él y qué era yo, un bonito florero con el que adornar su casa y un recipiente para sus vástagos. Cuando echo la vista atrás, creo que el primer golpe fue el que más me ha dolido de cuantos me ha dado, porque aquella bofetada, que recuerdo tan nítida, barrió mis ilusiones, sueños y dicha. Fue el preludio del infierno que estaba por venir.

—¿Por qué no lo abandonó?

—¿Cómo iba a hacerlo! Estaba recién casada y él era un duque. Destrozaría mi reputación, la posición y el buen nombre de mi familia, me traería la ruina social. Y me culparía de todo. De hecho, en cierto modo, consiguió que lo justificase, que acabase pensando que era culpable por ser inexperta, que no lo satisficiera esa primera vez, que lo defraudé en la cama y por eso merecía esa reacción... Me prometí que mejoraría, que me esforzaría en todo para ser la mujer perfecta. Pero no bastó, nunca bastaba.

—¿Se lo contó a Richard o a Robby?

—No, a nadie. Estaba muy avergonzada y me daba miedo enfrentarme a Robby, porque ella me advirtió sobre él e hice oídos sordos a sus sospechas. Me mentalicé que me merecía todo aquello por idiota.

¿Qué sucedió tras la boda?

Me aisló. Estaba tan sola que me refugié en el servicio, pero cada vez que cogía aprecio a algún empleado, Michael lo echaba sin referencias e incluso incriminándolos en algún delito. Hubo un criado que me ayudó tras una paliza y se enfrentó a él, Michael lo acusó de robo y tras el rápido juicio fue condenado a treinta latigazos, pena que, incluso, podría haber sido peor. Después lo echó a la calle y se esforzó para que nadie más lo contratase.

¿Sabe qué fue de él?

Sí. Lo busqué e hice que mi padre lo contratase en los establos, tiene muy buena mano con los caballos. Aquí encontró un refugio y yo un amigo leal. Ronald es el único que sabe que estoy viva y dónde, a través de él Robby y yo nos hemos estado comunicando.

Sé que el servicio se cambiaba cada mes, pero había ciertas personas que

duraban más que otras en sus puestos. ¿Por qué?

Ese era el juego de Michael. Tras lo de Ronald dejé de tener contacto con el personal de la casa, para disfrute de mi esposo que gozaba viéndome sola, atrapada en mi propio hogar. Entonces, se le ocurrió que cada empleado que yo contratase se quedaría, que no los echaría él. Era una forma perversa de torturarme, porque sabía que yo acabaría cediendo y despidiéndolos. Al principio para protegerlos y después, cuando me acostumbré a sus golpes, por vergüenza, los alejaba para ocultar mi desdicha.

Como Christine.

Sí, como ella. Aquella noche vio lo peor de mí y la odié por ello. Bajé la guardia, inspector, porque en el fondo lo quería y rogaba por una migaja de su cariño. Él me sedujo con cuatro palabras tiernas y yo caí en sus redes sin importarme la vida de horror a la que me había sometido durante tanto tiempo. Me entregué a él y me convencí de que todo cambiaría, que iba a ser diferente porque en el fondo me quería, pero esa noche no solo me pegó, además fornicó con una prostituta en mis narices. —Derek miró al suelo, incómodo—. Christine lo supo y por eso la eché. Si le sirve de algo, siempre me arrepentiré de cómo me porté con ella. Me alegré muchísimo cuando Robby me contó lo que usted hizo por Christine.

La prostituta de la que habla es Poppy, ¿verdad?

Sí, ella. Nos costó encontrarla y convencerla, pero el dinero es una poderosa arma. Al final se prestó para declarar en contra de Michael y sembrar la duda, ella nos ayudó a detenerlo.

¿Y Richard?

Richard... Si algo me pesa de esta historia es él. Un alma buena entre tanta maldad.

¿Por qué lo buscó?

—Por el motivo más egoísta de todos, la soledad. Sabía que lo exponía, que no debía y que me granjearía el enfado de Robby que lo adoraba, estaban tan unidos...

—Y aun así lo llamó.

—Sí. Él no me falló, nunca lo hacía. Vino a mí y me devolvió parte de la inocencia perdida, me recordó que un día fui una joven muy distinta de esa en la que me había convertido, que experimenté la alegría de vivir. Me regaló lo más preciado que tengo, a mi James.

—Entonces, es el hijo de Richard, no del duque.

—Michael moría por un heredero y yo le di uno, pero no de su sangre.

—¿Está segura?

—Y tanto. Tomé unas hierbas abortivas, era mi pequeña venganza contra él. Quería ser madre, inspector, me moría por ello, pero odiaba darle esa dicha a alguien que me destrozaba cada día, que me robaba la voluntad. Ni siquiera sé cómo me atreví, pero lo hice. Cuando apareció Richard, una parte de mí seguía soñando con que Michael cambiase, que se diese cuenta de cuánto estaba perdiendo y fuese el príncipe azul que yo imaginé, pero tras el encuentro con Poppy supe que nunca pasaría y decidí darle lo que tanto ansiaba: un hijo.

—Un heredero que realmente no era suyo.

—Así es.

—¿Cómo reaccionó?

—Cuando se enteró de que estaba embarazada se convirtió en otro, mis rezos fueron escuchados y tuve al hombre que siempre deseé. Hasta que llegó el primer golpe de realidad, siempre llegaban recordándome cómo era realmente. Fue el mismo día que parí, vio al niño y quiso matarme. El médico lo impidió y lo echó de la habitación. Se fue de casa y regresó tres días después.

—¿Piensa que sabía que era de Richard?

—Oh, sí. Yo estaba aterrorizada de que se quedase a solas con el niño, temía por él y me volqué tanto en protegerlo que no lo vi venir.

—¿A qué se refiere?

—Me pagó con la misma moneda, me arrebató lo único que en esos días me

hacía feliz. Richard era mi mejor amigo, la única persona en quien confiaba. Robby seguía tan enfadada conmigo que no me atreví a contarle lo que estaba pasando, solo contaba con Richard y Michael se encargó de cambiarlo. Desapareció de repente, cosa impropia en él, jamás nos hubiese abandonado.

—¿Sabía Richard que James era su hijo?

—Sí, se lo dije desde el primer momento. El pobre quería enfrentar al duque, pero lo convencí de que lo mejor era esperar a que naciese el bebé y luego marcharnos. Era un hombre tierno, bueno y pacífico, demasiado bueno para mí...

—¿Iba a hacerlo? ¿Marcharía con él?

—Sí. Estaba dispuesta a dejar a Michael y darle una oportunidad a mi familia. Sé que Richard, aunque yo no lo amase como él a mí, me habría hecho feliz.

—¿Qué pasó?

—Lo asesinó.

—¿Cómo fue?

—Cuando no dio señales de vida me preocupé, le mandé una carta a Robby preguntándole si estaba allí, pero ella me respondió que no. Pocos días después, Michael me obligó a dar un paseo con él y... —Por primera vez en todo su relato la voz le falló, respiró hondo, miró hacia la derecha y una lágrima cayó por su rostro que rápidamente limpió—. Presenció su ejecución. Todavía tengo pesadillas, inspector. En ese momento me odié por mi debilidad, porque si yo no lo hubiese llamado, él seguiría vivo; me antepuse egoístamente sabiendo que Michael era capaz de eso y mucho más, pero me dio igual. Perdí a Richard, a Robby y la poca inocencia que me quedaba en ese patio. Michael nos asesinó aquel día a ambos, porque la Harmony Miller que todos conocían murió junto a él.

—Duquesa.

—No me llame así, por favor. Harmony. Solo Harmony o Mony, como Robby.

—Bien, Harmony. ¿Recurrió a su padre después de aquello? Vimos la carta que él le envió.

—Ah, sí. No lo culpo. Estaba tan orgulloso por mí... Sé que me quería, inspector, pero no imaginó qué ocurría realmente. —Casi suplicó que creyese sus palabras—. Era un hombre convencional, pero me adoraba, lo sé. Lo único que... Una mujer no abandona a su esposo y menos una que es duquesa, ¿lo entiende? Yo quería dejarlo, marcharme bien lejos con James. Sabía que lo detestaba y le haría la vida imposible o peor, lo utilizaría para hacerme daño y solo de imaginar en que lo golpease... Estaba decidida. Y, entonces, padre murió y me vi completamente sola y a merced de Michael. Esa noche quise matarlo, pero me fallaron las fuerzas y él se burló de mí. Días después me encerró. No hace falta que le cuente ese capítulo de mi vida porque ya Robby me dijo que se enteró. ¿Se imagina el miedo que pasé al estar ahí metida sabiendo que ese monstruo cuidaba de James? La auténtica tortura fue esa, inspector. Ahí lo decidí. Tuve mucho tiempo para pensar en mi plan, necesitaba escapar de él y solo había dos formas: matarlo o matarme. Lo primero ya había demostrado que era incapaz, así que opté por lo segundo.

—Y recurrió a Ellie.

Harmony sonrió al ver que el pobre hombre no sabía qué nombre utilizar con su amada.

—Sí, y no fue fácil, porque me detestaba, le conté la verdad sobre la muerte de su hermano antes de que Michael me encerrase y ella renegó de mí. Cuando salí me puse en contacto, pero devolvió todas mis cartas sin abrir. Michael se volvía más agresivo, bebía más y saboreaba la idea de regalar a James a gente de la peor calaña. Yo vivía en un auténtico infierno. Ni siquiera me importaba que apareciese para castigarme por mi mera existencia, porque verlo significaba tenerlo controlado; temía despertar un día y que James no estuviese. Desesperada, recurrí a Ronald y escapé de la casa una mañana que no estaba Michael, me reuní con mi hombre de confianza y él me contó la nueva tragedia que sacudió a Robby, el suicidio de su madre. Saberlo me

destrozó, porque Eleanor Grant era también como una madre para mí y porque nuevamente me responsabilicé de aquello.

»Michael decidió recluarnos a James y a mí en el campo, aproveché para contactar con Robby y rogarle que viniese a verme, creí que me ignoraría, pero para mi sorpresa sí vino. Sin embargo, lo único que obtuve de ella fueron gritos y reproches. Me abofeteó y se fue. Pero vio a James, porque él estaba conmigo cuando la recibí, por suerte la conocía demasiado bien como para saber que la curiosidad sería más fuerte que su odio. Una semana después me escribió preguntándome si el niño era su sobrino pues, como habrá comprobado, el parecido es asombroso, le respondí tan concisa como ella: «Sí. James es de Richard y está en peligro. Necesito tu ayuda o nos matará a ambos». Ella me respondió:

—«Lo haré, no por ti, sino por Richard» —recitó Ellie entrando en la casa y demostrando que estaba siguiendo la conversación. Se acercó a la rubia—. Iré a la habitación, James debe acostarse ya. —Harmony asintió. Ellie echó un pequeño vistazo en dirección a Derek y prosiguió con su camino. Él la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista.

—¿Cómo lo planearon todo?

—Robby encontró a Lucy y la contrató. Buscó a Poppy, la sacó del prostíbulo y le ofreció mucho dinero a cambio de su colaboración. Michael, como todos los sábados, iba a visitar a su amante antes de acudir a su club, lo que nos dejaba margen para actuar. Esperamos pacientemente hasta que supe que ese era el día, logré que los criados marchasen por esa noche y le mandé un aviso a Robby que me esperaba en una pensión. Y arrancamos con el trazado plan.

»Empleamos en casa de la condesa a una doncella que debía volcar una copa sobre la camisa de Michael para que regresase a cambiarse y situarlo en la casa durante la hora del incendio. Además, sabíamos que cogería un coche de alquiler porque siempre lo hacía cuando iba a ver a su querida, ya sabe, para evitar nuevos escándalos. Cuando llegó, lo recibí a base de gritos y

conduje la discusión hacia el salón, cerca de la ventana.

—Para que el cochero lo viese.

—Sí.

—Lucy entró y me avisó que James me necesitaba, cosa que era mentira porque el niño esperaba en el carruaje con Robby, quien me había ayudado a sacar varias pertenencias por la puerta de atrás. Tal y como preví, Michael se sirvió una copa de la botella que puse frente a él, repleta de láudano. Siguió chillándome mientras bebía y acabó estallando la copa en la pared, como acostumbraba hacer. Luego fue a las escaleras para darme alcance, pero a mitad del pasillo se desplomó. Ronald entró en la habitación para avisarme, yo estaba aterrorizada en ese punto, temía que algo saliese mal, que se despertase, que nos descubriesen... Mi fiel amigo me zarandeó y me hizo entrar en razón y seguir con el plan.

—¡Él fue a quien vio el cochero en la ventana, no a Michael!

—En efecto.

—¿Qué pasó después?

—En cuanto se quedó dormido, Ronald nos ayudó a meterlo en uno de nuestros carruajes, situado en la parte de atrás. Lo paseó por la ciudad hasta que las llamas hubieron devorado cada cimiento de la casa, pasado un buen rato lo bajó y lo dejó en la entrada del club, donde lo encontraron sus amigos de juergas, que estaban completamente ebrios y creyeron que se había desmayado por la bebida. Imagino que serían ellos los que lo entraron y condujeron hacia una de las habitaciones, por lo que sé, cuándo despertó había una mujer a su lado.

»Mientras, Lucy despachó al otro conductor y me ayudó a recoger mi baúl y esparcir pequeñas pistas que desorientasen a la policía.

—Como el cepillo que llevaba el grabado de Eleanor.

—No. Ese fue un regalo que me hizo la madre de Robby, la verdadera Eleanor Grant, cuando me casé, no quería que la olvidase, ya le he dicho que era como su hija. Robby y yo nos sorprendimos muchísimo cuando apareció y

se lo agradezco porque vuelve a estar en mi poder. Es increíble que sobreviviese a semejante encendido.

—¿Cómo prendió la casa?

—Encendí una vela y quemé mi diario. Pronto ardió toda la parte de arriba, y gracias a Lucy, el despacho también comenzó a arder. Salimos por la puerta de atrás y cada una tomó un rumbo diferente. James y yo marchamos hacia aquí. Lucy a su casa y al día siguiente a Escocia. Y Robby se pasó toda la noche de arriba abajo, paró en una taberna a tomar algo para templar los nervios y conoció a Alice, al ver cómo la trataban y, aun cuando se salía del plan, la contrató. Durmieron en una posada donde dio con Paul y le pagó para que las llevase al día siguiente a Londres, cuando usted la conoció. Ella debía acudir a Scotland Yard a denunciar mi asesinato, pero la retrasó. Improvisó aquella carta que supuestamente yo escribí para darle más teatralidad y les presentó la nota que Michael le envió amenazándola, después de que ella lo instigase tras la muerte de Richard.

—¿Se conocían Ellie y Nolford?

—Sí. Fue a reprocharle antes de hacerme la visita a mí. Luego estuvo varios días mandándole cartas amenazantes, hasta que le conté mi plan y dejó de lado su inquina. Tiene que entender, inspector, que no me quedó otra solución. La única forma de escapar de Michael era desapareciendo.

—¿Por qué enviarlo a la horca?

—Mientras siga con vida, temeré que me encuentre. Si alguna vez lo sabe... Inspector, todo Londres piensa que he muerto, Michael lo tendría fácil para silenciarme. Y él no es tonto, no se lo puede engañar así como así, al final atará cabos y llegará hasta mí.

—Pero no es culpable.

—Lo es de otras cosas.

—Pero no de esta.

—Nada es blanco o negro y debe pagar por sus crímenes.

—¿Y será usted su verdugo?

—Alguien debe serlo.

—¿Por qué no confía en la justicia, Harmony?

—¿La misma que acusó a Richard de un asesinato que no cometió, que condenó a latigazos a Ronald? ¿Esa que, con el mismo crimen, sanciona con una multa a un noble y a un pobre desdichado lo envía al exilio? ¿Aquella donde la mujer ni siquiera tiene acceso? No, inspector, yo ya no confío en nadie.

—Hay otras formas de asegurarse de que pague, aunque no sea con la horca.

—¿Eso quiere decir que lo ayudará a salir de prisión?

—No, que tengo que pensar y mucho. Un hombre no puede ser condenado por un crimen no cometido, pero tampoco quiero perjudicarla.

—¿Y qué pretende?

—La protegeré personalmente. Ellie y usted estarán a salvo mientras me quede aliento.

—¿Cree que eso lo parará? Nada detiene a Michael Brunet.

—Derek cambió de tema pues estaban en punto muerto.

—¿Cómo consiguieron el dinero para tantas triquiñuelas?

—Robby se encargó de ello, pues yo no podía tocar nada sin que Michael lo supiese. La venta de su casa le reportó muchas ganancias.

—Pauline me contó que el día que la echó, el duque y usted discutieron muy fuerte y le gritó que —sacó su libretita y leyó en voz alta— ahora tenía una razón de peso para pedir el divorcio y que ningún tribunal se lo negaría. Eleanor me hizo creer que era porque había descubierto que Richard era el amante de su marido, pero ya que sabemos que no es así. ¿Qué razón era esa?

—El asesinato de Richard, fue eso lo que le reocriminé, quería acusarlo frente a todos por lo que hizo.

Derek asintió y guardó silencio unos segundos.

—¿Qué pasó después de que fingiese su muerte?

—Robby pensó que si estaba a su lado sería más fácil controlar la investigación, por eso insistió en ir con usted.

—Me usó.

—Al principio, sí, pero luego se enamoró, a pesar de cuanto le advertí para que lo evitase.

—Ellie consiguió testimonio de los sirvientes de la condesa que afirmaron que escucharon como el duque pedía al cochero que lo llevase a casa y...

—Inventado. Nunca habló con ellos.

—*Madame Pons*...

—Demasiado previsible, sabíamos que nos ayudaría a poner las piedrecitas que sembrarían la duda en su mente, esa mujer es demasiado cotilla. Por eso Robby concertó la cita.

—Obviamente la relación de Richard y Michael...

—Inexistente, pero nos pareció perfecto que por el mismo delito que acusó a Richard pagase él también, que su buen nombre y reputación desapareciesen. Ella tuvo muchas dudas y le confieso que creí que no se atrevería, pero lo hizo.

—La carta del barón que encontramos en la biblioteca...

—La puso Robby en el libro cuando no la vio.

—Lo de la herencia de su padre...

—Cierta, y mi odioso esposo la está vapuleando con sus deudas de juego.

—¿De quién era el relicario?

—Richard me lo regaló como prueba de su amor; cuando murió se lo envié a Robby junto con la carta.

—¿Pauline y Christine eran parte del plan?

—No, pero ayudaron a mostrarle cómo era mi vida allí.

—¿Por qué el duque no se defendió? Él sospecharía de Ellie, la creería responsable de su muerte. ¿Por qué no la acusó formalmente o me lo dijo? ¿Por qué callar cuando meses antes Ellie fue a recriminarle y le gritó cuánto os odiaba a ambos por lo que le pasó a Richard?

—No lo sé. Puede que al principio por su implicación en el asesinato de Richard, que no le convenía que se hiciese público, cosa que pasaría al

culparla, porque debería confesar por qué lo odiaba tanto.

—¿Y cuándo se publicó en prensa?

—Inspector, la mente de ese hombre es demasiado compleja, pero yo que usted estaría atento, no me extrañaría nada que tramase algo contra Ellie.

—Está encerrado en prisión.

—¿Y qué? Eso no será ningún impedimento para él.

—¿Le tiene miedo?

—Cuando Michael Brunet deje este mundo, inspector, volveré a respirar tranquila. Mientras, cada día temo que aparezca por esa puerta.

—¿Qué me puede decir de la mujer del sanatorio? ¿Rose?

—La única que me ayudó, sobre todo cuando se enteró de que mi padre había fallecido, pensaba que con su muerte me trastorné, por eso decía cosas sin sentido, como que era duquesa. Lo que os contó era verdad y fue una suerte que lo hiciese, ya que sir Henry secuestró la publicación del *Times* donde salía la información. Robby tuvo que darles el chivatazo pues no avanzabais con la investigación, imaginamos que sería así, por eso contratamos a Poppy.

—Estaba todo atado.

—Bueno, inspector, todo no, o no estaría aquí ahora.

—¿Y qué va a hacer?

—Dejarle que medite. —Se levantó y fue hacia la habitación en la que estaba Ellie—. Y, como dice Robby, confiar en usted. Espero que tome la decisión correcta.

Derek salió de la casa agobiado. ¿Qué debía hacer? Por un lado su sentido de la justicia le impedía callar y dejar que un hombre, por muy indeseable que fuese, pagase por un crimen no cometido. Pero la duquesa tenía razón. Ella estaba muerta para el resto del mundo, sería un blanco fácil para Nolford. Y si se descubría que estaba viva, él podría encerrarla alegando demencia y deshacerse de James, estaría en todo su derecho. ¡Diablos! Qué decisión. Hacer lo correcto y esperar que todo saliese bien o callar y dejar que el juicio siguiese su curso.

Y además, por otro lado estaba Ellie. La duquesa afirmaba que lo quería y su corazón así se lo gritaba, pero ¿sería capaz de olvidar lo que había tramado a sus espaldas? Tenía un motivo, sí, ¿pero iba a dejar que Nolford muriese por algo que no hizo?

No obstante, si era sincero consigo mismo, reconocería que habría actuado igual contra la persona que le arrebatase a Ellie, él sería capaz de lo inimaginable por aquellos a los que quería. La joven había sufrido muchísimo por culpa del duque, ¿no estaba justificado su odio? ¿Por qué no confió en él?! La habría ayudado. Lo habría matado él mismo o, maldita sea, encerrado en un barco y mandado a otro país. Ellie... Ellie... Ellie... ¿Podría perdonar su engaño?

Pensó en su caballo y no lo vio por la zona, ¡estaba tan sorprendido por la aparición de la duquesa que olvidó atarlo! Se dirigió a los establos y lo vio de lo más cómodo, agradeció el gesto a Robby y salió dispuesto a dar un paseo para aclarar las ideas. Echó a andar y, de repente, algo lo golpeó por atrás, notó un dolor muy intenso en la cabeza, luego todo se volvió negro y sintió que se deslizaba hacia el suelo.

Capítulo 24

—Deberías buscarlo, Robby. Está confuso y dolido, y creo que necesita hablar contigo.

—Lo dudo, no querrá verme.

—Si no lo intentas, jamás lo sabrás. Vamos, Robby, lo quieres.

—¿Por qué me animas? Ni siquiera te cae bien.

—Pero a ti sí, y aunque deteste que nuestras vidas estén en sus manos, reconozco que eres feliz con él. Tus cartas, tus palabras, tus ojos al verlo de nuevo hoy lo demuestran.

—Nunca me perdonará, Mony.

—Eso no lo sabes. Háblale con el corazón y deja que decida.

—Está bien, ahora vuelvo.

—Robby, no lo odies si decide hacer lo correcto.

—James y tú...

—Sobreviviremos, te lo prometo. No regresaré con Michael y ya no le tengo tanto miedo, pelearé con uñas y dientes.

—Y yo lo haré a tu lado.

—Venga, ve.

Robby salió de la habitación dándole vueltas a las palabras de Harmony y no sintió temor. Confiaba en Derek por entero y en su juicio, él ya conocía la historia y también a Michael. Una parte de ella, a pesar de lo mucho que odiaba al duque, seguía creyendo que había otra posibilidad. No eran unas

asesinas y se estaban comportando como tal, aunque admitía que quería verlo muerto por lo que le hizo a Richard, por la desdicha de su esposa y, sobre todo, para que Harmony fuese libre.

Sin embargo, cuando lo detuvieron creyó que su dolor se esfumaría y que por fin encontraría la paz, y no fue así. La conciencia, a pesar de todo el daño que Nolford le había causado, le pesó por acusarlo de un crimen que no existía, por hacer todo lo posible para que lo ahorcasen.

Ella nunca odiaría a Derek, tal y como sugirió Mony, por hacer lo correcto, le sorprendería que no fuese así y quizá por eso lo amaba más, si cabe. Era un hombre bueno, justo y leal; y, tomase la decisión que tomase, lo haría pensando en ellas. Derek daría su vida por salvarlas, no le cabía duda.

Salió al exterior y entró en los establos, donde no lo halló. Dio una vuelta y estrechó los ojos reconociendo su figura a unos pasos de allí, bajo un árbol. Se acercó distraídamente creyendo que estaba tumbado, reflexionando sobre la historia de ambas, hasta que vio su postura y el terror se alojó en su pecho. Gritó su nombre y corrió hacia él con lágrimas en los ojos y rezando al cielo para que estuviese vivo.

—Derek, mi amor. Derek, por favor, ¡responde! —le suplicó acariciándole el rostro y palpando su pecho. Lloró desconsolada cuando rozó su cabeza y algo viscoso empapó sus dedos, lo miró y chilló. —¡Sangre! ¿Cómo...? —Lo acunó sobre su pecho y Derek emitió un gruñido. Abrió los ojos lentamente y Robby lloró de felicidad, ¡estaba vivo!—. ¡Dios mío! Gracias a Dios, creí que te había perdido. Yo... Derek... —Lo besó dulcemente y él rostro de él se mojó con sus lágrimas.

—Tranquila, estoy bien, creo —susurró. Luego gimió al tocarse la herida, Robby se apresuró a detenerlo.

—Cuidado, no te lastimes.

—Dios, siento como si me hubiesen partido la cabeza en dos.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, alguien me golpeó por atrás y...

—Un grito de terror llegó hasta ellos.

—¡¡Harmony!! Es Michael. ¡Es él! Nos ha encontrado, Derek. ¡Tengo que salvarla! No pude con Richard, pero no me arrebatará a nadie más. ¡No lo dejaré!

—No, espera. —Derek intentó ponerse en pie, pero un fuerte mareó lo asaltó y un pitido se alojó en sus oídos—. Mierda. —Volvió a tumbarse—. No vayas, Ellie. Es peligroso. Yo...

—Tú estás malherido, Derek, y no hay tiempo. Sé... Yo... Nunca quise hacerte daño, Derek.

—Lo sé.

—Te quiero. Nunca lo olvides, por favor. —La joven se puso en pie y se alejó.

—Ellie... —Derek observó cómo corría hacia la casa, sin mirar atrás. Él intentó ponerse en pie, pero se mareó de nuevo—. ¡¡Ellieeeeeeeee!!! —gritó a la figura que desaparecía en el interior de la casa. Tambaleante, se levantó y arrastró sus pies hacia la cabaña todo lo rápido que pudo. Tocó la pistola que portaba en el cinto y la sacó, la sangre corría por su rostro, cegándolo, parpadeó varias veces para alejar la negrura y cargó el arma. Daba eses y le costaba respirar, pero tenía que llegar, protegerlas, no importaba nada más. Sonó un disparo y su corazón se detuvo—. Eleanor... —susurró en medio de un ruego interior, pidió que estuviese bien, que ambas lo estuviesen. Entró en la casa y no se detuvo a pensar, disparó.

Cuando Robby accedió al interior sus peores temores se cumplieron, Michael estaba sobre una Harmony inconsciente, golpeándola con los puños, mientras gritaba y escupía sobre su cuerpo que jamás escaparía de él.

—¡¡Te creías muy lista, eh, puta!! Maldita zorra, verás, si mueres ahora, yo mismo acabaré lo que empezaste tú solita. Vine aquí buscando a la otra y, ¿qué me encuentro? A mi queridísima mujer resucitada y al bastardo. Moriréis y

nadie podrá impedirlo, ni siquiera ese Wayner, del que ya me he ocupado.

Robby sacó el cuchillo que portaba en la bota y gritó:

—¡Apártate de ella, maldito cerdo!

Se lanzó sobre él y lo derribó, apartándolo de su amiga. Lanzó una estocada con el arma y consiguió herirle, le hizo un profundo y feo corte en la cara. Él bramó y la golpeó en la mejilla, enrojeciéndosela. Le sujetó la mano y forcejearon. Robby intentó retener el cuchillo, pero él golpeó su mano contra el suelo una y otra vez hasta que logró arrebatárselo. Ella comenzó a pegarle con los puños y él rio mientras la esquivaba.

—¿Qué pretendías? ¡¡Acabaré contigo y con ella con mis propias manos!! Nadie podrá evitarlo.

Le rodeó el cuello y apretó fuertemente, Robby se resistió y le arañó la cara, lo golpeó, pero fue perdiendo fuerza. Sus manos eran como garras sobre su piel, la estaba asfixiando.

A lo lejos escuchaba el llanto de James, y cuando la vista comenzó a nublársele, dejó escapar dos lágrimas de impotencia. Les había fallado, a Richard y a Harmony, incluso al propio James. Michael se saldría con la suya y todos morirían...

Escuchó un disparo y de pronto el aire regresó a sus pulmones cuando las manos que la aprisionaban desaparecieron, tosió fuertemente y se vio rodeada por unos fuertes brazos, que la estrechaban con amor.

—Ellie... Ellie... Mi Ellie. —Derek la besó por toda la cara y en los labios, dulcemente. Siguió abrazándola y temblando durante un buen rato. Ella cerró los ojos y por primera vez se supo completamente segura. Apartó el rostro y vio que Michael yacía en el suelo, cubierto de su propia sangre que manaba de la cabeza. El disparo de Derek fue certero y justo a tiempo.

—Har... Harmony —pronunció la joven, con la voz muy débil—. Ayuda... ayúdala.

Derek se acercó a la duquesa y le dieron ganas de volver a disparar contra ese hijo de puta, la pobre tenía el rostro desfigurado por los golpes. Con la

mano temblorosa tocó su cuello y alcanzó el pulso, que aunque débil, seguía allí.

—Está viva. —Ellie cerró los ojos, asintió y lloró.

—De repente se escucharon voces y Derek se puso en pie, mirando por la ventana.

—Es Henry y viene acompañado de Peter, el mayordomo. Hay varios agentes y un hombre que no reconozco. — Ella se levantó y miró.

—Es Ronald. Derek, ¿cómo vamos a explicarlo? Michael está muerto y Harmony...

—Déjame a mí, Ellie. Lo arreglaré. —Le pasó un brazo protector por los hombros—. Confía en mí.

—Lo hago.

Y así fue. Derek inventó una historia que plasmó sobre su informe y fue respaldada por sir Henry. Nadie lo puso en duda y menos después de las cosas tan terribles que se sabían del duque, lo creían completamente demente, capaz de cualquier cosa. Londres se escandalizó con esa nueva noticia de la que pronto se hizo eco el *Times*, gracias a un chivatazo de Derek.

Al parecer, la duquesa estaba retenida en una cabaña por su marido, junto a su hijo. Fingió su muerte mientras la encerraba de por vida para cobrar la herencia y vivir nuevamente como un hombre libre y así evitar que ella hiciera públicas sus perversiones y solicitase el divorcio. Se cree que tuvo un cómplice que lo ayudó.

Una amiga íntima de la duquesa descubrió el secreto e intentó ayudarla a escapar de la cabaña justo cuando apareció Michael, que tras su encierro en Newgate había decidido acabar con la vida de su mujer de una vez por todas.

Por suerte, el detective del caso descubrió la localización de la cabaña y llegó a tiempo de evitar la tragedia. Salvó a las mujeres y disparó contra el noble en defensa propia. Michael Brunet, cuarto duque de Nolford, merecía

morir y nadie se apiadó por ello.

Muy pocas personas supieron la verdad y esta desapareció silenciada en sus labios.

Harmony fue atendida rápidamente y tuvo que guardar reposo una semana hasta que se hubo recuperado de sus heridas. Ellie se trasladó junto a la joven duquesa viuda a la casa del barón, que desde ese momento le pertenecía, y la ayudó con el cuidado de James. Además, aconsejó a Ronald con el negocio de cría de caballos.

Derek tuvo que marchar el mismo día de la tragedia con Henry para poner en orden la investigación y darle a la reina una explicación. No tuvieron tiempo de despedirse y Robby aguardó durante días un regreso que parecía que no iba a llegar nunca...

Capítulo 25

— ¡¡Me prometiste una boda!! ¿Es que lo has olvidado? —Maggy entró en el despacho de su hijo sin tocar e hizo oídos sordos a sus protestas, cerró tras ella. Le arrebató de un manotazo la botella de la que daba cuenta y suspiró al verlo en semejante estado. Pelo revuelto, camisa desabrochada, pantalones arrugados... —¿Qué es eso que huelo? Es... es... —Olfateó la estancia de arriba abajo hasta que el tufillo la fue acercando a su retoño, lo olió y arrugó la nariz—. ¡Eres tú!

—¡Eeeh! —se quejó él.

—¡Por todos los santos, Derek! ¿Tanto miedo te da enfrentarla? ¡¡Quiero esa boda, te lo advierto!! La chica me gusta.

—Pues cástate con ella, madre.

—No seas insolente, Derek. —Unos golpecitos sonaron en la puerta.

—Derek, enfadado por la nueva intromisión a su intimidad, chilló:

—¿Quién diablos es ahora? Clarens, no dejes entrar a nadie más.

—Soy yo —respondió una voz infantil.

Maggy puso los ojos en blanco y le abrió, pero no dejó que pasase, no quería que viese a su héroe en ese estado de abatimiento.

—Ahora no, Georgy.

—Pero, madre, me aburro... Quiero ver a Derek.

—¿No deseabas una misión?

—¡Esa no me gusta! Me he cansado de vigilar a Clarens, es muy aburrido,

tan solo limpia los platos. Quiero algo más.

—Ve con él, necesitará tu ayuda.

—¿Puedo entrar? Me portaré bien. —Sonó animado con la posibilidad.

—Ya, como si eso fuese posible, diablillo... —farfulló su madre, para diversión de Derek.

—Pero...

—¡Vamos, ve! —Lo empujó suavemente hacia la salida—. Y si te portas bien, te contaré cómo Eleanor ha conseguido que tu fuerte hermano se esconda en casa temeroso de ella.

—¿Va a castigarlo?

—Pues si sigue retrasando su encuentro, me da que sí.

—Madre, ¿puedo ir con él?

—No.

—Pero... quiero una aventura.

—¡Excelente! ¿Qué te parece ayudar a Clarens con los platos? No hay mayor riesgo que ese, evitar que se rompan y le dé algo al hombre. Venga, y después iremos de compras, pequeño, o quizá quieras que marchemos ya... — La perspectiva le pareció tan aterradora que salió corriendo en busca del mayordomo.

—Pobrecillo.

—No cambies de tema. Hablábamos de cómo una chiquilla ha conseguido que el gran Derek Wayner, sabueso y temido inspector de Scotland Yard, se esconda tras estas paredes por miedo a un rechazo que solo existe en su embotada mente.

—Creo recordar que la conversación era cosa tuya, pues yo no he abierto la boca. —Maggy perdió la paciencia y lo golpeó en la coronilla.

—¡Aaay!

—¡Ve a buscarla y deja de gimotear! —lo apremió, con los brazos en jarras.

—¡Me engañó! Utilizó cuanto tuvo a su alcance para dejarme atrás en la investigación.

—¿Eso es lo que realmente hiere tu ego, no, Derek? Que por una vez fueses incapaz de prever ese movimiento. Sí, fue más lista, pero te recuerdo que tenía una gran motivación.

—Si hubiese confiado en mí, la habría ayudado.

—¿Le hubieses confiado tú el máspreciado de tus secretos sabiendo que eso podría poner en peligro a quien más quieres?

—Sí.

Maggy suspiró y se sentó a su lado. Lo miró a los ojos y leyó en ellos la confusión, su pobre niño quería como un loco a esa valiente joven a la que la mujer admiraba, pero temía que volviese a dañarlo.

—Derek. Eres un hombre justo y leal que navega entre el blanco y el negro, pero, cariño, a veces hay más matices en un solo color. Por favor, no te cierres. La amas y ella a ti.

—Yo no apostararía por ello.

—Oh, venga, no te hagas el mártir que no te pega. ¡Os queréis! Hasta Henry se fijó y eso que él de esas cosas no se percata como yo. ¿No puedes perdonarla? ¿Prefieres vivir una vida vacía y amargada que darle otra oportunidad? Conocí a la muchacha y créeme cuando te digo que tiene buen fondo, apuesto lo que sea a que cada mentira que te decía le dolía más a ella que a ti. Ha sufrido mucho, Derek, ¿no es hora de que alcance la felicidad? ¿No harías tú hasta lo imposible por salvarla?

—Por supuesto.

—Pues eso mismo hizo por su sobrino y amiga. Cariño, búscala y sé feliz.

Derek se quedó mirando fijamente la puerta cuando Maggy marchó. Escuchó la vocecita de George protestando por la tarde que le esperaba de tienda en tienda y no supo cuánto tiempo se quedó allí, sentado y dándole vueltas a las palabras de su madre.

Finalmente se puso en pie y aceptó la verdad. La quería, la amaba con todo su corazón, y no importaba cuanto hiciese, pues nada cambiaría eso. Debía dejar de poner excusas para protegerse de un posible rechazo, tenía que

buscarla o nunca hallaría la felicidad.

Se peinó con los dedos y levantó el brazo para olerse la axila. Arrugó la nariz y subió las escaleras de dos en dos. Clarens le ayudó a preparar el baño, y media hora después acabó de vestirse. Bajó justo cuando Henry entraba por la puerta.

Lo saludó con la cabeza y pasó por su lado, dejándolo atónito. Lo cogió del brazo antes de que saliese al exterior.

—Eh. ¿Dónde vas? ¿Qué se te ha perdido con esas prisas, muchacho?

—La felicidad. Voy a recuperarla.

Henry, que captó el significado, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

En ese instante, tocaron.

Derek se adelantó al servicial Clarens y dio paso a los visitantes, los marqueses de Raverston.

—Su carruaje lo espera, señor Wayner —bromeó John. Derek arrugó la frente.

—¿Qué...?

Mariah se acercó y le dio un dulce beso en la mejilla.

—Tu madre nos lo ha pedido prestado en tu nombre, Derek. Ve a por tu Eleanor.

—Creo que prefiere Robby, cariño —le recordó John, que ya le había contado la increíble historia, salvo algunas partes que Derek tampoco le reveló a él.

—Como sea, tráela de vuelta. Es hora de que otra mujer me ayude a haceros frente, además, intuyo que seremos buenas amigas, me cae estupendamente.

Su marido rio.

—¡Pero si no la conoces! Y, ¿desde cuándo has necesitado refuerzos, cielo?

—Nunca están de más. Y tengo ganas de boda, se lo prometimos a Maggy.

—¿Te alías con mi madre? ¿Con qué te ha sobornado esta vez?

—Con nada —contestó la aludida, entrando por la puerta junto a George—.

Las mujeres tenemos que apoyarnos, querido. Sobre todo cuando nuestros hijos no nos hacen ni caso. ¿Qué haces aquí todavía?

—¿Cómo sabías que iría? —Maggy puso los ojos en blanco. Y contestó como más le gustaba a ella, enigmáticamente.

—Una madre siempre sabe esas cosas, querido. Vale, márchate, y ni se te ocurra regresar sin ella.

Derek rio y le guiño un ojo.

—Descuida, no lo haré.

Robby acariciaba al bello semental que Ronald pretendía cruzar esa semana, era fuerte, leal y demasiado bravío para su propio bien. No tenía rival. Le recordaba tanto a... Basta. ¡Tenía que olvidarlo o se volvería loca! Derek no volvería y cuanto antes lo asumiese, mejor.

Cerró los ojos y suspiró.

—Moriría por besar esos dulces labios...

Su voz, hermosa y amada, fue como melodía para sus oídos. Abrió los ojos atónita y lo miró.

—¡¡Derek!!

—Ellie... —Dio unos pasos hacia ella.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... Esto... ¡¡Alice!! Sí, eso es.

—¿Alice?

—Se casa la semana próxima y me pidió que, por favor, te transmitiese su invitación. Tu presencia es muy importante para ella —omitió que él también asistiría.

—¿¡Has hecho todo el recorrido para decírmelo!?

—Soy un hombre muy diligente.

—Estás muy lejos de Londres, ¿lo sabes, no? —Él abandonó la sonrisa

tonta y su actitud despreocupada se tornó seria.

—Lo sé, y no pienso regresar hasta que consiga lo que he venido a buscar.

—¿Y qué es?

—Qué no, quién. —La miró intensamente y ella le dio la espalda, se mordió el labio reteniendo las lágrimas.

—¡Ha pasado más de una semana, Derek! Desapareciste, te marchaste sin ni siquiera despedirte y no he sabido nada de ti hasta ahora. ¿Y se supone que debía estar esperándote? —le reprochó.

—No, pero mi corazón ruega que así sea. He sido un estúpido y un hipócrita.

—¿Tú?

—Sí, porque me enfurecí por algo que yo mismo hubiese hecho. Ellie, yo sería capaz de lo que fuese por ti, ¿Cómo, entonces, voy a juzgarte? ¿Podrás perdonarme alguna vez por ser tan idiota? Eres fuerte, valiente y tienes más coraje que muchos de los policías que trabajan conmigo. Y te amo así, tal y como te conocí. Te quise desde el primer momento en que te vi, defendiendo a George de mí, al creerme un maleante. Ese día supe que estaba perdido, porque ya te amaba con locura.

—Derek...

— Si tú me dejas, cariño —la cogió de las manos y la miró con ternura—, seguiré haciéndolo siempre. Déjame cuidarte, mi amor, y borrar todo el dolor que guardas dentro de ti, déjame llenar tus días de luz y devolverte la felicidad que otros te arrebataron. Ellie, dime que todavía me quieres y seré tuyo.

Ella jamás creyó que podría volver a sentir dicha después de las desgracias que habían rodeado su vida en los últimos años. Lloró fuertemente y se lanzó a sus brazos, besándolo con todo el amor que atesoraba dentro de sí. Derek la estrechó en un fuerte abrazo y lanzó una carcajada de felicidad.

Dentro de la casa, una mujer miraba a la dichosa pareja con lágrimas en los ojos mientras mecía a su bebé y daba gracias al cielo porque su amiga hubiese encontrado lo que ella nunca pudo: el verdadero amor.

Robby y Derek pasaron la tarde juntos recorriendo las tierras que desde ese momento pertenecían a la duquesa. Cuando la luz cayó, huyeron a las habitaciones de la joven, como dos ladrones en la noche, agarrados de la mano y riendo felices. Entraron y se besaron largo rato hasta que las ropas desaparecieron y sus cuerpos se buscaron hambrientos.

Más tarde, Ellie despertó y lo vio junto a la ventana admirando el bello paisaje que mostraba la luz de la luna, estaba desnudo y espléndido. Se levantó y fue en su búsqueda, lo abrazó por detrás y le besó el hombro.

—¿Pensando en el siguiente caso, inspector?

Derek sonrió y se giró para besarla.

—Me temo que sí.

—¿De qué se trata?

—Debo atrapar a una escurridiza y temeraria damita.

—Oh, ¿y qué hará cuando la encuentre?

—Si de mí dependiese, la condenaría a cadena perpetua y no la dejaría salir de esta habitación. Eso sí, siempre a mi lado.

—¿Con qué cargos?

—Robo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha hurtado?

—La muy bellaca se ha quedado con mi corazón e insiste en no devolverlo.

—Ella rio.

—No creo que lo haga, le gusta mucho su botín.

De pronto, Derek borró su sonrisa y la miró con intensidad.

—¿Te casarás conmigo, Ellie?

Ella se acercó y lo besó largamente, se separaron y le susurró:

—Con una condición: tendremos un hijo y no será policía, sino político, y lo animaremos a que luche para que las mujeres tengan las libertades que merecen, ninguna otra supeditará su vida a la de un hombre cruel.

—Me parece bien. Y se llamará Richard.

Ella sollozó y se lanzó a sus brazos mientras daba las gracias a la vida por haberlo puesto en su camino. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que su corazón se alejaba del dolor y solo la alegría reinaba en él. Le había devuelto las ganas de vivir, de formar una nueva familia.

—Te quiero, Derek. —Él la besó y, al separarse, sus ojos brillaban de picardía.

—Te quiero... Robby.

Al final sus deseos no se cumplieron, pues su descendencia fue femenina. Tres preciosas mujercitas que revolucionaron el hogar de los Wayner y medio Londres al encabezar el movimiento sufragista de la época. Pero esa ya es otra historia.

Jamás creí que la felicidad se resumiría en algo tan sencillo como la libertad, en abandonar el miedo al mañana. Cuando estás tanto tiempo prisionera, acabas poniéndote tú misma los grilletes y creyéndote que eres como él dice, una estúpida incapaz de prosperar en nada. Pero demostré que no era así y salí adelante.

Robby y Derek construyeron una casa cerca de la mía y ella se convirtió en mi socia, y el negocio de nuestros padres prosperó. Hicimos un buen equipo, ella con los caballos cuando estaban en el campo, y vendiéndolos en la ciudad, cuando Derek tenía algún caso. Yo me ocupé de la contabilidad. Sí, Michael, soy capaz de llevar la administración de mi finca.

Me niego a usar su apellido. Ya no soy su duquesa, ni una Brunet. Y mi James tampoco portará su nombre. Se casó conmigo para preservar el

apellido, entre otras egoístas razones, y resulta irónico que finalmente los Nolford muriesen con él.

James fue creciendo ante mis ojos a pasos agigantados y cada día compartía con su verdadero padre mucho más que el físico, era bueno, leal y valeroso. Él fue el gran regalo que me dio Richard.

Esta será la última página que escriba, es hora de dejar de contar mi vida y empezar a vivirla. Y con suerte, quién sabe, quizá vuelva a creer en el amor y encuentre al Derek de mi historia.

Harmony Miller.

FIN.

Agradecimientos

Esta novela he de agradecerla a muchas personas. Por un lado, al equipo de Selecta por plasmar en una preciosa imagen todo aquello que pedí, ¡estoy enamorada de la portada! Y como no, a Lola, por darme ese plazo que tanto necesitaba y emocionarse con el título.

A Gloria, por esa conversación de la que surgió el nombre que daría forma a estas páginas.

A mi familia y amigos que siempre me animan y apoyan. Y por supuesto a Patricia León, cuyos consejos mejoraron cada línea.

A Cam, por aguantar mi histeria y darme la fuerza que necesitaba para llegar hasta el final.

Y como no, a ti, querido lector, por darle una oportunidad a la novela y llegar hasta aquí. Haces posible esta preciosa aventura.

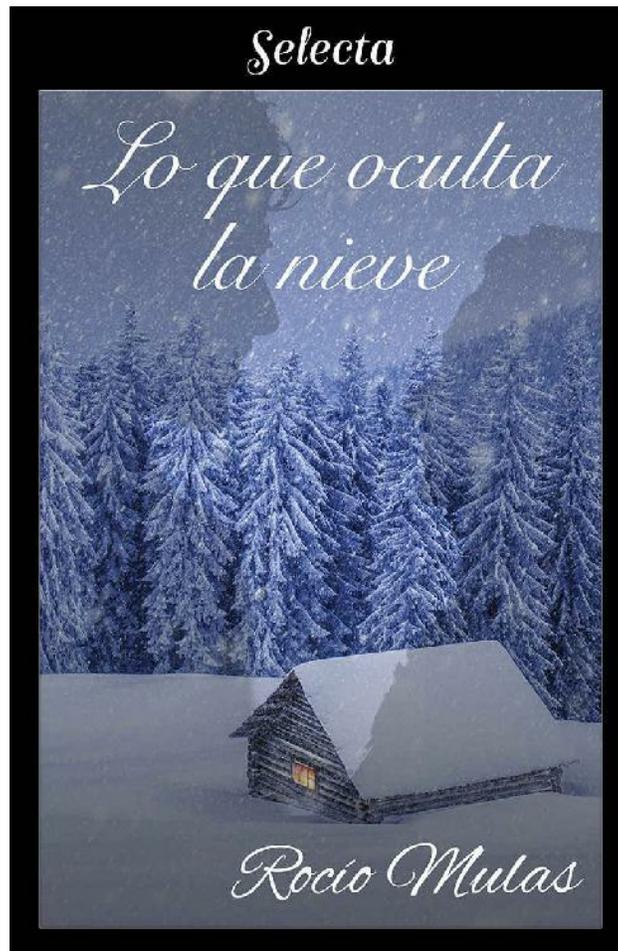
Si te ha gustado

El secreto de la duquesa

te recomendamos comenzar a leer

Lo que oculta la nieve

de *Rocío Mulas*



—¿Un paquete de cereales o dos...? —Antes de pecar de avariciosa, Abby Carpenter dejó la caja de Lucky Charms en su estante, y echó al carrito los que tenían virutas de chocolate negro.

Giró ciento ochenta grados y se encaminó hacia la caja mientras metía en el bolsillo de su chaqueta la lista de la compra. En Dillingham, Alaska, no resultaba extraño que la gente hiciera la compra mensual. El tiempo no daba tregua a nadie, y menos en los meses más fríos, así que, si podían evitar ir al supermercado cada dos días, mejor. Abby era de las que hacía la compra semanal. Al vivir sola le era difícil calcular comida para treinta días, y temía llevarse alimentos que acabarían en mal estado. Pero podía controlar lo que comía de una semana a otra. Estaba colocando la leche y las zanahorias en la cinta cuando una voz aguda y cantarina la saludó desde la caja vecina.

—Buenos días, Abby.

—Buenos días, Mary Helen —Abby respondió con una amplia sonrisa a la que era amiga de su madre desde que tenía uso de razón—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Esta tarde pasaré para ver a tu madre. Aprovecharé que Scott la deja libre para compartirla con el resto del mundo. —Mary Helen no dejaba de sonreír, y Abby soltó una carcajada ante su comentario mientras metían su compra en bolsas.

—Lo sé. Llevan cuatro años y parecen un par de adolescentes enamorados. Pero me alegro de que esté tan feliz.

—Claro que sí, cariño. —La sonrisa de la mujer se transformó en una de compasión a la vez que ladeaba la cabeza—. Scott es un buen profesional, y un vecino muy querido. A propósito de buenos hombres, y apuestos, ¿conoces a Ryan Folley?

Detrás de Mary Helen, en su misma caja, estaba un tipo en el que no había reparado, y eso le extrañaba. De acuerdo, no conocía a todo el pueblo, pero cuando había tres mil habitantes y regentaba uno de los tres bares que había en Dillingham, era difícil no conocer a la mayoría de los que vivían allí. Si se hubiese fijado en aquel individuo, no le habría quitado el ojo de encima. Primero, por no haber visto su cara antes, y segundo, porque no tenía el aspecto de los habitantes del pueblo.

Era alto, con el cabello castaño claro, un corte clásico aunque ligeramente despeinado. Tenía el ceño fruncido, pero lo que más le llamó la atención fueron sus ojos. Los tenía de un verde intenso que le recordaba a un bosque cuando estaba a punto de llover, y su piel, más blanca que oscura, hacía que resaltasen. Su cuerpo parecía el de un hombre fuerte. Cualquiera podría haber dicho que iba al gimnasio habitualmente, si bien no lucía el aspecto de alguien que mataba el tiempo entre cintas de correr y mancuernas.

Entonces, después de esos escasos segundos de análisis al forastero, se dio cuenta del atuendo que llevaba. Dejó que el chico del supermercado metiera todo en las bolsas para estrecharle la mano.

—No tengo el placer. Soy Abby Carpenter.

—Ryan Foley. —Su mano era grande y fue consciente de las ligeras callosidades que tenía, pero a la vez era delicada y fría. Supuso que era normal en alguien que no estaba acostumbrado a vivir con las temperaturas de Alaska.

—El señor Foley es el nuevo jefe del Departamento Forestal.

—¿Jefe? —El rostro de Abby cambió de repente a la vez que retiraba su mano de la de él. Su ceño se frunció tanto como el del señor Foley—. ¿Y qué ha pasado con Jerry?

Ryan no se cortó en mirar a Abby con descaro porque ella había sido igual de insolente al demostrar cierta antipatía hacia él sin tan siquiera conocerlo.

—Querida, Jerry pidió la jubilación anticipada y se ha ido a Minnesota con su hijo. Creía que lo sabías.

—Puede que lo olvidara. —Intentó relajar el semblante a la vez que miraba al nuevo jefe forestal. Él, por el contrario, no había retirado la mirada penetrante y fría que tenía.

—De todas formas, el señor Folley lleva un par de días y ya ha reconocido casi toda la zona. Estoy segura de que se adaptará muy bien al pueblo.

Mary Helen lo agarró del brazo, y Abby pudo ver cómo apretaba ligeramente su bíceps. La mujer tendría sesenta años, pero no desperdiciaba una oportunidad. Ryan intentó sonreír, más por educación que por desearlo, aunque Abby juraría que lo que le acabó saliendo fue algo parecido a una mueca.

—Eso espero. Viven en un lugar con mucho encanto y no parece que lo visiten a menudo los turistas. Estoy convencido de que tendré tranquilidad hasta saciarme.

Cuando salieron del supermercado, Mary Helen se despidió de ellos para encaminarse a su casa. Tenía suerte de vivir cerca, o de lo contrario su artrosis le impediría ir a comprar tan a menudo. Abby y Ryan se dirigieron hacia el aparcamiento.

—Deje que la ayude. —Le cogió dos de las cuatro bolsas que llevaba, y fue perspicaz en elegir las pesadas. Así que se hizo cargo de la compra que llevaban los dos, y Abby no pudo más que poner los ojos en blanco. Llevaba años apañándose sola y tenía que venir un forastero a dárselas de caballero.

Abby habría rechazado la ayuda, porque no era ninguna mujer en apuros, pero lo cierto era que había comprado demasiado, y temía que todo acabase desparramado por el suelo antes de llegar al coche. Así que deshizo el semblante de rechazo por uno más neutral para no ser desagradable con él.

—Gracias. —Cuando abrió el maletero ambos dejaron las bolsas y se produjo un silencio incómodo—. Siento mucho mi comportamiento ahí dentro. Lo cierto es que Jerry era un vecino muy querido. Yo he estado fuera unos días y no me había enterado de que se iba, así que ha sido un *shock* para mí.

—No se preocupe. Entiendo los lazos que pueden crearse en un pueblo tan pequeño. —Su voz había adquirido un tono de cordialidad y había bajado uno en hostilidad. Sin embargo, su semblante seguía siendo serio, como el de un policía que tiene que estar atento a lo que ocurre a su alrededor—. Yo no me he criado aquí, pero haré mi trabajo lo mejor posible para que estén tranquilos.

Abby sonrió sin saber qué más decir. Allí era muy extraño mostrar tantas formalidades, pero sabía ser educada como la que más y, si él prefería ese trato, no iba a ser ella quien lo rompiera. Antes de despedirse y montarse en el coche, lo llamó y él se dio la vuelta.

—Tengo un bar cerca del centro, en Seward Street. Pásese cuando le apetezca para tomarse una cerveza, cortesía de la casa.

—¿Sería un modo de dar la bienvenida o una forma de disculparse? —Abby habría jurado que esa frase bien podría haber sido una broma, e incluso un flirteo, pero dudaba que eso fuera posible en ese hombre que parecía impenetrable.

—Digamos que ambas cosas. —Su respuesta también podría haber ido acompañada de una sonrisa, pero no iba a hacerlo. No entendía de qué iba aquel tipo, y ella no sería la que lo averiguara—. Hasta pronto, jefe Folley.

Antes de salir del aparcamiento, lo vio dirigirse a su coche. Ella tenía una camioneta que fue negra los días que la tuvo su padre, pero en ese momento lucía como si fuera gris marengo. El señor Folley se había subido en un SUV de color azul oscuro, impoluto y nuevo. Aquel parecía un buen coche para alguien que iba a trabajar de forestal, aunque no fuera su vehículo laboral, pero, desde luego, opinaba que iba a llamar la atención allí por donde pasara. Su coche, al igual que él, desprendía el aroma de algo que no pertenecía a ese lugar. Para algunos sería algo irritante, a otros les resultaría excitante la idea de ver algo nuevo, y ella aún tenía que decidir de qué lado estaba.

La radio dejó de sonar para dar paso al incesante ruido de una llamada a través del coche. Era un trasto viejo, pero había hecho que le instalaran el

sistema de manos libres para no tener que parar en el arcén cada vez que la llamaran. En la pantalla apareció el nombre «mamá».

—Hola, mamá.

—¿Cielo? Te oigo mal.

—Lo sé —Abby se obligó a hablar más alto—, voy en el coche. ¿Qué tal estás?

—Estupendamente. Scott acaba de preparar las mejores tortitas del mundo. Mejores que las mías, incluso.

—Eso solo puedo afirmártelo de una manera. —Ambas se rieron. Abby comenzó a girar suavemente el volante para entrar en su calle—. Mary Helen pasará esta tarde por tu casa. Cree que Scott te tiene un poco secuestrada.

—No es secuestro si yo lo permito, ¿verdad?

—Oh, mamá. —Volvieron a reírse, aunque la pequeña carcajada de su madre sonaba como la de una niña que había hecho una travesura. Le encantaba verla tan feliz—. Por cierto, Mary Helen me ha presentado al nuevo jefe del Departamento Forestal. ¿Tú sabías que se había ido Jerry?

—Sí, cariño. Lo decidió hace tiempo, pero se fue mientras estabas de vacaciones con Janneth. Fue todo muy repentino, y después se me olvidó contártelo.

—Tendré que llamarlo porque no me he podido despedir de él. —Desconectó el manos libres y comenzó a meter la compra poco a poco para no soltar el teléfono—. Me ha presentado al hombre que ha entrado en su lugar, Ryan Folley. ¿Lo has conocido?

Intentó que no notase ningún tono diferente en su voz. Su madre podría haber sido pitonisa si no le hubiera gustado tanto la máquina de coser, y temía que descubriese con una simple pregunta que había incomodado al nuevo jefe forestal.

—Aún no he tenido el gusto. He oído que es apuesto y no es mayor. ¿Es así?

—Supongo.

A Abby le había parecido que tenía el rostro de quien trabaja en el cine. No

era excesivamente guapo, pero tenía un semblante que llamaba la atención, eso desde luego. Y quizás fuera joven, aunque desde luego era mayor que ella. Tenía una ligera capa de barba, y eso podía provocar un error a la hora de jugar a adivinar edades.

—Pues espero verlo pronto. Nunca está mal tener a alguien nuevo que se mueva por aquí.

Cuando dejó de hablar con su madre se dedicó a ordenar la despensa. Una ventaja de vivir sola era que resultaba bastante complicado ser desordenada. No había nadie que ensuciara, más que ella, y no había animales ni niños que revolotearan a su alrededor. Quizás fuese una forma de convencerse de la vida que le había tocado llevar. Admitía que sentía un ligero nudo en la garganta cuando veía a sus compañeros de instituto con una vida familiar ya organizada, y ella, con treinta años, aún no tenía ni siquiera novio, y el que había tenido bien podía habérselo ahorrado. Pero agobiarse solo le traería una absurda depresión. Cada uno debe vivir su momento, y ella tenía un negocio que sacar adelante, nada más.

¿Venderías tu alma para hacer justicia?
¿Arriesgarías tu honor por la persona a la que amas?
**Un asesinato, un culpable y un amor que florece contra
todo pronóstico.**

Eleanor no necesita buscar un culpable pues sabe muy bien quién es el responsable de esta atrocidad y se esforzará por demostrarle a todo Londres quién está detrás de la muerte de Harmony. Ahora deberá convencer al testarudo detective de que ella es la única que puede ayudarlo en el caso. Eleanor intentará hacer justicia al mismo tiempo que procura esconder su mayor secreto. Así, Derek se verá arrastrado a una vorágine que lo llevará a enfrentarse al mayor misterio de su carrera, mientras lidia con esa testaruda mujercita que insiste en inmiscuirse en la investigación y meterse en su corazón.

Harmony Brunet tenía la vida perfecta: amor, dinero y popularidad. Derek y Eleanor arañarán su pasado y juntos descubrirán quién era realmente la duquesa y qué escondía. Las pistas señalan al duque como culpable de su asesinato. Pero ¿será realmente su verdugo? ¿O tal vez otra víctima?

Recorre las páginas de esta historia y realiza un viaje trepidante por el Londres victoriano donde el suspense y el amor se unen para desentrañar un misterio en el que nada es lo que parece.

Alexia Mars es el seudónimo de una autora española, nacida en Valencia un 21 de octubre de 1989. Licenciada en Periodismo y especializada en el marketing digital.

Enamorada del género romántico desde su infancia, y acompañada de la prosa de su gran amiga Gloria Pueyo se lanzó a crear su primera novela: *El baile de la seducción*. Tras esa experiencia llegó *Dime que eres tú*, una hermosa historia en la que aúna sus géneros favoritos: suspense y romance.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Alexia Mars

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-73-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El secreto de la duquesa

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Alexia Mars
Créditos